

Liria EvangELista

La buEna E ducación



Colección Narrativa

2017

Evangelista, Liria

La buena educación / Liria Evangelista ; ilustrado por Sebastián Maturano. - 1a ed . - Córdoba : Borde Perdido Editora, 2017.
250 p. : il. ; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-3942-31-0

1. Literatura. I. Maturano, Sebastián, illus. II. Título.
CDD A863

Ficha Técnica
Borde Perdido Editora

Diseño integral, arte de tapa y dirección editorial:
Sebastián Maturano

Contactos:
bordeperdidoeditora@gmail.com
Facebook: Borde Perdido Editora
bordeperdidoeditora.wordpress.com

Los izquierdos de cada obra pertenecen a sus autores.
Realizado en la Cueva del Borde. La inocencia del justiciero placer.

I

EL día que Embaron Los Libros

El día que quemaron los libros, Laura todavía no había leído a Borges. Ninguno de sus libros estaba entre los restos de esa biblioteca que ardía y humeaba en el patio de atrás de su casa. Un oligarca, le había dicho su viejo cuando ella le contó que en el colegio había tenido que leer uno de sus cuentos. Ese sí que no escribe para nosotros. Al carajo Borges. Ese escribe para los ricos. ¿O acaso alguien en el barrio le había hablado alguna vez de Borges? Faltaban unos cuantos años para que Laura, exiliada de su domesticidad chiquita y barrial, descubriera *La biblioteca de Babel*. Sin embargo, esa tarde de marzo iba a tener una intuición que confirmaría con el tiempo y la lectura: una biblioteca era el mundo y los libros una cifra del universo. ¿Qué otra cosa podían ser esas páginas y páginas de letra escrita que junto con su padre veían carbonizarse y volar convertidas en cenizas?

Parada ahí, delante de la hoguera, oliendo el papel quemado, Laura sentía que una saliva espesa y ácida le subía por la garganta. Sonaba un tango de Pugliese. Su viejo había puesto *La Mariposa* a todo volumen. Escuchá, nena, escuchá cómo baja la orquesta, escuchá cómo le da la entrada al piano del troesma, y el final, Laurita, los dos últimos acordes te sacuden con una fuerza que te nubla la vista, que te deja sin aliento. Laurita había escuchado durante años, mejor dicho, había aprendido a escuchar. Al principio por pura obediencia, por curiosidad, y después se había quedado sin aire ella también, como su viejo. Igual que ahora, sin aire y a la vez sin respirar, para que no la ahogara el humo de los libros, cerrando la garganta para que ese vómito ácido no le llegara a la boca. Esta vez escuchaba muerta de miedo lo que había llegado a ser la música de fondo de su infancia. Don Osvaldo. Terminaba *La Mariposa* y

venía *El Abrojo*. Ella podía enumerar uno a uno los tangos de esa cara del disco, los había escuchado hasta el cansancio en su casa, y de la mano de su viejo en las fiestas del Partido. Pero ahora estaba muerta de miedo y de ganas de vomitar, casi segura de que así también se estaba sintiendo su viejo, que con la pelada transpirada y la cara sucia de humo y serio, muy serio, sin un gesto, se pasaba la mano por la cabeza mientras miraba la hoguera, moviendo la boca sin decir una sola palabra, como si estuviera murmurando, él también, una despedida final a ese universo que se hundía junto con sus libros. Cagados en las patas, estaban. Ella, su viejo, y su vieja, que se había escondido en la cocina y los espiaba desde la ventanita que daba al patio.

Beba no había querido salir para ver cómo se quemaba todo, a pesar de que había sido ella la que había insistido para que no quedara ni un rastro de revistas ni de libros en la casa. Que ya habían venido preguntando por esa parejita tan simpática que se había mudado a la casita de al lado, y que ella sabía que iban a volver, que iban a poner todo patas para arriba, que iban a encontrar todo eso que tenían en casa y que se los iban a llevar también a ellos. Que Laurita era una adolescente y que había que protegerla, por eso, te lo pido, viejo, quememos todo de una vez. Tano bruto, inconsciente de mierda. Así rogaba la vieja, cagona de mierda. Imploraba con esa voz de falsete que Laura detestaba, mientras iba sacando los libros de la biblioteca, primero de a uno, y después empujándolos a manotazos para que cayeran al piso y se fueran amontonando; arrancándolos del orden imaginario que les imponían los estantes para estrellarlos en un caos que se iba pareciendo cada vez más al destino de crematorio que los aguardaba.

Por eso el viejo había puesto a Pugliese. Debe ser la única manera de que no se escuchen los gritos de esta loca de

mierda, pensó Laura. La única manera de olvidarse por un minuto, aunque sea por un minuto, del ronroneo de los helicópteros que andaban patrullando el barrio. Como si la música pudiera distraer del horror, de la muerte que rondaba ahí cerquita. Del run run de los helicópteros. Nos estarán viendo, desde allá arriba nos estarán viendo, una pendeja y un gordo pelado y con mameluco mugriento quemando libros en un patio No nos ven las caras pero saben, siempre saben lo que uno hace, ven la hoguera y el humo y saben que aquí estamos quemando libros. Quemando nuestros libros, que es como decir que nos estamos muriendo, que es como que te dejes tocar el culo, que es como que te dejes violar y pegar y que al final te hagan desaparecer de la faz de la tierra para que nadie nunca más, pero nunca más te vea con un libro en la mano, metida en una cama, sentadita en el patio, buscando el calorcito de la estufa con un libro en la mano. Nos estarán viendo, seguro, nos vieron y hay que quemar y vomitar y llorar pero seguir quemando. No quiero que nada se queme, no viejito, por favor, hubiera querida decir Laura, pero sabía que si hablaba esa saliva espesa le iba a inundar la boca, iba a salir de su boca a chorros e iba a apagar la hoguera y entonces sí que iban a estar muertos, como decía su vieja. Pero ella qué sabía, cagona, escondida en la cocina. Qué sabía de ese olor inmundo que se te quedaba pegado a la nariz, olor a carroña, a cadáver descompuesto que los buitres —run run, hacían cerquita, en las terrazas— podían oler, se estarían relamiendo con el hedor de tanta muerte junta, preparándose para lanzarse en picada sobre ese mundo calcinado.

Laura miró a su viejo. Pobrecito. Lo vio inclinado en el taller, con las manos siempre llenas de grasa, mi viejito un poco bruto. El culo le sangró para tener todo esto que se está quemando. ¿Podés oler la mierda, viejo? ¿Podés oler la podredumbre? ¿Te vas a poder

sacar ese olor de encima alguna vez, vos, que fuiste haciendo esta biblioteca primero un estante y después otro y otro más, cepillando la madera, clavándola, barnizándola, para que tu piba o sea yo que quiero vomitar y gritar y abrazarte pueda algún día salir del barrio para limpiarse la mugre que trajiste de Italia? ¿Vos, viejo, que te vas a morir sin leer a Borges y sin saber algún día lo que yo voy a saber dentro de algunos años, que una biblioteca, esta biblioteca, de laburante y comunista, era la cifra de nuestro universo?

Todos no, no voy a quemarlos todos. Algo tiene que quedar para después, aunque después no llegue nunca. La tarde se quedó quieta, detenida por la voz del viejo. Rasposa, clarita, a Laura le pareció como un trueno que de pronto silenció el run run de los buitres, dejándola sorda. Antonio Borrelli. El tano. Júpiter tronante, su papito querido. Y que tu vieja se deje de joder y vaya trayendo un par de bolsas. Se calzó los anteojos gruesos, con la patilla un poco ladeada porque cada vez que se les rompían en el taller les ponía un poco de pegamento para seguir tirando, y metió la mano en el revoltijo. Con paciencia fue leyendo los títulos uno por uno. Este sí, este no, este se queda, este al fuego. Pero todos no.

Laura se agachó al lado de su padre y le acarició la mano como al pasar. Nunca lo había querido tanto como en ese momento y casi por primera vez no le importaron las manos anchas manchadas de la grasa del taller, el mameluco sucio, el olor a aceite de las máquinas. Lo único que sabía era que en ese momento ese gordo sucio de grasa era su viejo y que la estaba salvando de una pestilencia monstruosa, protegiéndola de una viscosidad aún más asquerosa que las de esas tardes de fines de marzo. A pesar de que su viejo siempre había sido para ella un acertijo que no alcanzaba a resolver, Laura supo que, de algún modo, ese gesto de su viejo

era una ofrenda hacia ella, un regalo misterioso que le iba a quemar en las manos de por vida. Y por primera vez, adivinó que cosas así son las que se guardan deliberadamente en la memoria, le pareció que a lo mejor ella podía elegir lo que no quería olvidar, que si se agarraba bien fuerte de ese recuerdo iba a poder seguir escuchando para siempre la voz de su viejo cortando en dos la tarde cuando a todo lo demás —el olor a libro quemado, el asco que le daba su propia saliva, el miedo a los buitres— se lo hubiera llevado el tiempo.

Algunos van a tener que ir al fuego, Lauretta, ¿está claro, no? — por primera vez, a Laura no le molestó que su viejo le italianizara el diminutivo, una costumbre que aborrecía porque le daba una vergüenza que nunca había podido explicarse. Como si la mancha original que su viejo había limpiado y pulido durante tantos años, ensuciara eso que para ella era lo máspreciado, su nombre—. Pero todos no. No se van a quedar con todo, porque no les vamos a dar todo, tu vieja está loca. Dame esa bolsa de ahí, ves?

Y Laura vio. Una bolsa y una hoguera. Iban a resistir juntos, ella y el viejo. Como en los libros, como en los cuentos que había escuchado. *Más vale morir de pie que vivir de rodillas. Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan. Hasta la victoria siempre. Patria o muerte, patria o muerte, patria o muerte.* Esas habían sido las letras primeras de su infancia y con el tiempo habían devenido en una lengua que recogía el tesoro de su habla barrial y familiar, la moraleja simplona que Laura sacaba de todas las historias que iba recogiendo en la cocina, en el almacén de don Rafael, en las tardes en que los viejos sacaban las sillas y el mate a la vereda, en las que los pibes salían con las latas de pintura y los pinceles a pintar las paredes de su barrio (*luche y vuelve, luche y vuelve*). Los libros duplicaban y legitimaban esas voces, contaban resistencias heroicas, cruces de

los pirineos, frentes populares, huelgas mitológicas que, cuando ella las leía en las novelas y en los libros de historia, adquirirían una dimensión definitiva e incuestionable.

Con los ojos fijos en los libros (este sí, este no, porque no los vamos a quemar todos. Todos no. Todos no), cada tanto Laura le agarraba la mano a su viejo y le rogaba, este no, ¿no ves? Si no dice nada, papá. No hay ninguna palabra prohibida. Ni revolución, ni marxismo, ni. Nada que nos diga que esto de ahora es una pesadilla donde estamos vos y yo, una tarde de fin de marzo en el patio de atrás, ahogados por el humo de la hoguera en la que estamos quemando los libros.

Vientos del pueblo me llevan, alcanzó a leer Laura antes de que el fuego devorara las páginas. ¿Ese también? ¿*La Rosa Blindada*, viejo? González Tuñón era comunista, nena. Pero ellos no lo saben, viejo. ¿Qué mierda van a saber? Lo único que tienen en la cabeza es que las malas palabras son esas, marxismo, revolución, Cuba, Che Guevara, hasta Perón algunas veces, viejo. Pero no saben todos los nombres. Nunca oyeron soplar el viento en la isla, ni vieron quemarse al general Franco en los infiernos. Esos no los quemes.

Y su viejo no los quemó. En lugar de tirarlos al fuego, se los alcanzó a Laura. Les arrancamos las tapas. Y listo. Aquí se quedan. Ni al fuego ni a la bolsa. Tenés razón, algo tiene que quedar para que vos y yo nos acordemos, Laurita. Ya no había rastro del diminutivo itálico que le daba tanta vergüenza, sin saber que muchos años después lo repetiría con ternura cuando evocara esa tarde pegajosa de marzo en la que su viejo, Antonio Borrelli y ella, Laura, le arrancaron una a una todas las tapas a los libros de poesía, rompiéndolas en pedacitos. Pobrecitos, pensó Laura, esos

libros baratos que la Beba le compraba al diariero de la esquina por dos mangos y que habían ocupado un estante entero de la biblioteca. *Moriré en París*, había escrito César Vallejo. *Moriré en París, será con aguacero*, repitió de memoria Laura, mientras hacía trizas la tapa y la miraba arder. *Sube conmigo, amor americano*, y buscó el *Canto General* para arrancarle la tapa. Porque los nombres no importaban. No eran más que letras impresas en una tapa. Y no importaba, porque cada semana, cuando Beba traía los libros, padre e hija se habían sentado en la cocina, ella con el mate, él con la copita de ginebra, para escuchar Radio Habana (*Cuba*, decía una voz que crujía y cruzaba los mares y las montañas, *primer territorio libre en América*) y juntos leían poemas, y después, callados, cada uno los iba guardando en su memoria. Eso quedaba. Una tapa que iba al fuego no era nada, un pedazo de papel con letra escrita. *Cuando se miran de frente los vertiginosos ojos claros de la muerte*. Y así estaban ellos, esa tarde pegajosa de marzo, en el patio de atrás, entre el humo de los libros que ardían y la despedida cruel a los que iban a la bolsa. ¿Por cuánto tiempo? El mundo que contenía la biblioteca estaba ardiendo o a punto de ser enterrado. Ahora venía lo peor. ¿Lo peor? A la hoguera, enteros. O a la bolsa. Las tapas se habían acabado, los libros de poesía se apilaban como anotadores de almacén de papel barato. Llévalos adentro con los tuyos, Laura. Pero Laura no se movió. Le picaban los ojos pero no lloraba (el olor, el olor), tenía la mirada congelada, los ojos muy abiertos clavados en el fuego y un poco más allá, en las macetas de siempre vivas, en el jazminero sin flores, en la jaula del canario. La hoguera, la ceniza dispersa, el humo que desprendía el papel quemado eran objetos aberrantes, un signo monstruoso que había desplazado la quietud familiar de su patio, que había hecho enmudecer los ecos de las voces infantiles que tantas tardes habían pintado una rayuela sobre

las baldosas o habían hecho repiquetear la suela de los zapatitos guillermina saltando sobre el elástico. Nada de eso iba a existir. Nunca más. Laura pensó: tengo quince años, y supo que ese dato podía ser siniestro.

Miró de costado al viejo, que hizo un gesto con la mano, como asintiendo, y le dio pena, le dio una enorme ternura y más pena, verlo parado ahí, delante del fuego, traspirado, con la ceniza de los libros salpicándole la pelada, con el mameluco del taller manchado de grasa. Su viejo que se había escapado hacía tantos años del fascismo y de la miseria. ¿O solamente de la miseria? Laura siempre había preferido imaginar una historia de ribetes épicos para el salto que había dado su viejo desde ese pueblito perdido en las montañas de los Abruzzos. ¿O acaso su viejo no la había sentado desde que era chiquitita en sus rodillas para cantarle *Bandiera Rossa? Avanti o popolo alla riscossa bandiera rossa trionferá*. Cuando Laura fue creciendo, buscó corroborar la historia de su padre en los libros que para ese entonces habían empezado a desbordar la biblioteca, porque a pesar de acosar a su viejo con preguntas, fue muy poco lo que pudo saber de su pasado italiano. ¿El fascismo y la miseria? ¿El fascismo o la miseria? Con un acento porteño cada vez más pulido, todo lo que Antonio contaba eran fragmentos de fragmentos. Mi viejo se había venido a la Argentina, Laura. Diez años estuvimos esperando que nos escribiera, la nona y yo. Como un huérfano, viví. Muerto de hambre, rompiéndome el lomo en el campo de mi tío, así de chiquito era el pueblo, tapado por la nieve en invierno, una tierrita de nada para laburar (que mil años después, descastada y errante, Laura iba a tocar, iba a oler, ramitas secas y terrones que iba a guardar para siempre en un frasco de vidrio), huérfano y cagado de hambre, y mi tío que me encerraba en el sótano, un huerfanito cagado de hambre con miedo a las ratas. No me hagás



hablar, que no quiero ni volver ni pensar ni acordarme. Nunca pero nunca más.

Laura, que iba dejando atrás su diminutivo italiano con vergüenza y mucha culpa, nunca se había resignado del todo a que su viejo no había sido el partigiano antifascista que ella había soñado. Mi viejo el héroe. Y se hubiera golpeado el pecho. Qué orgullo. Pero las fechas no coincidían, porque Antonio había pasado la guerra trabajando de tornero en un taller de Avellaneda. Laura sospechaba con desencanto —pero sin creérselo nunca del todo— que habían sido la miseria y la orfandad, en ese pueblo en que el fascismo era el aire que se respiraba cada día. Domingo a la iglesia, Antonio Borrelli monaguillo. *Faccetta nera, bell'abissina aspetta e spera che già l'ora si avvicina!*, Antonio Borrelli *balilla*. ¿No ves, tonta? Le había dicho su madre, que comunista se hizo después, cuando llegó aquí. Lo de *Bandiera Rossa* era cosa de tu abuela, que se daba dique de que había sido la única en el pueblo que se le había plantado al Duce, pero para cantarle al comunismo, estaban entonces. Muertos de hambre, estaban. Laura nunca había querido creer en esa versión que destilaba veneno, un desprecio espeso que ella no entendía muy bien de dónde había salido. En el relato que le hacía su vieja (no tuerzas la boca así, mamá, por favor, cara de mala, cara de víbora) intuía una crueldad que la lastimaba y le hacía avergonzarse un poco, sin saber por qué, de la pelada de su viejo, de su mameluco sucio de grasa, de esos rastros de infancia pobre y fascista que los años no habían logrado borrar del todo de su lengua a pesar de sus esfuerzos —o quizás por ellos, pero como todavía no había leído a Borges no sabía como explicar esa intuición— por argentinizarla hasta la desmesura. Que el Corán no tiene camellos lo aprendería muchos años después, cuando la cara de su padre no fuera una realidad tangible sino algo que se le aparecía en sueños para hacerla

llorar. Prefería recordarse en las rodillas de Antonio. Caballito, papá, *evviva el comunismo e la libertá*.

Ahora viene lo peor, Laurita. ¿Podía ser peor, viejo? Laura no se animó a decirle cuánto lo quería en ese momento. Las palabras que los unían eran otras, lo demás lo había construido el silencio, algún ademán que se quedaba a medio camino. Cuántas de esas palabras se quemarían en la hoguera, cuántas quedarían enterradas. Lo que no se tragara el fuego, se lo tragaría la tierra. Podía ser peor, y Laura se imaginó la bolsa llena de libros, pequeños cadáveres en sus mortajas condenados de antemano, carroña, podredumbre de gusanos. ¿La tierra podría protegerlos del tiempo? ¿Algo podría ser protegido del tiempo si ese mundo de tablones de madera y de papel iba a hundirse y a desaparecer para siempre?

Dame esa pila, Laura. Sí, dámelos todos. Son siete. *Obras Completas*. Y sí, ellos seguro saben quién es Lenin, así que estos van al fuego. Laura contó del uno al siete, se tomó un tiempo largo, algo se le cerraba en la garganta, pudo ver a su viejo, sentado a la mesa de la cocina, después de que Beba hubiera terminado de lavar los platos, encremarse e irse a la cama, aburrida porque Antonio prefería estar con esos libros de mierda que le había regalado ese abogado con el que coincidían en algunas partidas de truco en el local del barrio. Laura, descalza y en camisón, con los pies helados apoyados en el mosaico del pasillo, salía entonces de su pieza para espiar a su viejo, sin animarse nunca a hablarle. Lo podía ver en calzoncillos, la camiseta apretándole un poco más la panza cada día, la copita de ginebra a un lado, los anteojos gruesos, siempre un poco sucios y ladeados, porque el viejo les pegaba la patilla con *poxipol* en lugar de cambiarlos —qué no hubiera dado muchos años después Laura, sentada en el banco de una plaza, por tocar una vez más esos anteojos, y, sin limpiárselos obsesivamente con la

franela, como ella solía hacer, calzárselos así manchados, aún con las marcas de los dedos llenos de grasa, para volver a ver el mundo desde los ojos muertos de su viejo— y un dedo grueso extendido frente a él, siguiendo con dificultad, como si estuviera aprendiendo a deletrear, lo que Lenin había escrito tantos años atrás. A Laura, una vez más, volvía a darle ternura y vergüenza, y una sensación espesa de culpa, de ganas de llorar y de abrazarlo, cuando lo veía de perfil, la barriga caída sobre el calzoncillo blanco, los anteojos empañados y torcidos, moviendo la boca como si estuviera repitiendo m-a ma, m-a ma, peleando a brazo partido con ese héroe ruso —perdón, papá, soviético, soviético que ya sé que no son lo mismo—, que su padre le había enseñado a idolatrar. Pero en momentos como ese, Laura lo odiaba, aunque tal como decía su viejo, hubiera hecho la revolución más grande de la historia, hubiera liberado de sus cadenas a los obreros y campesinos. Escondida detrás de la puerta de la cocina, descalza y en camisón, Laura lo odiaba porque no había liberado a su papá, a Antonio Borrelli, de la humillación de un sótano *abruzzese*, de los domingos de monaguillo a los palos, de una escuela miserable en la que apenas había podido aprender a leer y a escribir. Y porque ese señor bajito, que aparecía en las fotos señalándole el horizonte de la libertad a una masa de obreros con un dedo que jamás había estado manchado de grasa como el de su padre, le recordaba a ella, a Lauretta, la piba gauchita de su viejo, toda su vergüenza, su ternura muda, su propia humillación ante el esfuerzo de Antonio para leer, algo que para ella era tan natural como respirar. Por eso ella prefería las noches en que se sentaban con los libros de poemas. De verso a verso era más fácil, y Laura los leía con tanta soltura, y su papá los repetía como si hubieran sido escritos para él. Todo parecía tan fácil, tan perfecto. *Vientos del pueblo me llevan, vientos del pueblo me arrastran.* O cuando

su viejo, sentado en el banquito de la cocina, se recostaba contra la pared a leer las *Novedades de la Unión Soviética* o *Nuestra Palabra*, como si él también pudiera leer como quien respira. Todo estaba en su lugar, en esos momentos. Beba en la cama, padre e hija leyendo uno en cada punta de la mesa. En silencio. Antonio de vez en cuando cortaba el aire con un comentario y le mostraba fotos de fábricas humeantes y de obreros sonrientes y rubios que a ella no le interesaban demasiado, la prueba viviente del triunfo del socialismo. Ella miraba un poco y sonreía, callada, para poner contento al viejo, y volvía a su chocolatín y a su libro que parecía siempre el mismo pero no, iba cambiando con el tiempo, porque Laura y Antonio eran el tiempo, en esa mesa de cocina. Mientras el padre parecía mostrar la misma foto que los años habían congelado, Laura, casi sin que él se diera cuenta, fue cambiando de libros. Había pasado de *Mujercitas* a *Sandokan* y *Tremal Naik* y de allí a la noche en que Robert el brigadista y María, la campesina española, se acuestan, se acoplan, se acarician, y la tierra tiembla. (¿Iba a temblar la tierra cuando ella se acostara, se acoplara, se acariciara? ¿O iba a ser pura cópula, ese gesto mecánico, como de tornillo, que describían los manuales prohibidos que su viejo escondía en el cajón de la mesa de luz?) En la mesa de la cocina, masticando chocolatín con Laura, los milicianos republicanos habían conocido la desesperanza y la derrota y komsomoles heroicos surcaban la tierra con tractores, fabricaban tornillos y arandelas en una fábrica de Moscú, enseñando a la posteridad cómo se templaba el acero, vestidos igual que su viejo, con mamelucos sucios de grasa pero con la conciencia iluminada por el futuro de la revolución. Aburridos, insoportables, duros como una estatua. No, a ella no le importaban demasiado esos obreros rusos —soviéticos, ya sé, viejo, que no son lo mismo— que habían seguido el camino que indicaba el

dedo leninista. A ella le gustaba esa cosa espesa, maloliente y más humana de la tragedia, del dolor de la derrota. Pero eran motivo de la felicidad muda y tranquilizadora de su viejo. Y en ese pacto de silencio donde se instalaba la lectura, Laura era feliz. *Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan.*

Había otras noches, sin embargo, que la aterrizaraban. Las noches en las que su padre, solo y en calzoncillos, entonándose con la ginebra para que todo pareciera más fácil se arrastraba lastimosamente sobre los libros que había escrito Vladimir Ilich—ese señor pelado y petiso que señalaba la utopía y era el héroe de su padre y a la vez parecía estar puesto allí para humillarlo, para señalarle a Antonio Borrelli lo que nunca iba a ser del todo suyo—. Esas noches Laura se hubiera puesto a llorar a los gritos, le hubiera pedido perdón a su papá por cosas que ni ella sabía que había hecho, le hubiera tirado esos libros a la mierda o se hubiera sentado en sus rodillas a leérselos, aún sin entenderlos, pero leérselos de un tirón para que él no notara el esfuerzo y todo resultara más claro. Hubiera hecho cosas más terribles, como escaparse, así, en camisón, y caminar descalza toda la noche por calles que no conociera y a las que le tuviera miedo hasta encontrar un lugar donde esconderse y ponerse a llorar, como expiando —pero ella entonces no conocía la palabra— una culpa antigua, algo sucio que tenía que ser limpiado, algo que en ella tenía la necesidad de brillar y a veces no brillaba. Entonces ella se quedaría esperando sentadita en un umbral desconocido, pidiendo perdón, perdón, que su papá viniera a buscarla y todo volviera a ser como en la cadencia de los poemas. Todo es más raro de lo que parece, pensó. A veces papá la encontraba, a veces no. Y ahora frente al fuego Laura contaba uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, y tantas ganas de vomitar y de llorar y de abrazar a su viejo se iban a ir al fuego con todos ellos.

Antes de tirarlos todos, de verlos arder y consumirse, de ahogarse un poco con el humo, Laura leyó *Materialismo y Empiriocriticismo. Notas críticas sobre una filosofía reaccionaria* como si no fuera ella quien estuviera leyendo sino como si fuera la muñeca un poco obscena de un ventrílocuo que apenas pudiera deletrear esa palabra larguísima y desconocida. ¿Y si ahora que el libro iba a quemarse, a volverse ceniza, junto con el dedo leninista e iluminado, nunca manchado de grasa como el de su padre, porque nadie que escriba así tranquilamente empiriocriticismo podría tener los dedos manchados, ella, Laura, hija de Antonio Borrelli, iba a arder con él? Laura miró a su papá y se puso a llorar. ¿Y si me muero sin saber qué carajo es empiriocriticismo, viejo? ¿Y si me muero sin saberlo o vos te morís sin explicármelo? Su viejo se pasó la mano por los ojos y le dijo, es el humo. Y el empiriocriticismo es la ideología burguesa, idealista, opuesta al materialismo dialéctico e histórico. Algo así, Laura, no preguntes más, querés, que todavía falta un montón, hay que quemar todas esas revistas que juntó la inconsciente de tu madre. Esa mujer no va a aprender nunca. Lo que su viejo no le había dicho es que él tampoco pudo entender del todo qué mierda era eso del empiriocriticismo, a pesar de haberse quedado leyendo y repitiendo una y otra vez esas palabras difíciles, esos razonamientos casi imposibles. No le dijo la de veces que se había cagado en ese enano ruso que escribía en una lengua incomprensible. Laura respiró. Qué alivio. Por lo menos no iba a morirse sin saber lo que era el empiriocriticismo, otra vez papá había venido a rescatarla, la había encontrado, y ella no se había tenido que quedarse descalza y en camión en un umbral desconocido, chupándose las ganas de llorar. Algo de filosofía ella entendía, porque en la biblioteca tenían ese libro en el que se explicaba tan clarito que hasta ella podía entenderlo y discutirlo, qué era eso de

la filosofía, como enormes edificios en el que el pensamiento tenía un orden, un sistema, y tranquilizaba, los apartaba a ella y a su viejo del caos y de las cosas que no entendía y le daban ganas de llorar. Ahí se explicaba clarito qué era eso del materialismo, la realidad, Laura, en lugar de las ideas, meta palo al obispo Berkeley, ese que según el librito había inventado el idealismo y era como el demonio de la filosofía, el padre de eso que Lenin había llamado una filosofía reaccionaria. Negar la realidad, papá, hay que estar loco. Laura entonces, claro, no había leído a Borges, no se había enamorado de sus palabras que en algún momento de su vida le iban a desplazar la mirada y que no la iban a dejar volver a mirar el mundo ni la literatura de la misma manera. Todavía no lo había leído —y su padre se negaría a leerlo hasta el día de su muerte— así que se alegró cuando Antonio, levantando del suelo el libro de filosofía le dijo: este, a la bolsa. Dejalo dormir allí. Y andá, nena, traéme las revistas esas que tu madre guarda en el estante de abajo. Que esas sí van al fuego, ya mismo, a quién se le ocurre guardar eso.

Laura fue y trajo *El Descamisado*, y trajo *Estrella Roja*. Tu vieja está loca, cuando se le da por hacer beneficencia con los trotskitos del barrio. Y ya le dije yo que Montoneros, el partido dice. Tirá eso a la mierda, querés. Y Laura las tiró, y las miró arder, sin saber lo que veía, sin saber que otros ya estaban ardiendo en esa tarde pegajosa de marzo, feliz de cumplir con un pedido de su viejo, feliz de recuperar ilusoriamente un orden que parecía haberse perdido. Laura tuvo ganas de abrazarlo y de decirle que lo quería. En lugar de eso, callada, tiró al fuego sin mirarlas ni una vez todas las revistas que la Beba había tenido juntando polvo y que solamente habían servido para que sus viejos se trenzaran en esas peleas que Laura sospechaba los llevaban más allá de la política,

peleas en las que el lenguaje banal de la política se transformaba en otra cosa, en un chorro espeso, en un veneno viscoso que no tenía nombre pero que Laura sabía que existía, que todo entre sus viejos últimamente olía a carroña, a ese olor dulzón y repugnante de la carne podrida. Bolche de mierda. Ahora te hiciste trostska, vos, hacéme el favor Beba, hacéme el favor. Cuando sus viejos peleaban así, Laura se quedaba sin respirar y se escondía detrás de un libro. Pero ahora no quería ni acordarse de eso, nada existía ahora que estaba mirando arder los libros, agarrada en silencio de la mano de su viejo.

Todo lo que no se quemó fue a parar a la bolsa. Lo que tuviera algún nombre en ruso —papá, Tolstoi no, Dostoievski tampoco, ¿cómo vas a enterrarlos? son clásicos, viejo, clásicos, y yo todavía no los leí —u olieran al remoto perfume de la revolución, fueron a parar a la bolsa, amortajados para protegerlos de la humedad y de los gusanos. Enterrados por un tiempo. El tiempo que iba a envolverlos y a acunarlos en su oscuridad inmunda. Los otros iban a volver a los estantes semi vacíos de la biblioteca, Laura se iba a encargarse de darles otro orden, de llenar como pudiera los agujeros. El resto se lo comió el fuego. Padre e hija limpiaron a baldazos la ceniza que había quedado en el patio de atrás y el agua y la mortaja se llevaron con ellos el orden primero y el sentido de su mundo. El agua jabonosa, la bolsa bien cerrada. Ya se había quemado lo que estaba destinado a arder, ahora había que meter bien hondo, bajo tierra, tanta grieta sin cerrar, tanta tarde pegajosa de marzo. Pugliese no había parado de sonar: *llevo como abrojoito prendido dentro del corazón una pena.*

ii

EL basurero

Dos o tres meses después de esa tarde de fines de marzo, Antonio Borrelli arrastró hasta la vereda la bolsa de los libros que había salvado, desenchufó la *Noblex Siete Mares*, sacó su copa de campeón de truco del estante donde Doña Beba apilaba pastorcitas de imitación porcelana, metió una muda de ropa en la valija que Laurita había usado en la escuela primaria y cargó todo en la parte de atrás de la camioneta. Me voy, Beba, me voy de verdad esta vez. Su mujer ni siquiera entornó la puerta del baño. Estaba muda, sentada en el inodoro, frotándose las manos con crema suavizante, sin darse cuenta de que el líquido blanco y un poco pegajoso (como pegajosa había sido aquella tarde en el patio de atrás), le chorreaba por las piernas y hacía un charquito en el piso, como si de golpe se hubiera hecho pis o un flujo hediondo le estuviera empapando la bombacha. Andate a la mierda, pensó Beba, pero no se movió. Siguió enchastrando el baño con esa crema de mierda, flujo apestoso, que no suavizaba nada, igual de ásperas que las manos grasientas del marido. Cerró los ojos como si le quemaran. Pensó por un momento en su hija. Laura, Laurita, se dijo. Con los ojos siempre detrás de algún libro, como espiando al mundo desde ahí. Laura mira, sabe ver. Beba se miró en el espejo del baño, tenía la cara hinchada, el rimmel corrido. Se miró sentada en el inodoro, el camisón arremangado, la bombacha debajo de las rodillas, sucia y pegoteada de crema. Se tuvo asco y pena. Por primera vez en su vida su hija le importó un carajo. Váyanse a la mierda, los dos. Supo que todo se estaba hundiendo y que lo único que ella iba a querer de ahora en más era morirse sentada en ese inodoro, con la bombacha entre las piernas y las lágrimas que ahora sí le caían como un flujo ardiendo. Cerró los ojos, doña Beba. Sintió que la

mirada de su hija desde algún lugar de la casa la estaba buscando y que con esa mirada Laura, su testigo mudo, le estaba devolviendo su imagen más verdadera. La odió, le envidió su mundo de libros y su olor a cuerpo nuevo y le dio vergüenza. Qué asco de vida, dios mío. Se inclinó y vomitó sobre el piso. Me voy Beba, la puta que te parió, dijo Antonio por última vez.

Los gritos de su padre golpeando la puerta del baño y el silencio terco de su madre la habían ido adormeciendo. Cuando esa tarde llegó de la escuela su viejo estaba en la calle, cargando la camioneta. Andá, Laretta, andá para casa. Tu madre está loca. Hubiera querido preguntarle a su viejo a dónde iba, a qué hora iba a volver, pero verlo ahí parado, con el mameluco grasiento y una cara como no le había visto nunca, le dieron ganas de vomitar y subió corriendo. Beba no estaba por ninguna parte. Laura supo. Cuando pasó por el comedor vio de reojo que las pastorcitas de imitación porcelana estaban en el piso, rotas. Vio que la copa de truco de su viejo no estaba en su lugar y que tampoco estaba la *Noblex Siete Mares* (radio Habana, Cuba, primer territorio libre en América). Laura supo que su mundito barrial y doméstico estaba ardiendo como habían ardido los libros. Esa era la última ceniza de la hoguera que entre los tres habían empezado esa tarde pegajosa de marzo. Como su madre se había encerrado en el baño y estaba tan muda que parecía muerta, Laura tuvo que vomitar en la pileta de la cocina. Váyanse a la mierda, los dos, dijo en voz bien alta, y se sintió extrañamente tranquila. El olor de su vómito le dio otra arcada, váyanse a la mierda, gritó un poco más fuerte, y salió corriendo para su pieza. Se metió en la cama con un libro y la linterna que le había robado a Antonio para poder seguir leyendo con la cabeza tapada mientras la pieza quedaba a oscuras, cuando la obligaban a apagar la luz del velador porque se hacía tarde y mañana. Mañana

hay que levantarse temprano, Laura. *Avanti o popolo*, le cantaba Antonio, no ves que los obreros van temprano a laburar. ¿Cómo hacerle entender a su viejo que ella no era obrera, y que su pieza estaba cada vez más lejos del sótano abruzzese y de la hambruna fascista que se alimentaba a hostias de los domingos? A Laura siempre le había dado bronca cuando su viejo la obligaba a apagar la luz para despertarla al día siguiente cantándole *la Internacional*. Risa también, porque a veces, cuando no tenía demasiado sueño, Laura se sentía digna como su abuela —la *poveretta*— resistiéndole al fascismo. Una pionera de la revolución. *Seremos como el Che. Patria o Muerte*.

Todavía tenía ganas de vomitar cuando se metió en la cama y se tapó la cabeza. Prendió la linterna y tuvo miedo de hacerse caca encima. Y su vieja metida en el baño, muerta en el baño. Qué asco. Laura se imaginó a Doña Beba con el camisón arrugado, la cara hinchada llena de esa crema con la que se untaba todas las noches y que se la dejaba brillante y resbalosa al tacto, como la de esos monstruos de cera de las películas de los sábados. Ese unguento repugnante que le daba a su vieja la ilusión de la juventud eterna a Laura siempre le había dado un asco enorme que excedía la cara de su madre, un asco que iba inundado primero la casa —las paredes, los muebles, las plantas del patio—y que después empezaba a recubrir el mundo de una pátina que le quitaba el brillo a las cosas. La cara encremada de Doña Beba le daba hasta miedo de si misma, miedo de mirarse en un espejo y verse la piel resquebrajada, y esa crema saliendo de cada grieta como un granito de pus. Cerró los ojos y se imaginó a su vieja muerta sobre el inodoro, medio ladeada con la cabeza sobre los azulejos. Se imaginó a su viejo muerto, caído frente a la puerta del baño. Váyanse a la mierda, dijo bajito, y se aguantó otra vez las ganas de hacer caca. Se imaginó a sus

viejos muertos, bien muertos en un charco de esa crema brillante y pegajosa y se sintió tan aliviada, tan liviana de felicidad, que se agarró fuerte de su libro y se puso a llorar hasta quedarse dormida.

La despertó un portazo, y se dio cuenta de que era su viejo yéndose, porque al ratito, nomás, escuchó el motor de la camioneta poniéndose en marcha. Tuvo ganas de vomitar otra vez cuando se dio cuenta de que se había manchado un poco la bombacha. Era mierda, en la oscuridad de su pieza podía olerla y le pareció que nunca se había parecido tanto a su madre. Con la cabeza tapada por la colcha, iluminando con la luz amarilla de la linterna se obligó a leer. Y leyó: *esta obra deja también en el silencio los demás aspectos del alma adolescente: por un lado, los sueños desmesurados, las ambiciones enormes, la rebeldía abierta o sorda; por el otro, el descubrimiento de la naturaleza y de la muerte, la revelación del arte y de la gloria.* Laura pensó en su bombacha manchada de mierda, en su vómito que se secaba en la pileta de la cocina y que seguramente Beba no había limpiado, y se le nubló un poco la vista. Pensó en su alma adolescente. ¿Alma adolescente? Me cagué. Me cagué en la bombacha, se dijo con vergüenza. A lo mejor ese era el descubrimiento de la naturaleza del que hablaba Aníbal Ponce. ¿Y la muerte? Laura cerró los ojos por un momento y volvió a ver a sus viejos muertos, cada vez más rígidos, como de cera, mientras ella estaba escondida y manchadita de caca obligándose a leer *Ambición y angustia de los Adolescentes*, porque Antonio le había dicho —antes de esa tarde de marzo, antes de esta noche— que a este sí podía leerlo. Es psicólogo pero es marxista, Laura. Del Partido, aunque casi nadie lo conoce. Por eso le había permitido quedarse con el libro, ese no fue ni al fuego ni a la bolsa que su viejo iba a enterrar. Se preguntó dónde, dónde enterraría los libros Antonio, qué lugar había elegido para que se quedaran durmiendo en su mortaja de plástico, peleándoles al tiempo y a la humedad. Su

viejo se había ido sin decírselo.

El silencio de la casa le dio miedo. Una canilla estaba goteando y nadie la cerraba. ¿Y si su madre estaba muerta, helándose y endureciéndose como una pastorcita de cerámica, sentada para siempre en ese baño, con el camisón arrugado y la bombacha sucia entre las piernas? Laura se imaginó encerrada para siempre en su pieza, haciendo pis y caca en el piso, comiéndose una a una las hojas de sus libros, masticándolas despacito para que duraran, mientras su madre se iba pudriendo en el baño y toda ella comenzaba a brillar como su cara encremada. Laura se imaginó el cuerpo de su madre, con miles de larvas chiquitas y blancas agujereándole la piel. Y después se imaginó su casa. Primero la cocina de paredes amarillas, después el comedor con esos muebles horribles que a Beba siempre le habían parecido tan modernos, la pieza de sus viejos con el cubrecama verdecito de tul, el pasillo oscuro que iba a su pieza. Todo iba a llenarse de gusanos que se arrastrarían por el piso y las paredes, y de un olor fétido de carne descompuesta y flores podridas que podía sentir hasta en la almohada y que ya empezaba a ahogarla. Pero ella no iba a salir de esa pieza, ni por todo el oro del mundo. Una vez que se acabaran las hojas de todos los libros, y que ya se hubiera comido su rayo que no cesa, sus vientos del pueblo y su viento en la isla y sus tres mosqueteros, una vez que se hubiera masticado hasta el último pelo que se había cortado Jo March, no iba a comer más, decidió. Ella también se iba a morir, entre papelitos tirados, escupidos, masticados. No iba a ir más a la escuela, no iba a salir nunca más de su pieza inmunda, porque su vieja había quedado muerta y encerrada en el baño y ella, Laura, no iba a poder soportarlo. Ahí iba a quedarse, deseando que nadie la recordara, que nadie, pero nadie, fuera a rescatarla, ni siquiera su viejo, como esas noches en que ella se soñaba perdida,

sentadita en un umbral y Antonio aparecía para traerla de vuelta a casa, al mundo iluminado por el dedo brillante de Vladimir Ilich. Laura deseó que la olvidaran, que olvidaran su alma adolescente y sus sueños desmesurados y la gloria y la revolución y que la dejaran morir en la pestilencia de su pieza. Apagó la linterna y se tapó bien la cabeza, tan fuerte que no podía respirar. Tenía ganas de hacer pis, pero cerró las piernas y aguantó.

Antes de quedarse dormida, le pareció escuchar otra vez el motor de la camioneta de su viejo. Le pareció escuchar sus pasos en la escalera y algo así como el eco de su voz llamándola, Laurita. Un ruido como si algo rascase la puerta de la pieza. Qué hago acá, se preguntó, qué estoy haciendo. Me hago pis. Y esta vez deseó que su viejo cruzara el umbral, que volviera con todos los libros que se había llevado, cantando *avanti o popolo* y que abriera las puertas. Como un mosquetero, Antonio iba a sacarla a ella de su pieza y a Beba del baño, las iba a lavar y a perfumar, las iba sentar en la claridad del patio y todo iba a ser como antes. Su viejo iba a devolver uno a uno los libros a los estantes de la biblioteca, a rellenar todos los huecos que habían quedado. Y después Antonio Borrelli, su viejo, iba a regar las plantas —el gomero, las siempre vivas, el jazmín —mientras tomaban mate escuchando a don Rafael, el Catalán, contar por centésima vez el cruce de los Pirineos y discutir el último informe del Comité Central.

Laura sacó la cabeza de abajo de la colcha. Se dio cuenta de que ese no era el motor de la camioneta de su viejo, sino el ruido de otro motor y de otros portazos que hacían estallar la noche. Oyó voces y gritos que no quería escuchar. No era su viejo que volvía, sino una cosa espesa, hedionda, que acechaba ahí afuera, donde ella no quería animarse. Escuchó más portazos y otra vez un motor en marcha. Cuando volvió el silencio, se tapó la cabeza con las



sábanas y la colcha y se quedó jadeando. Había una cualidad nueva, más ominosa en esa quietud. La canilla seguía goteando en algún lugar y había comenzado a soplar el viento. La sorprendió un deseo nuevo, que la golpeaba con tanta fuerza, que se hizo pis despacito, como cuando era una nena y sin aguantarse se mojaba en la cama antes de llamar a su papá en mitad de la noche. Cerró bien fuerte los ojos y su deseo imaginó que sí, que era cierto, que su papá subía despacito la escalera. Que era cierto que podía oír su voz llamándola. Laurita. Lauretta. Esta vez no odió las sílabas italianas de su nombre. Porque Antonio Borrelli estaba volviendo a casa y despacito, iba encendiendo las luces, abriendo primero la puerta de su pieza y después la del baño. Laura apretó más los ojos y vio a su padre mirar lo que quedaba de ella. Supo, gracias a Aníbal Ponce, psicólogo y marxista —porque ese sí, Laura, ese te lo dejó porque nadie lo conoce aunque era del Partido—que iba a cumplir sus sueños desmesurados de adolescente, que iba a conocer la gloria en la mirada espantada de su padre. Antonio Borrelli iba a mirar eso que quedaba de ella, lo que su hija, Laura Borrelli, había querido ofrendarle, su pequeña momia, sus huesos como de pajarito, sus libros comidos, su montoncito de vómito en la pileta de la cocina, su pis y esa mancha hedionda en la bombacha. Le iba a decir, Lauretta, y la oba a zamarrear, pero ella no se iba a despertar, nunca más se iba a despertar, para que su viejo llorara y corriera a patear la puerta del baño, donde Beba, como una muñeca monstruosa, lo iba a esperar con la cabeza ladeada sobre los azulejos, fría y encremada, humillada para siempre con su camión arrugado y su bombacha entre las piernas. Esa era la gloria. Y Laura, escondida debajo de la colcha, deseó los ojos horrorizados de su padre, la culpa de su padre, deseó su dolor y le deseó la muerte. Lo vio gritar, lo vio llorar, con los ojos cerrados lo vio irse muriendo hasta quedarse

quieto, él también, muerto como un muñeco gordo, manchado de grasa, un poco ridículo. Cansada de tanto sueño desmesurado, de tanta gloria cumplida, Laura llamó despacito, papá, papá. Nadie contestó, pero se durmió contenta.

Por la mañana la despertó la claridad. No sabía qué día era, y por las dudas decidió faltar a la escuela. A ver quién le iba a decir algo. Todavía le dolían un poco la panza y la cabeza y se acordó de que se había hecho pis encima porque las sábanas estaban húmedas. Se miró la bombacha blanca y vio una aureola amarillenta. Vio una mancha marrón, como una costra seca. Qué asco, pensó, me hice pis y caca como un bebé. Laura pensó, también, que no iba a lavar esa bombacha, que la iba a tirar a la basura para no verla más, para que nunca le recordara las humillaciones de esa noche, los jadeos bajo la colcha, todo lo que había visto y deseado detrás de sus ojos cerrados y que no podía explicarse a la luz de la mañana y mucho menos entender. Intuyó oscuramente que iba a dedicar toda su vida a olvidar y a limpiarse ese recuerdo, a frotárselo como quien se limpia la suela del zapato después de haber pisado la caca de los perros. Lo voy a tirar al tacho, se prometió Laura. Me saco la bombacha y tiro todo a la basura.

Desde la cocina le llegó la voz del locutor del programa de tangos que Beba escuchaba todas las mañanas. Escuchó que empezaban las noticias de las nueve. En un enfrentamiento murieron. Laura no quiso seguir escuchando, prefirió fingir que le hablaban en un idioma desconocido. El locutor anunció un tango, uno de los favoritos de su madre. Pero Beba no cantó, como hacía todas las mañanas mientras limpiaba. En la casa sólo se escuchaba la radio y el ruido de la canilla que seguía goteando. Sin embargo Laura se sintió tranquila. La radio prendida significaba que su madre no había muerto, que nadie había muerto y que seguramente

el baño y la cocina ya estarían limpios, que Beba estaría pasándole el plumero a los muebles del comedor. Significaba, sobre todo, que cierto orden había sido restablecido, aunque su madre no estuviera cantando como todas las mañanas. Laura se quitó la bombacha. Cuando se agachaba un poco para sacársela, vio un papel doblado, tirado en el piso, cerca de la puerta cerrada. A mi hija, decía. Y más abajo, Antonio Borrelli. Aunque ese papel no hubiera tenido escrito el nombre de su padre, Laura hubiera reconocido esa letra entre todas las del mundo. Temblorosa, apenas ladeada hacia la derecha, era una letra que conservaba los rastros de los palotes, de las rayitas del cuaderno de caligrafía de primer grado. Laura olió el papel, como buscando el olor de su padre, el que para ella era el verdadero, el del mameluco traspirado y grasiento, no el olor que conseguía al rato de llegar del taller a fuerza de restregarse las manos con jabón de lavar la ropa y cepillo duro, no el olor después de una ducha y el desodorante, ni el de la chomba y los pantalones planchados. *A mi hija*, había escrito. Y había firmado, como un gesto que anunciaba algo definitivo, *Antonio Borrelli*. En uno de los costados, Laura vio la huella grasosa de un dedo. No supo por qué, pero esa manchita le devolvió algo de consuelo. La letra de su papá siempre la había puesto triste y la había hecho sentir en falta. Eso sí que no pudo limpiarlo, pensó. Años y años refregándose la boca, puliéndose la lengua para borrar quién era o quién había sido. Había cantado *facetta nera* los domingos. Había comido hostias y tomado el vino de misa. Había llorado en un sótano pidiendo que le levantaran el castigo. Su padre. Papá, dijo Laura bajito y se le llenaron los ojos de lágrimas. Era esa letra, tan distinta, seguro, a la letra segura de los poetas o de Vladimir Ilich. Seguro que la letra de Aníbal Ponce había sido como una caricia, los trazos tan luminosos como el futuro y la revolución. Pero la de su viejo no.

Y Laura sintió tanta vergüenza de esos dibujitos inseguros, que por un momento cerró los ojos y se imaginó la mano de su padre. Enorme, los dedos gruesos, la uña del pulgar martillada y desigual —por eso es la que junta más grasa, Laurita, ¿ves? de aquí la grasa no se va nunca— siempre áspera, siempre un poco torpe. Cerró los ojos con fuerza porque las lágrimas quemaban. No podía ver el brazo al que esa mano pertenecía, no podía ver el torso ni la cara de su padre. La mano cubría el mundo y el mundo era esa mano sosteniendo con temor reverencial una lapicera para escribir *A mi hija*. Para escribir, *Antonio Borrelli*. Para escribir con esa letra sucia y desapareja, siempre ladeada un poco hacia la derecha, a medio camino entre el palote infantil y algo que no terminaba de ser adulto. Laura se maldijo por sentir vergüenza. Viejo, dijo, papá. No podía soportar tanta ternura y tanto asco. De ella, pendeja cagada y meada, de su bombacha sucia de mierda pringosa y seca, de sus libros, del diario donde ella escribía todos los días con letra clara, letra prolijita, tratatando de imitar la que ella creía había sido la letra luminosa de los que habían escrito la revolución.

Tenía miedo de leer lo que su padre había escrito, mucho más miedo que cuando soñaba con vampiros y fantasmas y con muertos que se levantaban de sus tumbas, pesadillas que la hacían gritar y llamar a su viejo para que la rescatara, encendiera la luz de su pieza y le cantara bajito *Bandiera Rossa* hasta que se dormía otra vez. Ya no más, papá. Laura se preguntó a quién iba a llamar de ahí en más cuando tuviera pesadillas, cuando un cadáver que ella en sueños adivinaba maloliente y agusanado la mirara con los ojos vacíos. Vos no vas a escucharme, viejo, dijo sin recordar que hacía mucho tiempo que ya no llamaba, que el insomnio que sobrevenía a esos sueños los curaba con los libros, en silencio. Suavemente fue abriendo el papel sin llegar a desplegarlo. Espió la letra de su viejo,

los tres primeros renglones. Era un poema. *A mi hija*, repetía, bien en el centro de la hoja. Allí estaba la letra casi infantil, la marca del despojo. Su viejo se había esforzado por ser prolijo, pero los trazos conservaban su temblor. Laura deseó lo imposible. Deseó no saber y saber. Deseó poder leer con los ojos cerrados. *En mi adolescencia conocí la pobreza y trabajé mucho*. Tres versos, nada más. Debajo de la *s* se adivinaba una *c* un poco chueca. Se imaginó a su viejo debatiéndose sobre esa palabra. Con *s*, con *c*, seguro se habría preguntado. Y ella leyendo Aníbal Ponce. Ella leyendo *Ambición y Angustia de los Adolescentes*. Escribiendo en su diario: mi alma adolescente, mis sueños adolescentes. *S* y *c*, papá. *S* y *c*. Otra vez la mancha que el dedo de Vladimir Ilich no había logrado borrar. ¿Hacia dónde señalaba ese dedo? El futuro es luminoso, le había dicho su viejo. Ves, Laura, le había dicho Antonio Borrelli el comunista, les está mostrando el futuro, el socialismo a todos los pobres, a los parias (*arriba los parias de la tierra, de pie famélica legión*). Es la utopía hecha realidad, Laurita. Es la revolución, el mundo donde todos van a comer, y trabajar felices (a cada cual según su necesidad, Laura), un mundo donde nadie dude, donde todos sepan escribir adolescencia. *S* y *C*. Donde nadie, pero nadie, y yo tampoco, debería haberle dicho Antonio Borrelli, su padre, dude un solo minuto si con *S* o con *C*. Laura dobló el papel y lo tiró sobre su escritorio. Era un poema. Su viejo nunca había escrito poemas, su viejo nunca había escrito otra cosa que los pedidos del taller. Su viejo había llegado tarde al universo de la letra, se había quedado paradito en el umbral, como pidiendo permiso. Y nunca había entrado, aunque ella a veces lo llamaba desde el otro lado.

Laura tuvo ganas de vomitar otra vez cuando miró el papelito doblado, caído entre sus carpetas del colegio y el libro de Aníbal Ponce. Papá, te quiero tanto. Viejo, andate a la puta que te

parió. No podés hacerme esto, pensó. Corto mano corto fierro, cucharita cucharón, no me junto más con vos. No podía dejar de mirar la huella del dedo grasiento en el costado del papel. Se estaba quedando ciega, por primera vez en su vida deseó ser ciega y no le importaba no poder leer nunca más. Si lo tiro, nunca existió. Si va a la basura vos nunca lo escribiste, viejo, nunca te tembló la mano, nunca te demoraste en la *S* y en la *C*. A la basura con la bombacha manchada y todo vuelve a su lugar, vos nunca te fuiste, yo nunca me hice pis y caca, y todo es como antes, bastaría con el dedo de Vladimir Ilich para iluminar el mundo. Después de un rato, Laura supo que no podría tirarlo, que de una manera oscura, incomprensible, eso hubiera sido como mutilarse. Cerró los ojos y se imaginó cortándose la piel con una hojita de afeitar. No dolía, se levantaba la piel e iba tirando, despacito, hasta quedar en carne viva. Los cerró más fuerte y se vio despellejada, descarnada, hasta quedar convertida en un polvito de huesos. Sintió náuseas y abrió los ojos. Ni al fuego, ni a la bolsa, ni al tacho. Buscó la caja de las sandalias que hacía unos días Beba le había dejado comprarse —azules, tan lindas, con una plataforma altísima, no le digas a tu padre, Laura, a los hombres no hay que decirles, escondélas y callate, como hago yo, o te creés que tu viejo lo sabe todo?— la vació y guardó el papel. Lo dobló en cuatro, pero todavía se veía la mancha, y se podía leer *A mi hija*. Lo dobló y lo dobló hasta que quedó hecho una bolita casi invisible. Lo escondo y lo pierdo, lo escondo y lo olvido. Si abro la caja no lo veo, y hasta puedo olvidarme de que está ahí. Guardó la caja en el fondo del placard, en el mismo lugar donde guardaba su diario para que Beba no lo encontrara, después de que la había descubierto leyéndolo, el plumero en una mano, el diario en la otra, tan concentrada que no se había dado cuenta de que Laura la estaba mirando desde la puerta. Su madre. Mi putísima

madre, se acordó Laura, y odió a su viejo por haberla dejado sola con ella. Las sandalias quedaron tiradas en el piso. Qué lindas son, pensó Laura. Azules, con plataforma de corcho, altísimas. Si no vas a estar para verlas, viejo, si no vas a estar para protestar porque tu pionera de la revolución se viste como una hippie, ya no tengo que esconderlas. Se sintió mejor. Una ducha, se dijo. Y mirando la bombacha sucia pensó, a la basura.

Cuando apareció por la cocina, oliendo a limpio y con el pelo todavía mojado, su madre estaba de espaldas a la puerta con el mate en la mano, silenciosa y sólida como una pastorcita de yeso, ella también bañada y perfumada —la cara brillante de crema, pero no mucho— como si la noche anterior no hubiera dejado ninguna huella. Pero no cantaba, a pesar de que en la radio seguían los tangos y los boleros de esos que a Beba le gustaban. La hacían soñar que era otra, una que caminaba por la vereda tropical y recibía las caricias de un hombre de uñas pulidas y manos suaves como de propaganda, y no esa señora de su casa, a la que se le fueron ajando la cara y la cintura plumereando el comedor y baldeando el patio hasta dejarlo reluciente. Esa mañana no había vereda tropical para Beba, ni a su corazón lo llamaba nadie, ni el hombre de uñas pulidas y manos suaves le pedía que la besara con frenesí. Laura no vio ni rastro de su vómito en la pileta. Su madre parecía haberle echado litros de desinfectante a todo, Beba no cantaba y lo que Laura aún no sabía, era que su madre, después de esa noche, no iba a cantar nunca más, transformada para siempre en una pastorcita de yeso, sólida y silenciosa, con la cara brillante de crema y una sonrisa de amargura, como de máscara. Porque su madre, de ahí en más iba a ser su máscara, un cartón pintado cubriendo el vacío. Sin darse vuelta, sin moverse, Beba habló. La voz llegó como desde lejos, sin inflexiones, sin matices. Se fue, tu viejo. Antonio.

Laura no dijo nada y pasó por al lado de su madre para levantar la tapa del tacho de basura. Beba la vio tirar la bombacha y no preguntó nada. Tampoco le dijo nada a su hija del montoncito de vómito que había tenido que limpiar. Como si nada le importara. Se fue, Laura. Solas, Laura, porque tu viejo no vuelve más. Laura se preguntó quién era esa mujer de yeso. De pronto tuvo ganas de abrazarla, pero entre ella y su madre alguien había trazado una línea imaginaria que no podía ser cruzada. Como un círculo de fuego. Para el vampiro. Quiero cruzar hacia vos y no puedo, mamá. Sos de yeso, quiero cruzar y abrazarte, pero sos de yeso. Si te rasco esa piel con las uñas te vas a desmoronar como una pared descascarada. Y abajo no hay nada. Laura supo que a pesar de ese límite, la ida de su padre —nos dejó, Laura., nos abandonó— había hecho nacer entre ella y su madre una complicidad silenciosa, algo del orden de lo siniestro, algo que no podía ser nombrado. Nos dejó, Laurita, dijo su madre. Laura miró alrededor buscando un libro, cualquiera, algo que la protegiera de la voz de su madre, que la protegiera de esa muñeca de cerámica encremada y ajena con la que la unía desde la noche anterior algo ignominioso. Eran dos mujeres solas, en esa casa con olor a desinfectante. Bombachas sucias, algodones que olían a sangre menstrual, flujos, orines. Solas. Estaba sola con su madre. Pensó, papá. Esto no era el futuro luminoso que me habías prometido.

Laura todavía no había leído *Ana Karénina*. Tolstoi —ni al fuego, ni a la bolsa— la esperaba en un estante de la biblioteca. Esa misma noche, escondida debajo de la manta para que su madre creyera que estaba dormida, Laura iba a leer *todas las familias dichosas se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera*. Cuál es, cuál es nuestra manera se preguntó esa noche y muchas otras llorando antes de quedarse dormida. Por más que le diera vueltas —y lo

hacía a veces sin darse cuenta, mientras le iba dibujando una cara a Ana, una cara para la pasión, otra cara para el dolor y el abandono, que se parecían un poco a la suya— Laura no lograba situar en algún punto preciso de la historia de su familia el comienzo de esa infelicidad. Era más bien la reconstrucción de una sensación muy difusa que la había acompañado desde que ella tenía memoria, como la de quien entra a un cuarto y percibe cierta anormalidad bajo una apariencia común, algo levemente monstruoso, los cuadros un poco torcidos, un espejo sin reflejo, las paredes en un ángulo imposible. Escondida detrás del libro esperaba escuchar una disonancia mínima en esa música en que ella había convertido el pasado. Callada esperaba. El golpe seco de una tecla, el estallido de una cuerda que se rompe. Algo que anunciara el final abrupto de una canción que tenía los sonidos del café con leche de las mañanas, la radio siempre encendida, la voz de su viejo cantando *bandiera rossa*, el golpeteo rítmico de la escoba de Beba barriendo las baldosas del patio, las voces de sus amigas jugando en la vereda (¿puede salir Laurita, doña Beba?), el susurro de las hojas de los libros que hablaban otras voces. El grito de Tarzan, las risas de las hermanas March, el silbido de la espada de Sandokan. Voces que decían *todos para uno y uno para todos*, que contaban la batalla del Jarama y la toma del Palacio de Invierno. Y allá, muy en el fondo, casi inaudible, una vibración que no correspondía a esos sonidos, como si la vida fuera un piano que se hubiera ido desafinando de a poquito. Primero la bordona, después el do agudo. Vibraban apenas, pero sin alcanzar a alterar lo suficiente la melodía, un poco nomás, como si la cadencia feliz de esa canción se fuera transformando imperceptiblemente en otra cosa, en una música que sonaba a misa o a película de terror.

Mientras leía, Laura intentaba escuchar, pero no había

nada más que silencio, la eterna canilla goteando en el patio que su madre parecía no haberse molestado en cerrar desde esa noche, algún auto pasando por la calle, gritos que daban un poco de miedo, porque eran como un pedido de ayuda. Eso era el silencio para Laura. Dónde estás, viejo. Tu ausencia es el silencio. Papá, decía bajito, y entonces era como desdoblarse, como si de pronto se hubiera partido en dos. Papá, decía, y estaba en camisón sentada en el umbral de las pesadillas, lejos de casa, lejos de sus libros y del dedo iluminado. Papá, repetía. No venía, su viejo. Lo llamo y no viene. Y a la vez era la otra, Laurita traspirando, conteniendo el aliento porque Ana sí, Ana sabía dónde y cuándo había empezado la desdicha. Vronski iba a dejarla. Estaba sola, ella también. Pero Ana gritaba, se rebelaba, rogaba, pedía. Laura no. Laura, callada y palpitante, pensaba que no, mejor no ser Ana, mejor no sufrir así. Papá, volvía a decir. Y no había cómo colmar tanta ausencia. Si ella, en cambio, pudiera ser como Levin, no le hubiera importado ser hombre. Que entre el dolor y ella, entre el silencio y ella se instalara el pensamiento. Que el dolor y la alegría no sólo pasaran por el cuerpo. Levin sí sabía dónde y cómo la infelicidad. Sabía porque era capaz de pensar para explicarse. Qué suerte, pensaba Laura. Ojalá se case con Kitty, ojalá sea feliz. Va a ser feliz porque puede entender. Va a ser feliz porque sabe, aunque sufra sabe y puede contar su historia. A mí me da miedo, y dolor de panza porque no sé qué decir, no sé qué contar. Si supiera por qué mierda te fuiste, viejo. Si supiera dónde carajo enterraste esos libros. Laura se forzaba a recordar. Cerraba los ojos como obligando al recuerdo. Después de algunas noches se dio cuenta de que si cerraba el libro, apagaba la luz y así, a oscuras, cerraba fuerte los ojos, algo sucedía. Al principio no veía nada, sólo la oscuridad en la que daban vueltas puntitos luminosos. Pero si insistía, empezaba a ver. Nunca de

frente, nunca claramente. Aquello levemente monstruoso que había percibido en la rutina luminosa de su vida, iba saliendo de los rincones. No mucho, apenas un poco, las imágenes eran fragmentos de algo que ella intuía ominoso y que por suerte quedaba agazapado en los rincones.

Laura todavía no había leído a Freud, pero algunos años después, al leer *Lo Siniestro* en un grupo de estudio de psicoanálisis, se recordó a sí misma en esas noches de novelas rusas y desconcierto. *Unheimlich*. Algo *unheimlich* —qué bien sonaba así, en alemán, iba a pensar Laura leyendo a Freud, ya distanciada para siempre de su lectura adolescente de Aníbal Ponce, alejada por convicción intelectual de lo que ella había empezado a considerar un intento precario de psicoanálisis marxista, el dedo de Vladimir Ilich y la cara de su padre cada vez más desdibujados— había corroído la tríada narcisista que habían conformado Antonio Borrelli, doña Beba y su nena. A Laura le había parecido que poder nombrar ese saber que hasta ese momento había sido del orden de lo instintivo, y poder hacerlo con esa palabra en alemán, le daba cierto lustre a esa desdicha menor, doméstica, que empalidecía frente a tantas desdichas literarias y a las neurosis, psicosis, histerias, paranoias y otras etiologías freudianas a las que se había entregado con curiosidad morbosa y un poco de envidia, escudada en razones de imprescindible formación intelectual. Pero ni esa Laura que por fin había leído a Freud, y se había adueñado de la palabra adecuada, ni esa adolescente que pasaba las noches leyendo e interrogándose sobre el origen de la infelicidad familiar sin poder nombrarlo, habían logrado ir más allá de la superficie de las cosas, una superficie pulida, brillante, como la cara encremada de Doña Beba, como el espejo que su madre le ofrecía y en el que Laura, a pesar de que siempre se había negado a mirarse, no podía evitar

contemplarse de reojo como quien mira una cara familiar que el tiempo iba a transformar en la de un bicho, en animal monstruoso. Poder enunciar no le iba a permitir adueñarse de los signos. Y la palabra adquirida, que al principio había sido ausencia y llanto mudo debajo de una frazada, no iba con el tiempo a perder el atributo de origen, la marca de esa carencia que había empujado a Laura durante tanto tiempo hacia el lado del silencio. Era una palabra sin referente, un dibujo de tinta negra que no representaba nada, que la devolvía a empujones a la imposibilidad de hacer de su dolor un relato.

Si pudiera encontrar el principio, pensaba Laura, tapada por la manta, abrazadita a sus rusos. Pero ahí no había nada. Hubiera querido decir aquí empezó todo, encontrar un momento, un día, una fecha que le permitiera organizar un relato que, aunque no fuera del todo verdadero, sí fuera lo suficientemente verosímil para hacerlo narrable, para transformarlo en una historia que al menos la consolara antes de quedarse dormida. Nada. Sólo algunas veces, si cerraba los ojos muy fuerte y se dejaba ir, surgían fragmentos de imágenes rotas, pedacitos de vidrio o de papel, esas cosas que, al mirarlas antes de tirarlas a la basura, no se sabe a qué totalidad perdida corresponden, a qué vaso, a qué diario. Esparcidos por el piso, apenas restos de algo que ya no es lo que fue, sino su deshecho. Un gesto casi imperceptible de su madre rechazando un abrazo o una caricia, o la forma en que su padre movía la boca —sólo la boca, enorme, moviéndose sin un solo sonido, como si fuera uno de esos gordos con cara de malos en una película de Chaplin—, el gesto de desprecio que la torcía, *pelotuda, Beba, pelletuda*. Pedacitos de vidrio, de papel, imágenes rotas que le bastaban a Laura para evocar sus visitas a la cama de sus viejos para encontrarse con ese hueco, esa grieta que como una frontera invisible la nena pretendía llenar

con su presencia. El calor siempre del lado de la panza enorme de su padre, el tobogán por el que Laura se tiraba como si estuviera en una plaza, hico caballito, caballito que no va a Belén, porque ahí está dios que no existe, Lauretta (y Lauretta muchos años después se tapaba los oídos para no volver a escuchar, prefería espiar ese recuerdo, mirarlo de reojo), caballito que va a Moscú, caballito rojo rojo. Ella saltaba y se tiraba feliz, se caía en la grieta que era como un pozo interminable que le daba cosquillas en la panza, muchas cosquillas y también unas ganas raras de llorar. Caballito rojo y al pozo por el tobogán panzudo. La nena sentía las cosquillitas, el vértigo y un poquito de miedo como cuando tenía que entrar a una pieza a oscuras (¿qué habrá, qué mira en la negrura? Mano peluda, mano peluda). Ahí estaba la grieta, ese universo opaco que se iba abriendo para tragársela. Del otro lado estaba su madre, mirándolos jugar con una mirada que era de ella pero a la vez no le pertenecía (¿qué habrá, qué mira en la negrura?), como si los marcianos de la tele le hubieran robado el cerebro y el alma. El cuerpo de Beba, replegado sobre si mismo, acurrucado en los confines de la cama, era la pared contra la que Laura se golpeaba. Su vieja, inmóvil, casi cayéndose del colchón, no cantaba hico caballito, no se reía. A veces la abrazaba o le acariciaba la cabeza, pero como desde muy lejos, tan lejos, fría y muda como un maniquí. Nunca cantaba con ellos, su madre, ni hico caballito ni esas canciones que sí cantaba cuando estaba sola en la cocina, esa vereda tropical y ese frenesí que se la llevaban todavía más lejos. Es eso, era eso, pensaba Laura sin abrir los ojos. Gestos, nomás, bocas que se movían diciendo palabras que ella no quería recordar, que no había querido escuchar. Nada que se pareciera a las novelas, nada que estuviera en sus libros, ni los celos ni las tragedias que marcan el fin del amor en *La Sonata a Kreutzer*. Qué asco. Solamente pelusa

escondida en los rincones de la casa, pegada a los zócalos, como si la desdicha fuera una capa de polvo. Escoba y pala. Así se barre y todo lo demás a la basura. Pero con eso no se cuenta un cuento, con eso no se escribe lo que cuentan los libros. Entonces Laura abría los ojos con bronca. Pelotuda, pensaba. Pelotuda. Tenés la cabeza llena de crema. Me das asco, vos, viejo y gordo, asco. Dedos ásperos, dedos grasientos (mano peluda, mano peluda). Agarraba el libro para esconderse de esas voces que la hablaban, como si ella se hubiera transformado de repente en una casa embrujada. Mejor volver a Ana, se decía, y parecía que las páginas se leían solas. Nieve en San Petersburgo, caminatas por el bosque, un baile de sociedad. Pelotudos, ustedes, decía bajito, muerta de vergüenza. Pelotudos. Nada que se pudiera escribir, nada que se pudiera contar. Hubiera querido que el comienzo de todo fuera esa tarde en la que su viejo y ella quemaron los libros en el patio de atrás. Esa tarde de fines de marzo que olía a verano que se iba, a violencia. Fue esa tarde cuando se desmoronó el mundo, quería creer Laura, pero sabía que no era cierto, que con los libros había ardido algo que ella no podía nombrar y que era más antiguo que esa tarde, algo que había estado agazapado por la casa, eso denso y oscuro que le daba ganas de vomitar. Meta fuego y a la bolsa, la Beba escondida en la cocina, mirándolos. Espiando como una rata, pensaba Laura. Roedor encremado. Es tu culpa, tu grandísima culpa, mamá. No sé qué digo. No sé que estoy pensando, vieja, si vos sos mi mamita, y yo te quiero, aunque no me guste darte besos porque tu cara resbala y me llena los labios de esa cosa amarga. Él se fue. Montado en el caballito rojo, se fue y se llevó la bolsa, se llevó el universo para enterrarlo no sé dónde. Los odio, decía. Qué vergüenza, dios mío (el caballito no va a Belén porque dios no existe, Lauretta. Va a Moscú y es un caballito revolucionario). Esa desdicha estúpida, esa

infelicidad hecha de banalidades, de cremas de belleza, de basura cotidiana. Mejor Ana. Mejor Pierre Bezukov oliendo la batalla. Esas eran tragedias de verdad. No esa inmundicia sin palabras, esa nada.

Tolstoi y Dostoievski. Miles de hojas para esconderse. Miles de historias sin fisuras, mundos redondos, perfectos, trágicos. La vida era eso que guardaban esos libros y afuera puro tiempo, tiempo agujereado, agrietado. Estaba Moscú ardiendo, y estaba el príncipe Mishkin, Raskólnikov paseándose por tabernas inmundas, estaba Katuska corrompida y humillada y Natasha Rostova perpetuamente enamorada. Todos habitaban la única realidad que medía el tiempo verdadero. Lo demás —porque había más, un papel doblado en cuatro escondido en el fondo de una caja, los días siempre repetidos de la escuela, libros que habían ardidido y libros donde iban a dormir los gusanos— dejaba de existir, desaparecía, borrada para siempre la mancha vergonzante de su bombacha (porque te hiciste pis y caca, Laurita, pis y caca como un bebé), la ausencia inexplicable de su padre, todo lo que hubiera querido esconder, tirar a la basura para no verlo más. A Laura le gustaba imaginar a esos rusos, oscuros como daguerrotipos, escribiendo a la luz de una vela. Escribiendo para ella, años y años antes de que ella naciera. Los imaginaba escribiendo y pensando que en el fondo del tiempo y en otro país, otro mundo, una chica que se llamaría Laura Borrelli, hija de Antonio y de Beba, pasaría noches sin dormir, acurrucada debajo de su frazada, leyendo sus historias para no morir de dolor y de culpa, de vergüenza. Las manos suaves, los dedos delgados —no son ásperos, nos son enormes, son dedos que pueden escribir historias, papá— sujetando una pluma como la del plumero con el que su madre no se cansaba de quitarle el polvo a sus pastorcitas de porcelana falsa, la tinta corriendo para

dibujar las formas de ese alfabeto que ella desconocía pero que podía comprender.

Laura amaba a sus rusos. Estoy salvada, pensaba, estoy calentita aquí adentro, donde todo tiene nombre, donde la vida duele pero consuela. Aprieto este mundo con el dedo y existe. Todo existe aquí adentro. No como afuera. Si paso el dedo por la cara de mi vieja, resbala. Si quiero tocar la cara de mi viejo se me escapa. Pura sombra. Puro polvo. Sus rusos. Mis rusos, les decía. Y se llenaba la boca con sus nombres como si fueran caramelos. Laura los amaba con un amor de perro, un amor esclavo y agradecido, porque le habían marcado la cadencia a cada uno de esos días, estirándolos como un chicle hasta convertirlos en meses, hasta hacerlos tiempo. Natasha. Aliosha. Sonia. Marcaban la cadencia de los días, que de otro modo hubieran estado signados por la figura de su madre sentada en su cama con el cuerpo rígido, como si fuera una muñeca abandonada sobre el cubrecamas verdecito de tul — los pajaritos bordados, la ramita en el pico— revolviendo los cajones de la cómoda. Beba sacaba uno por uno los calzoncillos, las medias, todo lo que había sido de su viejo y que él había dejado ahí como si no le importara (más vale vivir de pie que morir de rodillas, Lauretta), como si nada de lo que había sido su vida con ellas tuviera otro destino que el olvido. Laura no se animaba a entrar a la pieza, como si hacerlo hubiera sido traspasar esa línea que la separaba de un lugar del que nunca iba a poder volver. Y ahí se iba a quedar prisionera para siempre, como si hubiera cometido un crimen, como si hubiera matado para robar algo que en realidad nunca había deseado. Me vuelvo de piedra, como en el mito griego ese que está en el *Lo Sé Todo*. Me vuelvo de piedra si Medusa me mira y se da cuenta. Mamá Medusa, me vas a dejar de piedra. Pero no podría moverse, se quedaba callada, espionando

a su madre. La miraba retorcer la ropa, acariciarla, hablarle a un calzoncillo moviendo la boca. Su vieja movía la boca como una sanguijuela mientras miles de serpientes le brotaban en el pelo. No me pasa nada si no la miro a los ojos, pensaba Laura. Beba movía la boca, doblaba la ropa y la volvía a estirar. Mierda y grasa, decía. Toda la vida limpiando tu mierda y tu grasa, y la boca se le torcía en un gesto que a Laura le hacía acordar a las películas de monstruos del sábado a la tarde. Rata encremada, pensaba, asustándose de su rabia, de esas palabras que no reconocía como propias y que parecían venir de un lugar oscuro, un lugar donde no era ella la que vivía, sino alguien que tenía su cara y sus gestos y su pelo y que se le parecía tanto, pero que no era ella. Porque ella era buena (gauchita, mi piba, había dicho su viejo), ella era Laura Borrelli, la nena poeta, la buena pionera de la revolución que quería tanto a su papá y a su mamá. Laurita, gauchita, pibita, no esa cosa monstruosa y maligna que hablaba por ella. Mamita, decía. Pobre ratita mi mamá. Ahora entro y te abrazo, mamá. Ya voy, mamá. Te miro a los ojos y no pasa nada. Vos no sos Medusa y yo soy Laura. Tu nena, mamá. Pero Laura no podía moverse. Dónde está mi libro, pensaba. Natasha, Aliosha, Sonia. Lo decía en voz baja, sólo ella podía oírse, pero el mantra funcionaba y Laura salía corriendo para su pieza. Cuando pudiera, cuando Beba no estuviera, iba a abrir esos cajones. Medias, calzoncillos, pañuelos. Una vida lavando mugre, había pasado su vieja, sin frenesí y sin vereda tropical. Pobre su mamá, pobre pastorcita de yeso. Ella, Laura Borrelli, iba a abrir esos cajones y ahí no iba a quedar nada, eso también iba a ir a la basura.

Ese tiempo pudo haber tenido como única marca la presencia de su padre a la salida de la escuela, parado en una esquina. Antonio no se acercaba. Miraba a su Laura sin hablarle,

mirándola de lejos con el cuerpo encogido, como pidiendo permiso para entrar en su mundo pero sin atreverse, consciente de que su sola presencia —pero me saqué el mameluco, Lairetta, y escondo las manos para que nadie vea las manchas de grasa— bastaba para avergonzar a su piba, para hacerla girar la cabeza y salir corriendo sin mirar hacia atrás. Laura corría y corría, sabiendo que debía detenerse, dar la vuelta, cruzar la calle y meterse entre los brazos de su viejo como cuando era chiquita. Pedirle perdón y llorar hasta que el dedo de Vladimir Ilich los señalara como una espada luminosa. Si hubiera podido detener ese impulso que la hacía escaparse, esconderse de esa mirada que por algún motivo que no alcanzaba a entender la hacía sentir sucia, agente y perpetradora de una traición a algo que no alcanzaba explicarse, se habría sentado en un umbral y con un gesto hubiera llamado a su padre para que viniera a rescatarla de si misma, para devolverla a un universo ordenado, sin grietas, a un mundo donde cada cosa pudiera ser nombrada —pero con una sola palabra, no más— y nada careciera de sentido. Pero no se detenía, y seguía corriendo hasta su casa, con la mirada desolada de su viejo mordiéndole los talones. Llegaba con fiebre, con miedo, con diarrea, con el tiempo justo para agarrar su libro y encerrarse en el baño a soñar con el polizón de terciopelo de Ana Karénina, y mientras se limpiaba imaginaba que era a ella a quien el conde Vronsky acariciaba las piernas, enrollando despacio las medias de seda, subiendo las manos por la enagua. Era ella la que temblaba en un andén, bajo la nieve. Era ella la que miraba las vías y deseaba la muerte, esperando ese tren que la iba a matar, que la iba a dejar mutilada y torcida como una de sus muñecas viejas. El tren se acercaba entre la niebla y el humo. Uno dos y tres, contaba ella, conteniendo la respiración antes de tirarse a las vías, igual que Greta Garbo en la película. El

tren la iba a aplastar, la iba a cortar en pedazos. Un, dos, tres y salto, pensaba, abriendo el bidet y frotándose para limpiarse, como si el jabón que le hacía picar la pudiera distraer de tanta pena, tanta culpa. Me limpié la caca, esta vez no me hice encima. Y Beba y Antonio llegaban corriendo a la estación, se arrojaban a las vías y juntaban sus pedazos, los pegaban con plasticola, la cosían, la vestían, y otra vez ella era Laura volviendo a casa con papá y mamá. Otra vez se sentaba en la cocina —pero se le veían los costurones, la costra que la plasticola le había dejado cuando le pegaron los dedos, las puntadas desprolijas con las que la Beba le había cosido los brazos a la altura del hombro—, abría el libro y le leía a su viejo, que se iba acomodando los anteojos, *vientos del pueblo me llevan, vientos del pueblo me arrastran*. Mamá volvía a lavar los platos y la noche iba trayendo la voz de la radio, *Cuba, primer territorio libre de América*. Después a la cama, sin rusos, sin Ana, ni Katuska, ni Natasha, porque era el tiempo bueno, el tiempo de Sandokan y Tremal Naik, la infancia que se iba para que ella creciera y pudiera ser igualita a Jo March, que nunca se había tirado debajo de un tren porque en su mundo no había vergüenza ni secretos (rata encremada, mano peluda, quién mira en la negrura) y todas las historias podían ser contadas. Pero no sucedía nada. Ni nieve, ni tren bajo el que tirarse, ni papá y mamá juntando los pedazos de la nena para llevarla de vuelta a la cocina pintada de amarillo, con su mesa de fórmica, la *Noblex Siete Mares* y la musiquita tranquilizadora de los platos que su mamá ponía a escurrir en el lavaplatos. Entonces Laura se enjuagaba, se secaba y subiéndose la bombacha se juraba que la próxima vez sí, iba a dejar de correr, se iba a acercar despacito a su viejo (no me importan las manchas, y si venís con mameluco tampoco me importa, papá) y le iba a hablar. Mirándote a los ojos, papá. Y te voy a dar un abrazo para sentir tu olor —tu mugre y tu

mierda, toda la vida, lavé yo— y no voy a ser ni Ana, ni Natasha, no voy a ser otra. Porque es la otra la que corre para alejarse de vos, para volver a ese mundo donde vos no estás. Yo no voy a correr más, se prometió Laura. Me acerco y te abrazo. Yo, Laura Borrelli, Laurita. Gauchita y pibita. Como D'Artagnan. Me acerco y si estás triste yo saco la espada sin miedo. Son las otras las que corren, viejo, para volver pronto a San Petersburgo, a Moscú, a Siberia, para no verte doblado como el papelito que escribiste y que tuve que esconder. No quiero quedarme ciega, ¿sabés? O mejor, me quedo ciega y corro a abrazarte y vos me llevás por ahí, me atás una correa y me llevás a un lugar donde haya luz, donde nada haga daño. Yo te defiendo con mi espada y con mi capa. Y vos me llevás al único lugar que no da miedo, ahí donde vos estás siempre. Y si miramos otra vez la foto, vamos a verlo a Vladimir Ilich, el dedo levantado, luminoso, saludando a Antonio Borrelli y a su piba. Gauchita, pibita. ¿Lo ves? Es ese gordo en mameluco engrasado (*famélica legión*) que está abrazando a esa chica con los ojos blancos, como de ciega. Jovencita, es. Viejo querido. Escuchan y cantan, porque el dedo iluminado hizo el milagro de devolverle la vista. Ahí se encuentran y está todo lleno de luz, como si Vladimir Ilich fuera un santo. No, ya sé que dios no existe viejo. Ya lo sé, la religión es el opio de los pueblos, pero él es santo igual aunque no exista dios. ¿Cómo no va a ser santo, si gracias a él ya no estoy ciega? Te miro de frente cuando me paro a hablar con vos, la miro a Medusa y no me vuelvo de piedra. Todo es tan claro otra vez, tan simple, sin manos peludas, sin negrura. Por eso la próxima vez me paro y me voy con vos, viejo. Pero si no voy —porque a la mejor no voy— no te enojés conmigo, porque no soy yo. Son las otras. No son malas, no. Son otras y no saben o no quieren saber, por eso corren y corren y cuando llegan tienen diarrea. Fiebre y diarrea. Pero no

me hice caca esta vez, papá. Llegué justo a tiempo para lavarme y cambiarme la bombacha aunque no se hubiera manchado. Fue una vez y cuando te fuiste, pensaba Laura saliendo del baño, una sola vez y tiré todo a la basura. Mañana, papá, mañana. Vas a ver. Mañana, te lo prometo papito. Mierda, viejo. Mierda mierda.

iii

CadávErEs

Aquí no, que huele a podrido. Huele a sangre, a pis rancio, a mierda seca, a sudor. Huele a matadero. ¿No ves que hay olor a muerte? Cadáveres apilados, esparcidos por el campo como figuras grotescas, marionetas sin hilos, rotas. Soldaditos de plomo mutilados. Alguien les había arrancado un brazo, una pierna, cuerpos sin cabeza, una grieta oscura ahí donde hubo ojos, boca, pelo. Olía a podrido, el olor espeso de los intestinos supurando, saliendo como insectos monstruosos de los vientres abiertos. Cuerpos, cadáveres manchados de tierra, pintados con un barro espeso hecho con tierra y sangre, las caras aplastadas, los cráneos pisoteados. Moco inmundo. Y el olor. Había un río cerca que serpenteaba cambiando de forma. Por momentos era fino como un hilo de sangre, tan angosto como si pudiera cruzarse de un salto, como si desde una orilla se pudiera acariciar la otra. Bastaría un solo salto, uno solo, para llegar del otro lado, ahí donde la luz cambiaba para hacerse más diáfana. Uno solo para escaparse de tanta muerte. Era entonces cuando el río cambiaba de forma, la tierra parecía abrirse para contener la inmensidad, hasta desdibujar todo horizonte posible. Mareada, casi borracha, Laura pedía por favor. Aquí no, que está la muerte, pedía. Y repetía como un rezo —pero era un rezo— ay dios mío, padrecito. Ay dios. No hay dios, Laura, dios no existe. ¿No ves? Tirada ella también sobre la tierra, sucia ella también de barro y sangre, la cabeza de costado, miraba el río ancho como el mundo, agua marrón de remolinos blancos. El viento que venía desde el río le hacía arder los ojos como si hubiera estado llorando, le hacía picar la nariz con un olor espeso, asqueroso y dulzón a la vez. Olor a carroña y a orines. Sin

embargo, estaba también la frescura que traía un perfume antiguo, de magnolia y de juncos, un olor que ya había estado allí, en otro tiempo, dejando el rastro de su persistencia entre tanta muerte. La corriente arrastraba más cuerpos descompuestos. Flotaban como globos enormes, la carne putrefacta y azul, dejando ver el hueso ahí donde los peces habían hecho su trabajo. Aquí no, aquí no que está la muerte. Por todas partes está la muerte. Laura no sabía si estaba gritando o susurrando, perdida y sucia, tirada, arrojada como un cuerpo más, mirando el río que se iba llevando los miles y miles de globos hediondos. De pronto un remolino hacía desaparecer alguno, el agua lo tragaba y lo devolvía un poco más adelante como si fuera una flor gigante, de pétalos festoneados. Bichos de agua, así navegaban por la corriente, camalotes verdes y azules, tan carnosos que daban ganas de comérselos, de pasarles la lengua, primero, para después partir despacito con los dientes la carne podrida. El río cambiaba de forma sin cesar y a Laura le parecía que ese río los contenía a todos, que allí iban a morir cientos de ríos y riachos, arroyitos, cascadas lejanas, cada uno con su carga de muerte. Desde donde estaba tirada lo miraba cambiar de forma como de soslayo, pero a la vez, sorprendida, notaba que tenía una visión absoluta, que sus ojos podían verlo todo, como si ella, en lugar de estar tirada sobre ese barro hecho de pis, de sangre, y de mierda —líquida, clarita— pudiera flotar sobre las aguas, y ver un mapa enorme como un rostro deforme cubierto de cicatrices. ¿La cuenca del Plata? ¿mapa hidrográfico de la República Argentina?, una voz que traía el eco de la escuela, una voz que podría haber dicho señoritas saquen una hoja, se colaba entre los cuerpos. Qué hambre me dan, tan solitos, tan muertos y sin nadie que los acaricie. ¿Hambre? Ay dios mío (dios no existe, aquí no existe, Laura), podría comérmelos uno a uno. Morder con asco la

carne desgarrada, chuparlos un poco, como si fueran de chocolate y no eso que son, esa cosa inmunda que se han vuelto, y pasarles la lengua como una caricia. Comérmelos antes de que desaparezcan para siempre. Comérmelos para que no se vayan del todo, para que la corriente no los devore. Quisiera saber sus nombres, pensó Laura. Comérmelos para después vomitarlos, pero sabiendo sus nombres, y que nada haya sido cierto, ni la muerte, ni el río, ni la sangre.

Aquí no puedo. ¿No ves que aquí está la muerte? ¿No ves que aquí hay olor a muerte, sabor a muerte? Laura no había sabido a quién le hablaba. Perdida la visión absoluta, ya no veía el río ni los cadáveres, ni a los ahogados bajar como flores en la corriente. Lo único que veía era al hombre rubio que estaba sobre ella, a horcajadas sobre su cuerpo tendido. Podía verle las manchas negras de mugre, surcándole el cuello, mugre mezclada con sangre, la piel con dibujos como de carbonilla (pero no era grasa, por suerte, qué alivio, no era grasa sino sangre), el cuerpo sobre ella, pero sin rozarla, delgado y erguido como un tronco seco. Aquí no existe dios, Laura. La cara del hombre era bella, tan hermosa que ella contuvo el aliento. Abrí las piernas, Laura. Aquí no, donde hay muerte no. No hay otro lugar, Laura. Aquí, sobre los cadáveres, siempre sobre los muertos. Y va a tener que gustarte, Laurita (¿Laurita?) porque no hay otro lugar. Abro las piernas, se dijo Laura, bien abiertas, abro mis piernas de nena, mis piernas de muñeca. Me abro para vos. Despacio, Laura, muy despacio, decían el hombre y su voz, como si el sonido no correspondiera a esa forma que con delicadeza (te va a gustar, vas a ver que te va a gustar), le hundió algo filoso entre las piernas. De qué sombra venís, desde qué mundo, para hacerme doler, para hacerme cuerpo y ardor. Desgarro. Laura abrió la boca para gritar, y la imagen

de su boca abierta lo cubrió todo. Hay un cuadro así, en algún lugar, hay un cuadro de un grito, un cuadro del desgarrar y del dolor. El hombre jadeaba mientras le metía eso filoso. Eso duro y cortante que le hacía abrir la boca, prepararla para el grito mudo que nunca se escuchó. La boca abierta de Laura se llenó de un agua ácida. Sudor. Ácido como esos caramelos que a ella le gustaban tanto. Tragó y lamió la cara del hombre, agradecida. Príncipe, dijo. Alteza. Príncipe Bolkonski, repitió, llenándose la boca, sorbiendo cada letra. El hombre sonrió y aflojó el abrazo. Laura podía sentir cómo la cosa filosa se deslizaba por sus muslos, para afuera. Sintió por primera vez un olor que no conocía, pero que le hizo recordar al olor que a veces le quedaba pegado en la bombacha. El Príncipe dio un tirón leve y levantó la mano para mostrarle algo. Su espada estaba manchada (¿mi sangre?), el filo rojo como si fuera herrumbre líquida, gotas blancas (¿mi flujo?), salpicando los cantos de acero. Sobre cadáveres. Laura ya no vio un rostro, no vio las gotas de sudor ni la mugre del cuello. Ya no deseó lamer esa cara con agradecimiento. No vio más que una calavera con tierra en las órbitas. Príncipe, dijo. No hubo respuesta. Príncipe Andrei, repitió. Ahora sí tenía miedo, podía verse desde afuera, tendida y sucia de sangre y flujo, muerta ella también, una más en la pila de cadáveres. Allí en el lugar donde el príncipe había hundido el filo no había más que una herida abierta, supurando pus y sangre. Desdoblada, Laura podía ver la herida, un agujero negro, una ventana desde la cual mirar sus desperdicios, su excremento. Podía escuchar el goteo rítmico de su sangre, como el repiqueteo de la lluvia sobre un techo de chapa. Estoy muerta, se dijo, y extendió un dedo para tocar su cuerpo abierto. Me desangro. Destripada, mutilada, aún viva. Alguien la alzó de entre los muertos —oscuridad y sombra—, le vendó los ojos, le ató las manos detrás de la espalda.

Se sintió elevada por el aire hasta que algo se le clavó en el cuello. Oscuridad y sombra. Colgada de un gancho para desangrarse hasta morir. Laura se miraba agonizar, bella y roja como una res. Sin piel, goteando hasta secarse. Bella y roja. Brillante como en un cuadro que sabía que existía, pero que jamás había visto. Alguien pintaba a Laura desangrándose, pura carne bella, como una res. Príncipe, llamó. Y el príncipe volvió, la calavera volvió. Laura lo vio acercarse a su cuerpo que se balanceaba lentamente, colgado. Muerta como una vaca muerta. Parada en un rincón del sueño miraba la escena, acariciándose las piernas. Y el príncipe volvió a hundir su espada en el hueco donde había estado su vagina, su pubis de pelitos enrulados. Triturada, vencida, se vio sacar la lengua buscando el sudor de su príncipe para lamerlo una vez más. Así se desangraron todos, dijo el príncipe, y acercó su cara calavera para permitirle un beso. Tengo hambre, pensó Laura, bella y roja como una res. Y hundió la lengua en cada órbita, sin importarle los gusanos ni la tierra. Antes de cerrar los ojos (porque ya estoy muerta), sintió miedo y tembló con un último espasmo que excedía el miedo, que a la vez que lo contenía lo anulaba. Gozosa, se dejó ir por el campo de cadáveres, se dejó flotar en el río donde pasaban los cuerpos azules, las flores putrefactas comidas por los peces. Fue una revelación de una claridad absoluta, un destello inesperado. No había otro lugar que los muertos y el río. Habría que vivir entre cadáveres. Ella y su viejo y su vieja, y todos. Entre cadáveres.

Lo primero que sintió al despertar fue que se le partían los ovarios de dolor. Me indispuse, pensó. La puta madre. Tenía ganas de llorar pero no sabía muy bien por qué. Había soñado con un río, con una sombra oscura, globos que flotaban en el agua y algo que dolía entre las piernas. Dolía pero a la vez era agradable, tan diferente de este dolor de ovarios. No se acordaba de casi nada y

eso la alivió. Despacito se abrió la bombacha y se metió un dedo. Apenas, sin hundirlo del todo. Salió manchado de una cosa marrón con hilos rojos. Carajo, odio esto. Por suerte no había manchado las sábanas ni la bombacha. Duele. Se apuró para llegar al baño y lavarse bien, como le había enseñado su madre. Mucho jabón, Laurita, que no hay nada más asqueroso que una nena con olor, y nosotras (¿vos y yo, mamá? ¿las mujeres?) tenemos olores raros en esos días. Estoy en esos días y me lavo bien, me froto, me saco espuma y después me la lustro. Sin olor raro, sin ningún olor. Laura odiaba su menstruación, la panza hinchada, los dolores. Tenés que estar agradecida, le decía la Beba, con su mejor cara de pastorcita de yeso. Gracias a ese dolor vas a tener hijos, Laura y nosotras vinimos a este mundo para eso (¿vos y yo, mamá? ¿O todas las minas?) Y no hay nada más sagrado. Ni más hermoso. Se sufre, claro que se sufre, pero eso es ser mujer. ¿Era esto ser mujer? Ese dolor horrible, esa sangre asquerosa que empapaba todo, esa panza tan hinchada que ningún pantalón, ninguna pollera cerraba? No me jodas, mamá, vos habrás venido al mundo para eso, pero yo no. Laura miraba a su vieja sin decir nada. Le miraba la cara de pastorcita y pensaba mentís. Mentís, mamá. ¿Quién quiere venir al mundo para eso? Ese sufrimiento te lo regalo, si a vos te gusta (pero sabía, Laura sabía que no podía gustarle), pero a mí no. Yo voy a ser distinta, yo soy distinta. Bella y rara. Muy rara, como la chica esa de la que escribió Aníbal Ponce. Yo voy a sufrir, pero no de ese sufrimiento, de eso que es carne sucia. Yo no soy una vaca, mamá (una res, bella y roja, agradeciendo el placer y la muerte, soy). Yo voy a sufrir de otras cosas, mamá, ratita encremada, pastorcita de yeso. Enseguida se arrepintió. Menos mal que dios no existe, porque yo estaría ardiendo en el infierno. Se puso otra bombacha, se acomodó la tira de algodón y se tiró un poco de colonia en

los pelitos. Listo, ya estaba limpita como le había enseñado la Beba. Cuando salió del baño las dos o tres imágenes que había conservado de la noche anterior habían desaparecido. Se acordó del príncipe Bolkonski, su amor literario del momento, tan rubio, torturado por la pena, tan hermoso. Ojalá se hubiera muerto en mis brazos, se dijo. Ojalá me hubiera besado. Estoy un poco loca, pensó riéndose bajito. El sueño, por suerte, como tantas otras cosas en los últimos tiempos, había ido a parar a la basura.

Como todas las mañanas, la radio estaba prendida en el programa de tango donde su madre tenía el dial clavado desde que Laura tenía memoria. Troilo y Fiorentino. Ella también, como su madre —porque hace mucho tiempo Beba le había enseñado— podía reconocer las orquestas. *Qué noche llena de hastío y de frío. Garúa.* A su viejo le gustaba ese tango. *Parece un pozo de sombras la noche,* cantaba, modulando clarito, sin un rastro de otra lengua en el acento. Pero esa mañana, como todas y cada una desde aquella noche, no había nadie que cantara los tangos. Su madre habría salido a hacer las compras bien temprano. Desde hacía un tiempo —desde esa noche que la encontró muda, sentada en el inodoro, la bombacha caída— Beba salía al almacén y al mercado bien temprano, para no encontrarse con las vecinas, para no tener que hablar, que fingir una sonrisa de pastorcita como si nada hubiera pasado. Había dejado todo listo, el individual rojo, la taza con la cucharita y el azucarero, el café y la leche cerca de la hornalla, el plato con las galletitas. Laura no tenía hambre, pero se sirvió un café solo, sentada en un banquito en la cocina amarilla. Desde la ventana veía el patio, el jardín un poco abandonado, las plantas que se torcían como pidiendo agua. Había pasado la época y este año no habían florecido los jazmines. Le pareció escuchar una voz. Mamá, llamó.

Se levantó y fue hacia el dormitorio. Los cajones de la cómoda estaban abiertos, una vez más la ropa de su viejo hecha un bollo sobre la cama. ¿Vieja? Cuando pasó por el comedor la vio. Sentada derechita frente a la mesa, rodeada de papeles, enarbolando la tijera grande, la de cortar tela, como si fuera el ángel exterminador.

Beba no contestó, hablaba sola mientras cortaba algo que parecía de papel duro, o de cartón. Eran fotos.

—¿Qué estás haciendo, vieja?

—Andate, Laura. Andá a desayunar y dejáme sola.

—Estás loca, mamá.¿Las fotos estás cortando?

—Y vos, Laura, sos como tu viejo. Siempre se llenan la boca con esa palabra, Beba la loca, Beba la pelotuda, y nunca entendieron nada. Tal para cual, ustedes. Andate, andate y dejame sola.

La madre eligió una foto al azar, sin mirarla, y la alzó frente a ella. En vez de cortarla desde el borde, hundió la tijera con rabia allí donde había estado una cara que Laura no pudo identificar. Beba mira a su hija de reajo, mientras retuerce la tijera en el hueco que dejó al cortar. Nada en el mundo va poder impedirle que corte esas fotos, ni siquiera esa adolescente de tetas paradas y pelo largo, con ínfulas de adulta, revolucionaria y escritora en que se ha convertido su hija. Pendeja todavía, pero con ínfulas, gracias a las estupideces con que su marido —por nada del mundo va a decir su ex, ella, Beba de Borrelli, muy señora, es de las que no se separan, casada y bien casada va a seguir a pesar de que el tano bruto pegó un portazo y la dejó sola— le llenó la cabeza desde que la chica tuvo uso de razón.

Laura se acercó y se sentó frente a ella. Allí estaban todas las fotos, desparramadas. Cientos. Sepia, en blanco y negro. En colores pocas, muy pocas, ninguna familiar. Como si esos últimos años hubieran querido ser deliberadamente olvidados a fuerza de no

quedar registrados. Laura extendió la mano y empezó a juntarlas. Las que estaban en colores las había sacado ella, con la polaroid que sus viejos le habían regalado cuando cumplió los quince.

—Son mías, dijo Laura. Son mías y me las llevo. No sé que carajo están haciendo aquí.

Pero sí sabía. Hacía rato que sabía que su vieja la espiaba, que andaba hurgueteando entre sus cosas. Su diario, primero. La había visto, absorta en la lectura, el plumero en la mano. Después ella lo había escondido en esa caja, bien al fondo del placard (*en mi adolescencia conocí la pobreza y trabajé mucho*, había escrito su viejo y todo para que ella lo doblara y lo volviera a doblar para meterlo bien en el fondo, donde nadie, ni ella, pudiera volver a encontrarlo) entre los zapatos y la ropa revuelta. Pero no había vuelto a escribir en ese diario de tapas de plástico y letras rosas —*mi diario*, decían—. Lo había metido en la caja, lo había cerrado para siempre con un poco de asco, como si una cucaracha le hubiera caminado por encima. No lo había vuelto a abrir, con miedo a que apareciera la cucaracha seca entre las hojas, la marca del polvo de las alitas pegadas a su letra de nena. La mirada de su madre, como si fuera un bicho, se había desplazado por su escritura infantil. *Me parece que me enamoré*, había escrito. *Hoy no me miró y tengo el corazón roto. Hubo un golpe militar en Chile, Pinochet es malo y voy a ir con mi papá a una marcha de protesta. Las chicas no me hablaron*, había escrito, *las odio. No vinieron a buscarme para ir a jugar. Yo me quedé leyendo y no me importa. Voy a irme por el mar con Sandokan y después voy a ser escritora, como Jo March. Las demás son idiotas*, había escrito. La letra redonda, dibujadita, sin faltas de ortografía. *Hola querido diario*, lo saludaba en cada entrada y se despedía siempre con un hasta mañana, *te quiero, pibe*. Y su nombre completo. *Laura Borrelli*. La letra redonda y firme, *Laura Borrelli*. Tan diferente a la de su viejo. Su diario, su pibe querido.

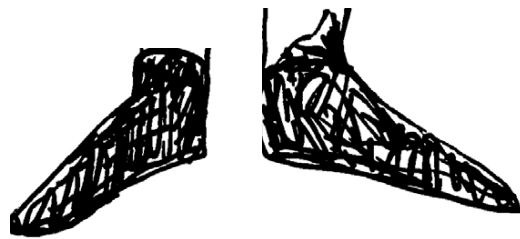
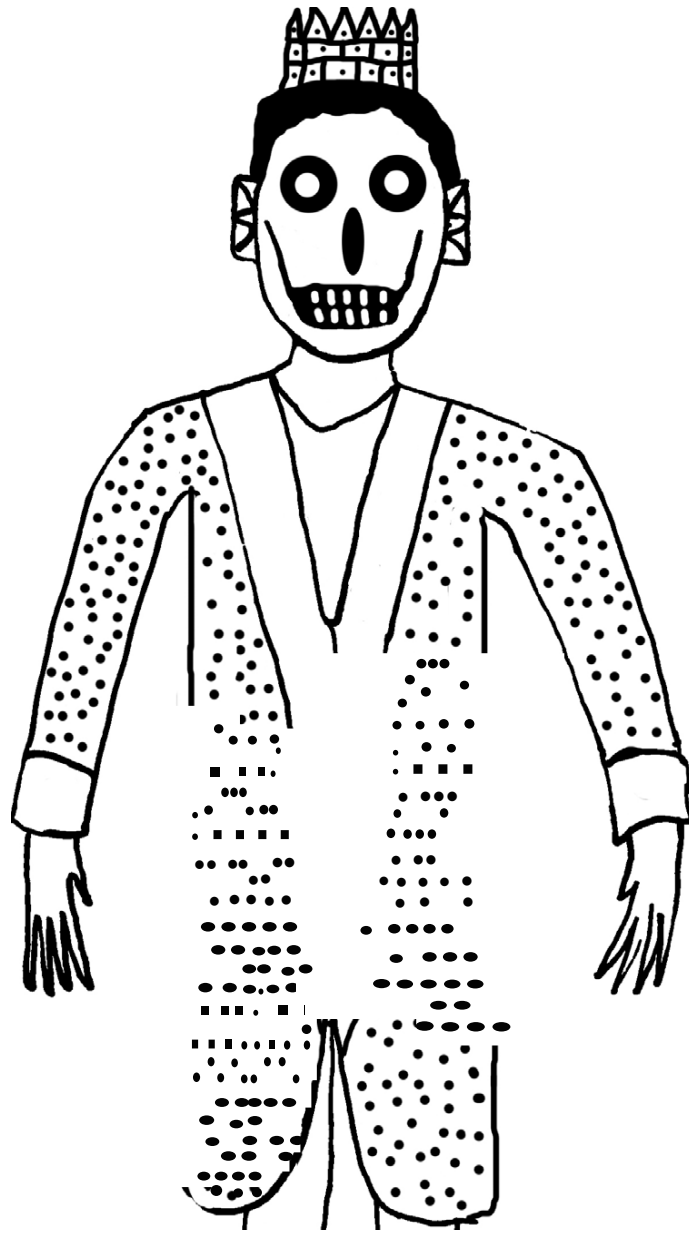
Y el roedor de su vieja pasándole sus dedos babosos de crema, su mirada de cucaracha. Se le habían caído los ojos por espiarla, y habían quedado atrapados entre las páginas. Dios que no existía la había castigado. Polvito de cucaracha, había dejado. Por eso ella lo guardó. Aunque le dio asco no se animó a tirarlo (*en mi adolescencia, la pobreza*), le buscó un lugar secreto. Pero abrirlo no lo abrió más. El cuaderno donde empezó a escribir —esos de chica grande, uno cuadriculado con espiral, como los que se usaban en la facultad— lo llevaba encima todo el día. Si su vieja lo encontraba la iba a matar o peor, le iba a contar a su padre. Mirá vos la gauchita de tu piba, mirá vos cómo miente, mirá lo que escribe tu nenita. Andá a cantarle *avanti o popolo* ahora, hubiera dicho la Beba. Por eso Laura no se descuidaba ni un instante, lo arrastraba de aquí para allá. Cuando se iba para el colegio lo metía en el morral, cuando volvía lo sacaba y lo tenía en la mano, hasta lo ponía abajo del plato cuando comía. Qué tendrás vos en ese cuaderno de mierda, le decía su vieja. Pero ella nada, la miraba sin contestarle y seguía comiendo. A veces la Beba cambiaba la estrategia, se ponía melosa, se le pegoteaba como un caramelo de leche, dale, nena, contáale a mamita. Mamita un carajo, pensaba Laura. Boludeces, mamá, ¿qué querés que escriba? Nunca, ni por un segundo, se le había ocurrido dejar de escribir. Le encantaba ver cómo se llenaban las hojas. Ya había abandonado la letra redonda y prolija. Ahora su letra se inclinaba para un costado, un poco ilegible. Hasta había inventado un código para abreviar palabras. Ya no tengo letra de nena chiquita, pensaba, tengo letra de escritora. Laura cultivaba en su cuaderno una desprolijidad deliberada, la que sólo se puede construir cuando se domina la letra. Ahí no había temblor, no había duda. No voy a dejar de escribir nunca, vieja, y vos no vas a leer nunca pero nunca lo que yo escriba. A lo mejor tengo suerte, y alguien lo encuentra y lo estudia,

como hizo Aníbal Ponce con la chica rusa esa. Ella tampoco había dejado de escribir. Nunca. Ni siquiera cuando se moría. Y aunque ella no era rusa, ni era noble, sí tenía ambiciones. Y angustias. Ser bella o ser rara, había escrito la rusa. Ser bella y ser rara. Para eso escribo, pensaba Laura llenando con su nueva letra hoja tras hoja. El cuaderno es la prueba de esa belleza y de esa rareza. Nunca voy a ser como vos, rata espiona, se juraba. No me voy a mirar en tu espejo, mamá. Si no puedo ver mi cara, prefiero no ver nada, como si fuera una vampira. Rompo todos tus espejos, para que no me pases por encima tus ojos de cucaracha. Son boludeces, vieja, ¿qué te pensás que escribo? Pero su madre, ratita, roedor, ojos de cucaracha, no se quedaba tranquila, nunca se quedaba tranquila. Del diario pasó a su morral y de ahí a los cajones de su escritorio. Aunque Laura no la había visto, estaba casi segura de que en cada una de sus cosas había empezado a habitar la presencia fantasmal de su vieja. Siempre quedaba un rastro de su leve desorden, una baba de caracol que le daba brillo a la huella que había dejado en los objetos. Un papel desacomodado, un libro en un orden que no era el que Laura le había dado. De algún modo que no podía explicarse, sabía que había algo intencionalmente construido por su madre en esas visitas a su intimidad, una puesta en escena del acoso, a la que Laura respondía cambiando la escenografía de su pieza, no mucho, pero sí lo suficiente como para que su vieja, sin saberlo, le ofreciera una prueba más de su compulsión a espiarla. Rata, ratita, decía Laura en voz alta sacando *Guerra y Paz* de allado de *Resurrección* y poniéndolo entre *El Collar de la Reina* y *El Capitán Tormenta*. A ver qué hacés ahora, a ver si te das cuenta. Su madre siempre, pero siempre, se daba cuenta, hechizada ella también por ese juego silencioso que habían empezado a jugar. Laura a veces fallaba y debía reconocerse vencida. Ahí, sobre la mesa, estaban sus

fotos para probar que esta vez la astucia de Beba la había derrotado.

Sus fotos, mínimos cuadraditos de plástico, paisajes de adolescencia transparente, jardines en los que por un rato era posible olvidar el olor a libro quemado, el espesor nocturno del desamparo, las cartas de desamor que noche tras noche Laura escribe a su padre para no dárselas nunca, temblando de rabia y de culpa. Cartas que van a parar, dobladas, a la caja en la que guarda sus secretos. Cartas a su viejo, destinadas a morirse entre otros papeles durante años, que se irán poniendo amarillas, la tinta desvaída en algunos lugares y, en otros casi ilegibles, manchadas por lágrimas de asco y de vergüenza. Escritas para ser enterradas, para ser miradas sin ser vistas, por los siglos de los siglos. Laura sabe que la memoria y el dolor se dan un respiro en esas fotos. Es posible mirarlas y olvidar que en algún sueño ella está aún sentadita en el cordón de una vereda, lejos de casa y en camión, esperando. Mirándolas, nadie, ni Beba, puede adivinar el río que lleva los cadáveres azules, no se puede oler la sangre, nada duele.

Una plaza de árboles florecidos de lila, un grupito de chicas fumando y riéndosele a la cámara, sacándole la lengua al presente y al futuro. El final del secundario, el instante de cruce de un umbral que todavía no llevaba a ninguna parte. Laura que se hamaca, el delantal desabrochado, las tetas veraniegas asomándole por la musculosa celeste. Laura que se desliza por el tobogán, que baja por la pendiente con dificultad, despacio, golpeándose un poco, culo y caderas que se han despedido de la infancia. Nada parece doler. Nada se adivina. Hay otra foto, cartoncito desvalido que Laura sostiene con lágrimas en los ojos. Sabe que su madre la está mirando, pero algo la empuja más allá de esa mirada, algo poderoso y bello —del orden de la pasión, del desconsuelo— que por un momento la obliga a cerrar los ojos. Un parpadeo, apenas.



Cuando los abre, vuelve a mirar la foto, abstraída. Pequeño paisaje invernal, casi como una miniatura japonesa. Murmura un nombre, bajito, tan bajito que ni ella puede oírse. Inaudible, apenas un tenue movimiento de los labios. Adivina que su madre la mira, y que esta vez su mirada es diferente. Pero Laura está ahí, en otra parte, en ese paisaje de invierno, una plaza desierta y desolada, las ramas peladas de los árboles son trazos de tinta en el paisaje. Laura escucha, la foto como un pequeño caracol de plástico. Si se la llevara al oído, si pudiera moverse y correr el pelo de la cara, apoyar el cartón contra la sien, podría escuchar el silencio helado, algunas hojas que crujen sobre el pasto seco. Ocho. La cifra mágica de ese nombre que nunca se había animado a escribir, que solamente decía bajito, antes de dormirse, antes de los sueños que la despertaban mojada de su sangre. Un año entero había sumado los números de los boletos de colectivo. Ocho contando la ch, que daban la G. Una G redonda y enorme, con una línea chiquita, desvaída, siempre en fuga hacia adelante. Laura persiguiendo un talismán, ocho con la ch es la G. Tu nombre que no digo, tu nombre que no escribo, sólo la G enorme que tiene la curva de tu cuello. Y era el deseo de ese cuello, del olor de ese cuello, que se dibujaba precisamente ahí, en el hueco imaginado de una clavícula, lo que la llevaba a subir y bajar de los colectivos. Me tomo este, para el otro lado, y me bajo y me vuelvo a subir hasta que sume ocho. La G. Si suma ocho con la ch y tengo la G me mirás, si suma ocho te gusto, si suma ocho me querés. Rara y bella para vos, ocho con la ch hacen la G. Laura iba juntando talismanes, los apilaba prolijamente y los guardaba en la caja de los secretos, ahí donde iba a guardar esas fotos, esa foto. Muchos años después la encontraría, el brillo gastado, los trazos de las ramas amarillos de tiempo. Sonreiría con tristeza (ocho con la ch es la g, es tu nombre, es el olor de tu cuello en el nido del hueso,

y no hay tiempo, no hay tiempo porque en la vida hay amores que nunca). Laura todavía no sabía que esa foto desvaída iba a traerle el tiempo, la pelusa de la desmemoria, el fantasma de un mediodía helado —ocho, ocho y es la G— en la que dos adolescentes estarían parados en un país con un río que arrastraba cadáveres azules, en un planeta hostil que celebraba un mundial de fútbol. Nunca, ni mirando esa foto, olvidada de la mirada de su madre, ni muchos años después cuando sonriera y llorara recordando ese deseo que había sido primero una intuición, para cristalizarse miles de colectivos y boletos y letras y números después en esa plaza helada, podría recordar quién la había sacado. Dos adolescentes mirándose a los ojos, sin decirse demasiado (no digo tu nombre, ocho contando la ch es suficiente para tu G), únicos habitantes de un mundo de cadáveres, ajenos a un mundial de fútbol, ajenos a todo excepto a esa mirada y al crujido de las hojas sobre el pasto seco. Él tenía los ojos y la boca tristes aunque sonriera, una tristeza que a Laura la impulsaba —desmesurada, insensata— a subir y bajarse de los colectivos para encontrar el talismán de las ocho letras de su nombre, su mantra secreto que repetiría parada ahí, frente a él, el pelo largo, ella también con algo inocente y oscuro a la vez en la mirada. Y una boina gris (*te recuerdo como eras en el último otoño*). No había habido calma en su corazón, anhelante de un olor, de la tibieza de un cuello, de una piel donde dejar un beso que no era el primero, pero sí uno que se intuía distinto, cargado y denso de eso que le iba aleteando entre las piernas. Ejercitando —casi sin saberlo, a medias conciente de su gesto— la puesta en escena de una poética del deseo, el anhelo de ofrecerse como objeto a la memoria del otro. La levedad y la melancolía del *poema VI*, quería Laura. Neruda y el otoño. Y el aroma de una piel casi virgen, un territorio para explorar el deseo. *La boina gris y el corazón en calma.*

No hubo calma esa tarde para su corazón. Nunca habría calma, sospechaba. Ni crepúsculo. Sólo el silencio, no poder decirle que ella era esa y era otra, la res roja, bella y maloliente, triturada por el deseo, mutilada y ardidada en su deseo, su perra, igual que en sus sueños, empapada de su sangre. Si hubiera sabido, si hubiera podido esa tarde de hielo, crepitar de hojas secas, le hubiera lamido el pecho, hubiera bajado con la lengua hasta ese lugar imaginado, deseado y desconocido. Temido. Yo soy buena, soy gauchita y soy su perra. Pero ahí estamos perdidos, vos y yo. Perdidos de inocencia. Sin pasado. Laura miraba la foto, olvidada de su madre, ojitos de rata, alitas de cucaracha, perdida en el aroma a magnolia y el ruido crepitante de las hojas secas. Ocho. Ocho con la ch hacen la G. Dónde estás, vos también. Tanto desamparo, tanto desconsuelo. Otra vez el río y los cadáveres como flores tumefactas. Muchos años después, al mirar esa foto, Laura iba a poder distinguir figuras evanescentes, huellas de aire. Cadáveres. Amar sobre los muertos, lo que estaba escondido. Fui tu perra, iba a decirse. Fuimos silencio, sangre de otros. Tu perra. Acaricia esas fotos, las arranca de la mirada de su madre y se las guarda para devolverlas a su caja de los secretos. Su basurero de la memoria.

Laura ni siquiera mira a su vieja, pero siente que su madre la desnuda con la mirada, así, de refilón, como si quisiera esconder esa baba de resentimiento que le chorrea por los ojos. ¿Y si te los arranco? ¿Y si te dejo ciega? Se acordó del tango que le cantaba su viejo cuando la Beba miraba así: *desde lejos se te embroca pelandruna abacanada*. Pelandruna, vieja de mierda, pensó Laura. Dale, mirá nomás. Hacéte la que no ves. Te morís de odio y no sé por qué, te morís de bronca porque nada de esto es tuyo, ningún paisaje de esos cartoncitos te pertenece, aunque quisieras. Y cómo. Pelandruna. ¿No te escuché miles de veces? Mirá si te conoceré que te lo digo

de memoria. ¿Cuándo tuvo ella esa libertad? Nunca, no señor. Pendeja de mierda. Nada de ir mostrando las tetas o de mirarse con otros hombres que no fueran su novio, el de casarse y para toda la vida. Mucho menos tocarse. Mirá la mocosa, estoy segura que te dijiste cuando encontraste las fotos. ¿Viste la mocosa? ¿Viste mamita pastorcita pelandruna? Claro, la señora las encontró sin querer. Claro, porque ella no revisa, ella lo que hace es limpiar el chiquero que la mocosa de mierda tiene en su pieza. Dejás todo tirado, Laura, todo tirado. Y después te quejás de que te espío. Seguro que te pasate horas mirando esas fotos, preguntándote quién carajo era el chico ese —rico, poquita cosa, pero con cara de buen pibe, eso seguro pensaste— y sobre todo qué estaba haciendo stu nena en esa plaza en lugar de estar en la escuela. De memoria, te conozco, mamita. A ver, mirá cómo hablás, escucháte decir las mismas boludeces. Aunque ya estás terminando el secundario, toda una mujercita sos, Laurita, pero no era cosa de andar por ahí con cualquiera. Seguro que te morís por saber si me tocan, si me gusta, si me dejo subir la pollera, correr la bombachita, meter el dedito. Minga te lo voy a decir. Pelandruna. Y me venís con el cuentito ese de que la responsabilidad es la responsabilidad y de que estos no son tiempos de andar yirando por ahí. Se lo había dicho miles de veces, su vieja. Había gritado, implorado, prohibido. ¿O quería terminar en un basural con dos tiros en la cabeza? Después iban a decir como en la radio, enfrentamiento subversivo. Dos tiros en la nuca, su nena, ella no iba a poder soportarlo, que para eso una la había parido con dolor, y vaya uno a saber si después le dan el cuerpo, como a doña Nuncia la de la vuelta, que jamás volvió a ver a Marito, su hijo, y ni siquiera le entregaron el cadáver cuando supieron que estaba muerto. Loca, se había vuelto la Nuncia. Las vecinas le daban vuelta la cara, pero ella no. Ella, Beba, era gente.

Pobres chicos, esos. Tan jovencitos, con tanta esperanza. Por eso ella les compraba las revistitas esas, qué le importaba si eran chinos, troskos o montos, como chillaba Antonio. Y mirá. Eso puede pasarte a vos, mocosa del carajo, te lo tengo dicho una y mil veces. Pero me espiás, vieja puta, me espiás y querés saber si me tocan, si me dejo tocar. Una y mil veces te lo dije, pendeja, con tanto papelito en la cabeza por culpa de tu viejo. Te llenó la cabeza de esa mierda de la revolución y después, tomá, si te he visto no me acuerdo. Un día pegó un portazo y nos dejó. A vos y a mi nos dejó. Yo seré muy pelotuda, pero a vos también te dejó, a su tesorito, a su nenita gauchita. Un carajo le importó de nosotras a tu viejo. Pero yo no soy tu viejo, ¿me escuchás? Vos sos mi nena y no voy a permitir que te pase nada. Nada de nada. Ni que te maten ni que te toquen el culo o peor, que te dejés coger como una boluda y te llenen la cocina de humo. Laura sentía que la baba pringosa de su vieja le chorreaba a ella también, aunque la estuviera mirando de refilón, la pelandruna, y ella se hiciera la idiota. Esa baba hedionda la ataba a su vieja, la iba rodeando hasta asfixiarla. Puedo leer toda la mierda que tenés en la cabeza, mamá. A ver, decime si no. Seguro que ese era el cuentito con que le ibas a tu amiga la Nelly, a ver, decíme si no es así, por eso la vigilo, viste. Revisar nunca, Nelly, que eso es feo, le limpio la pieza con un poco más de cuidado, eso sí, pero revisar, yo nunca. Y a la mocosa de mierda no le basta con la revolución, ahora es el sexo, también. Vaya a saber si ese chico la había tocado, el de la foto que te dije, Nelly. Te escucho, pastorcita pelandruna. Te estoy escuchando hablar con la Nelly mientras barrés la escalera. Seguro que te pasaste horas mirando la foto, buscando señales, un ensanchamiento de caderas, un culo más redondeado. Porque yo, Nelly, yo soy una mujer de mundo (y la gorda dice que sí a cada palabra, la Beba le parece la venus

del barrio, siempre tan cuidada, tan elegante, nunca un batón ni unas chancletas como las otras de la cuadra) y puedo saber sin equivocarme cuando una chiquilina se dejó manosear. Eso me lo enseñó mi madre, Nelly, seguro que decía su vieja —pelandruna, pelandruna— yo miro a una pendeja y puedo jurar si por ese culo pasó el amor. Ella no estaba muy segura de si el amor había pasado por su Laurita, pero le parecía que sí. Ganas de matarla, le daban. Asquerosa, y después se hacía la santita con su padre, la Rosa de Luxemburgo, la Pasionaria. Ese culito y esas tetas que había sacado su hija no se conseguían así nomás, no señor. Si lo sabrá ella, que aunque siempre había sido una preciosidad recién cuando se casó con el tano floreció como una rosa, culo y tetas paradas a fuerza de tanto manoseo, porque aunque no está bien que lo diga, su marido era insaciable. Decime Nelly, ¿a vos te parece, vos la ves distinta a la Laurita?

Ahora su vieja la mira de frente, las dos chorreando baba, anudadas en esa cosa pringosa que las tiene estaqueadas alrededor de esas fotos. Hay cosas que una madre sabe porque tarde o temprano las madres todo lo saben, Laura. Todo. No es que yo quiera, pero para eso soy madre. Tu madre. Y soy mujer. Vas a sufrir, Laurita. La vida es una mierda, Laurita. Pero sos mi nena, y me das pena. Ya sé que no está bien que te diga esto, hay cosas que una madre no puede decirle a su hija. Qué voy a decirte, si ya vas a tener tiempo de aprenderlo solita. No te vas a salvar de conocer eso que yo sé. Nada ni nadie te va a salvar, ni tu padre con sus delirios y ese amor ciego que siempre te tuvo, ni tus libros, ni tu cuadernito de mierda, ni esas ganas que seguramente tenés de ser distinta a mi, de no parecerte nunca a mi. Pero te parecés, Laurita. Muy a pesar tuyo, mocosa, te parecés tanto a tu madre, el mismo culito y las mismas tetas, tenía yo a tu edad, los mismos ojos, así de

hermosa, era, como sos vos ahora. Para pajaritos en la cabeza no tuve tiempo, apenas aprendí a limpiarme solita y ya estaba casada. La vida es una mierda, Laura, el tiempo es una mierda. No deja nada en pie. Nada. Arrastra con todo como si fuera un huracán y cuando te querés acordar, mirame a mi. Calláte, vieja hija de puta. Calláte, pelandruna. Calladita, mami, por favor, mamita.

Ya vas a ver, cuando vos te dobles una vez más sobre estas fotos, y quieras una tijera, pidas por favor que alguien se apiade de vos y que te de una tijera para cortar y mutilar, para matar de una vez a esos cadáveres que te van a estar mirando desde estos cuadraditos de plástico. Porque estas pibas que están con vos sacando la lengua y este chico tan rico que te está mirando van a ser cadáveres. Igual que vos, Laura, va a pasar el tiempo y vos también vas a ser un cadáver lleno de arrugas y con el culo blando. Y vas a pedir, a implorar, que alguien te ponga una tijera entre las manos. Yo no voy a estar para verlo, pero vas a pedir de rodillas una tijera cuando sepas lo que hace el tiempo.

Laura vio que su madre, sin soltar la tijera, buscaba entre las fotos con la mano libre. Te voy a mostrar algo, le dijo. Despacio, sin apurarse, Beba fue apartando fotos en sepia —esa en la que estaba con sus hermanas, con un moño enorme en la cabeza, apoyada en una pared como Libertad Lamarque en *Madreselva*, una de su abuela con un sombrerito con una pluma, parada en una calle del centro— hasta encontrar lo que buscaba. *Foto Artigas*, decía en una esquina del cuadrado de bordes festoneados. *Mil novecientos cuarenta y cinco*. Beba se la alcanzó. Quince años, tenía yo. Mirála bien. Y Laura miró. Beba adolescente, el pelo por debajo de los hombros, vestido de broderí blanco. Beba, su madre, preciosa como una pastorcita de yeso, la cara suave, los ojos enormes, una sonrisa

que Laura nunca le había visto. Esa desconocida era su madre. El fotógrafo había iluminado con colores los labios, la pulsera de oro, los aros. Quince años, tenía, y era tan tonta. Beba apartó la foto de la mirada de su hija y con delicadeza cortó la foto a la altura de la sonrisa. Me ponía cintas en el pelo y tenía un novio que me cantaba vales con la guitarra. Otro tijeretazo, esta vez a la altura de los ojos. Hubiera querido ser bailarina, cantante de tangos, hubiera querido ser muchas cosas, pero a esa altura ya estaba resignada a encontrar marido. Un muchacho trabajador, decía tu abuelo, y no ese vago y burrero que te canta cancioncitas con la guitarra. Un tijeretazo, el último, desgarró las tetitas adolescentes. A mi me gustaba ese, le dijo Beba, el bigotito fino, peinado a la gomina, con esa voz tan linda. Pero si tu abuelo quería un muchacho trabajador, había que esperar que apareciera, igual el barrio estaba lleno de muchachos que me pretendían, venían a esperarme a la esquina, se ofrecían a acompañarme a dar la vuelta al perro. Pero para tu abuelo, ninguno era suficiente. Hasta que apareció tu padre, tano y trabajador, recién bajado del barco. Eras tan linda, mamá. Por qué hacés esto, mamá. A Laura le temblaba la voz de pena y de miedo. Beba la miró sin contestarle y dio otro tijeretazo. Esto que ves aquí soy yo. Es mi cadáver, Laura. Y acá hay más y más. Todos muertos. El tiempo es una mierda, la vida es una mierda, ya te vas a dar cuenta. Mirame a mi, mirá lo linda que era. Yo quería ser bailarina, quería cantar tangos, quería tantas cosas, nena. ¿No entendés? Esta no la conocías, Laurita. A que no. Tu viejo y yo, el día del compromiso. *Foto Artigas*. Sin fecha. Beba tenía una flor en el pelo, el mismo vestido de broderí blanco y se dejaba abrazar apenas por una versión desconocida de su viejo, de traje y corbata, pelo oscuro, pañuelito en el bolsillo y ni un poquito de esa panza enorme en la que ella jugaba como en un tobogán gigante (caballito rojo,

vamos a Moscú). Ese que se parecía a su padre —que seguramente era su padre, pero que no era, porque no tenía el mameluco engrasado, tenía las manos limpias y el traje recién planchado, la raya del pantalón bien marcada, los zapatos lustrados— tenía la cabeza vuelta hacia su vieja, tratando de encontrarle los ojos para sonreírle. Ella, en cambio, miraba fijo a la cámara, preciosa como una pastora de yeso, rígida como una de esas figuritas que con los años iban a llenar los estantes de la casa. Beba miró la foto con una mirada que su hija no pudo definir, una mezcla de rabia y de ternura, de asco y de amor infinito, y clavó la punta de la tijera ahí donde estaba la sonrisa de su viejo. El filo fue rasgando los ojos y la boca. Los minúsculos fragmentos color sepia cayeron sobre la mesa, y en el lugar de la cara de ese que seguramente era su padre, una versión joven y muda de su padre, quedó un agujero de bordes irregulares, un pozo ciego. Excremento, pensó Laura. Un pozo oscuro y hediondo. Sentía en su cara el filo de la tijera, que se le hundía en las mejillas, le hacía saltar un ojo, redondo, de venitas rojas chorreando sangre. Su cara también desgarrada por la tijera que Beba no soltaba, que iba retorciendo en cada hueco. Me duele, pensó. Me duele a mí. Tuvo ganas de vomitar, pero la voz de su madre le hizo olvidar las arcadas.

Beba hablaba sin parar mientras elegía, casi sin mirarlas, las fotos que iba desgarrando. Los pedacitos se iban acumulando sobre la mesa. Laura la escuchaba mientras miraba caer, hipnotizada, la lluvia de papel. Ojos, narices, fragmentos de bocas sonrientes, de manos entrelazadas, de abrazos dislocados por el filo asesino de esa tijera que su madre blandía como si fuera una espada de fuego. Beba hablaba con una voz sin inflexiones, como si esa voz viniera desde otra parte, desde un lugar que estaba fuera de ella y a la vez bien adentro. Una voz a la que el dolor o la rabia habían despojado

de toda calidez, de todo acento. Una voz sin tonos, sin inflexiones, alcanzó a pensar Laura antes de dejar de pensar para sumergirse en la fascinación que le provocaba su vieja, como si esa mujer hubiera dejado de existir, hubiera perdido su consistencia carnal y se hubiera transformado para siempre en una máscara de yeso. Cartas, me escribió al principio, decía la voz. Cuando se detenía para tomar aire, se escuchaba el rasgido de la tijera. Y yo ahora le escribo cartas a él, se dijo Laura. Las escondo, las guardo de mi misma, porque le digo cosas horribles, horribles, que no sé de donde salen, pero ahí están, es como si se escribieran solas. Una carta todavía anda por ahí, la última, siguió Beba. Rebuscó debajo de algunas fotos y sacó un papel amarillento. Me escribía cartas y apenas sabía escribir, ni siquiera hablaba bien el castellano, tano de mierda. Léela, dijo Beba. Laura apartó con una mano el papel que su madre le tendía, con un gesto que más que rechazo, parecía una súplica. No saber, pedía, no quiero saber. Léela. La voz sonó como una orden. Y Laura leyó. Ahí estaba la letra inconfundible de su padre —*en mi adolescencia*, había escrito para ella, su hija—, los trazos vacilantes, infantiles. *Hermosa señorita Beba*, la letra de imprenta un poco temblorosa, apenas inclinada hacia la derecha, como queriendo intentar el trazo complejo de la cursiva, pero reconociendo de antemano su fracaso. Laura imaginó a su viejo jovencito, tal cual como lo había visto en la foto, inclinado sobre la mesa, manejando con esfuerzo la pluma cucharita, tratando de evitar los manchones de tinta azulada. Lo imaginó sudoroso, sacando apenas la punta de la lengua entre los labios, como solía hacer cuando seguía con el dedo los informes del comité central, algún librito de Lenin. Pero la imagen que el papel amarillento y desvaído de la carta convocaba no era la de su papá gordo y panzón, con el mameluco oliendo a la grasa del taller, sino la de ese jovencito

de pelo oscuro, todavía flaco, afanándose sobre una lengua que aún no le pertenecía. *Yo no sé expresarme en los términos que quisiera.* Claro que no, dijo la voz de su madre. ¿Qué iba a saber? Si todavía tartamudeaba en castellano, tano muerto de hambre, lo único que sabía era cantar ese *avanti o popolo* que le había enseñado tu abuela, vieja loca y anarquista, puta y más que puta, una yegua que me hizo la vida imposible hasta que por suerte crepó y bien muerta está. Ni un valsecito sabía, ni un bolero. Qué iba a saber si recién bajaba del barco, lo único que sabía cantar eran esas canzonettas de mierda que esos muertos de hambre cantaban en el campo. Justo a mí, que era la potranca de la cuadra. Tendrías que haber visto al que me gustaba, los bigotitos finos, ese perfume a gomina que me volvía loca, cuando se paraba cerca de mi ventana a cantarme eso de *cantemos este vals la vida se nos va.* Pero claro, era burrero y quinielero y tu abuelo ni loco. Yo me hubiera ido con él al fin del mundo, si hasta le regalé una cinta de raso que yo usaba en el pelo —porque yo era linda, Laura, como una muñequita de porcelana, era— y el la había atado a su guitarra. Así iba por el barrio, cantándole a la barra y cantándome a mí, la cinta ondeando en la guitarra. No sabés qué orgullo, yo. *Yo la amo a usted desde el primer día en que la vi y desearía ser correspondido.* Pero era un amor imposible, de pendeja, y ahí estaba ese tano. Mirálo a tu viejo de joven, Laura. Mirálo bien. Después aprendió, no te vayás a creer. Era pintón, él también, con ese pelo como el tuyo, delgadito, tan correcto, con tantas ganas de aprender a ser como nosotros, de limpiarse la boca de ese acento que le recordaba su miseria —el fascismo, decía él, pero otra que fascismo, miseria pura, tano muerto de hambre—, si hasta tomaba mate, iba a la cancha, ensayaba pasos de tango para sacarme a bailar en las fiestas del club. Tan mal no estaba y a mí no me dejaban ni soñar con otra cosa. *Soy un hombre trabajador y humilde, pero creo que el*

amor nada tiene que ver con eso. Y no, el amor nada tiene que ver con eso, así que me casé. Trabajador y humilde, mirálo vos copiando esta carta del librito ese que tenían los pibes de la barra, no sé bien de quien era, *El arte de enamorar*, se llamaba. *Espera su contestación su admirador.* Y yo le contesté. Hilde la alemana me prestó el libro y yo copié la carta que seguía a esa. ¿Querés verla? Laura negó con la cabeza, no quería leer, no quería saber. Quería salir corriendo, volver a sus rusos, volver a los brazos del príncipe Bolkonski (como una res roja y bella), volver a esa plaza helada y al silencio de esa tarde de la foto. Linda como una muñequita de porcelana, era yo. Cuando me casé. Una pendeja, ni siquiera sabía qué tenía ahí abajo. Calláte, le hubiera gritado Laura antes de salir corriendo. ¿Ahí abajo? ¿Qué mierda es ahí abajo? ¿Querés decir concha? A ver, vieja de mierda, baba del diablo, soltáme, soltáme y decí concha. Calláte, y hubiera estrellado contra la pared a esa pastorcita de yeso que era su madre, la hubiera hecho trizas para después saltar sobre sus pedazos hasta hacerlos polvo. Concha se dice. O qué tenés vos ahí, eh. ¿Una cloaca? ¿Un montón de pelos que esconden un agujero grande donde va a parar todo, dónde se muere todo? Calláte, Beba loca, Beba pelotuda, así no se cuenta una historia. Esa no es la historia que quiero. ¿Qué relato de mierda es ese? ¿Y el amor, y mi *bandiera rossa*, y mi papá y mi mamá envueltos en la luz de ese dedo que todo lo ilumina, qué pasa que no están en esa historia? Así no se cuenta. Así no, con esa lógica barrial, mezquina, de novios trabajadores y vidas chiquitas que insistían en su pequeñez pegajosa. Todo lo enchastrás. Todo, con esa baba pringosa que no me deja escaparme. Laura se imaginó matándola. Eso sí que hubiera sido una historia, el hacha de Raskolnikov hundida en el cráneo de la vieja hedionda. Una historia que dejaría a todos sin aliento. Laura no quería entenderla ni compadecerse.

Quería matarla. Pero en cambio, le devolvió la carta y le pidió bajito, casi amablemente, calláte, vieja. Se escuchó el rasgido de la tijera, el papel amarillento fue cayendo sobre los restos de fotos. La voz que se dejaba hablar, que venía de un lugar cada vez más distante, no se callaba. No puedo moverme, pensó Laura, y apretó contra el pecho los cartoncitos de colores de sus fotos. Quiero matarla y no puedo moverme. No quiero escuchar y soy esclava de esa voz. Cuatro perdí, antes de tenerte. Estaba loco por mi culito parado y por mis tetas, iguales a las tuyas, no caídas como ahora. No había manera de escaparle a tu padre, todas las noches, quería, y yo ni siquiera sabía lo que tenía ahí abajo. Cuatro. Como escupidas de sangre, al cuarto o quinto mes. Se desprendían, se me iban flotando por el inodoro. Laura vio a sus hermanitos. Coágulos oscuros, de cabeza de pez, los miembros como ranitas, surcados de venas azules. Los vio irse en fila india por el inodoro, pasearse por las cañerías hasta llegar al río en el que hacía rato, desde el tiempo de un sueño, flotaban cadáveres azules como flores podridas. A ellos se unían sus hermanitos en procesión, como hojas que hubieran caído a un estanque que escondía la muerte. ¿Entendés ahora, Laurita? No, Laurita no entendía, no quería entender. Casi te pierdo a vos también, postrada en una cama, estuve. Nueve meses postrada y ahora esto. Pendeja de mierda. Laura se vio flotando en el líquido turbio del vientre de su madre, atada a ella por un cordón del que colgaban hilos rojos. Se vio como un coágulo enorme, lista para ser expulsada, ella también, a través de esa caverna hecha de carne y sangre. Se vio flotar en la porcelana blanca del inodoro, como una anémona, para ir ella también, en procesión, al lugar donde estaba el río, ahí junto a los cadáveres azules de sus hermanitos. Eras preciosa, cuando naciste, Laura. Salvada de la muerte, salvada de la pudrición y del olvido. Eras tan linda, nena. Y

yo quería que fueras para mi, pero no. Siempre fuiste de tu viejo, siempre afuera de ustedes, yo te veía crecer cada vez más parecida a mi —ese culito parado, y esas tetas, por dios, pensaba Beba con rabia y amor mientras algo hablaba adentro suyo— pero el te tuvo siempre de su lado. Sería por esas historias que contaba. Tu viejy vos, Laura. Y mirá. Calláte o te mato, mamá. Te hundo el hacha en la cabeza, y te arranco lo que tengas adentro, no me importa la sangre y no me importa que me de asco. Te mato y ya habrá tiempo de expiar eso que me estás pidiendo y que yo no sé, no quiero saber qué es. Nueve meses postrada para que nacieras, Laura, para que no te fueras detrás de esas ranitas ensangrentadas y vos pensás que yo te voy a dejar andar yirando por ahí, para que termines en un basural, para que termines flotando en el río, el cuerpo todo podrido y agujereado lamiendo la playa. Para algo te parí, Laura. Y mirá a tu viejo. Mirálo. ¿Cómo mierda querés que lo vea, mamá, si se fue, quemó los libros y se fue, al fuego o a la bolsa, me decía, y se fue? ¿Cómo querés que lo vea? ¿Así como estoy condenda a verlo, parado en una esquina, encorvado y mudo y yo corriendo sin mirarlo, sin atraverme a hablarle, a preguntarle, porque me muero de pena y de culpa y de vergüenza? Calláte, mamá. O te hundo un hacha y te saco lo que guardás adentro, que seguro es polvo, es aire, pastorcita de yeso, alita de cucaracha. Calláte y dame la tijera, mamá, que te corto a vos también, pedazo por pedazo, te corto hasta deshacerte, hasta no ver más tu boca como un pozo negro que me traga, hasta no escucharte más. Pero Laura no hablaba, apretaba sus fotos de colores contra el pecho. Ocho con la ch dan la G de tu nombre, repetía como un mantra, como un rezo, algo que pudiera salvarla de esa voz que la doblegaba y la ponía de rodillas, de esa voz que le estaba exigiendo una retribución imposible. Vos no terminaste en la porcelana blanca, no te llevó el agua, fuiste más

que un coágulo, fuiste quien sos gracias a mi. Sos mi nena, Laura, sos mi pesadilla. Ya vas a ver, Laurita, ya vas a ver cómo es la vida. Ocho con la ch y yo vuelvo a estar sentadita en el umbral de mi sueño, donde ya nadie me rescata.

La voz calló, de pronto, así como había empezado. Ya no se escuchaba el silbido asesino de la tijera, ni el leve murmullo del cartón al caer sobre la mesa. Beba se levantó con violencia. Había terminado su obra. Cuando Laura salió de su estado casi hipnótico, su madre ya se había ido. Miró los pedazos desgarrados de papel. Fragmentos de dedos, ojos, sonrisas que habían perdido con los años la memoria del instante que las había fijado en una intención de eternidad. Un campo de cadáveres, pensó Laura. Una puntada se le clavó en los ovarios y sintió como la menstruación le empapaba la toallita. Deseó la espada de su príncipe, deseó ser otra vez atravesada, penetrada por el filo de esa hoja un poco oxidada, manchada con la sangre de los muertos. Había estado en la batalla. Había sobrevivido, bella y roja como una res. Humillada y vejada. Pero viva. Miró la pila de papelitos. ¿Al fuego o a la bolsa?, se preguntó cómo se habían preguntado con su viejo esa tarde que parecía haber transcurrido hacía siglos. Fue a buscar una bolsa de nylon y con paciencia fue metiendo puñados de cartoncitos, todo lo que quedaba del pasado familiar. Sepia y blanco y negro. Alguien tenía que cuidar el cementerio. Juntacadávares, dijo Laura. Basurera. Anudó la bolsa, agarró sus fotos de colores, y guardó todo en su caja de los secretos. Sacó de su cajón una bombacha y se metió en el baño. Se había enchastrado toda. Sentada en el bidet, mientras se lavaba bien con jabón —porque no hay nada peor que una nena con olor— recordó los miles de fragmentos de fotos en la bolsa de nylon. Son cadáveres, pensó. Le pareció un poco absurdo y se rió. Se secó bien, se puso un apósito nuevo

y la bombacha limpia. Los ovarios ya no dolían tanto, menos mal. Se preguntó si habría cerrado bien la bolsa, si habría asegurado la tapa de la caja de los secretos. No hubiera podido soportar que sus muertitos empezaran a oler a podrido.

iv

Una Educación intELEctuaL

Laura por fin había leído a Borges. No es que hubiera leído *Ficciones* o *Artificios*, los cuentos, todo completo, ni mucho menos su poesía. Todavía faltaban algunos años para esa experiencia de lectura que haría que su mirada terminara de perder la inocencia y las certezas que aún le quedaban, estremecida por la escritura de quien había encontrado el adjetivo único, la delicadeza de un paréntesis que podía a la vez que encriptaba el sentido, revelarlo con el mismo gesto, las tonalidades de un tiempo y un modo verbal, el descubrimiento de la posesión de una identidad que le iba a permitir desde su humilde orilla de barrio, devorar el sistema literario entero como sólo un caníbal podría hacerlo. Sin saber que algún día estaría en deuda secreta con Borges —y sin poder adivinar que algún día terminaría destrozándolo, desgarrándole la lengua con la que había dictado esas palabras, arrancándole los ojos ciegos— durante los primeros meses de clase en la facultad tuvo que leer un cuento. Uno más, pero ese bastó para iniciar, aún sin saberlo todavía, un camino que desconocía pero del cual, sospechaba, no habría retorno posible. No había sido el primero que había leído, pero en cierto modo fue una lectura inaugural, deslumbrante, tan diferente a su lectura obligada de *Las Ruinas Circulares*, por la que había atravesado sin demasiada emoción en la clase de literatura argentina de la escuela. Esta vez había leído tal como estaba aprendiendo que se debía leer en la facultad, no de cualquier modo, sino críticamente, se decía, le decían, construyendo con herramientas teóricas un análisis cuyo fin último es la interpretación (le decían y ella se lo repetía como un mantra, hasta creérselo) La lección se la había estudiado bien, con la voluntad de una recién llegada, con la alegría de quien se descubre devoto y

converso de una fe que salvará al mundo. Así hay que leer, se repetía. Sentada en su banco de la escuela, *Las Ruinas Circulares* le había parecido un relato prescindible, un poco aburrido, la confirmación de todo lo que su padre y los *Fundamentos de Filosofía*, pero sobre todo el dedo enhiesto de Vladimir Ilich le habían enseñado a execrar. Le había parecido que su padre tenía razón al haberse negado —y lo hizo hasta el día de su muerte— a leer a Borges, ese que escribe para los oligarcas, decía, cuentitos decadentes e incomprensibles, eso que el pueblo no entiende, no les da esperanza, Laurita —porque las *Ruinas* no era más que una alabanza a la filosofía de Berkeley, el cuco idealista para quien la existencia misma de la materia era puesta en duda (*Fundamentos de Filosofía, Academia de Ciencias de la URSS*). Una filosofía reaccionaria, Laura, recordaba que su padre le había dicho cuando tiraron al fuego *Materialismo y Empiriocriticismo*. Al fuego o a la bolsa, al fuego o a la bolsa. El eco de esa tarde nunca había dejado de estar presente. Y ese había ido al fuego y juntos lo habían visto arder. Como Lenin y su dedo luminoso. Contaron hasta siete, una llamarada por cada tomo de las *Obras Completas* (eso era puro silencio, ahora y entonces. No se lo cuentes a nadie, Laurita. A nadie, papá, ya sé que esas cosas no se cuentan, y ella había obedecido y soñado con cadáveres azules que flotaban en un río). Su papá había tenido razón, iluminado él, Antonio Borrelli, por ese dedo sabio que venía desde tan lejos, y que daba una luz calentita y consoladora, los ponía a ellos del lado de los buenos, los nobles, los puros de corazón y de ideales. Caballito rojo que va a Moscú. El mundo no era eso, se había dicho Laura, no era eso que Borges —con esa aparente simpleza escondedora, porque no parecía estar diciendo precisamente lo que decía— postulaba que era, esa nada soñada por un pobre hombrecito que sueña que lo sueñan. Ahora

sabía que ese hombre cuyos sueños apelaban a un infinito soñado (filosofía reaccionaria, Laura), tenía un nombre. Demiurgo. Hermosa palabra, a pesar de todo. Delta, epsilon, mu, iota, u, ro, gamma, omega y ¿iota? ¿De qué declinación era? No importaba, lo único que Laura tenía en cuenta era esa palabra hermosa, demiurgo, que sufría las transformaciones gramaticales de la declinación. Declinar, una bella y oscura actividad que le iba permitiendo explorar las entrañas de una lengua cuya posesión la hacía sentirse distinta. Porque algo había cambiado, la había colocado a ella, Laura, que iba a la facultad y padecía en la clase de Griego I, en un lugar en el que el dedo salvador y tibio de Vladimir Ilich iba quedando lejos. Invisible no, al menos todavía, porque allí seguía su padre, Antonio Borrelli, italiano y bolchevique, para impedir que lo olvidara. Pero sí lejos, cada vez más. Y su calor no alcanzaba a consolarla como antes. Algo como un abismo casi imposible de cruzar —un abismo, no un puente, sino una grieta enorme y peligrosa, como si la tierra hubiera temblado y todo, pero todo, hubiera cambiado de lugar— se había abierto entre sus lecturas adolescentes de filosofía marxista versión soviética y su nueva habilidad para escribir en un alfabeto muerto que la llevaba donde ella nunca hubiera imaginado llegar, allí donde llegaban pocos, a la fundación misma de la letra, útero de la cultura occidental, paraíso vedado para todos los que habían habitado el escenario de su infancia y que se habían quedado, cada vez más empequeñecidos en su recuerdo, en las veredas de su barrio. Gauchita, mi piba, decía su viejo. Gauchita te salió, tano, le respondían los compañeros. Don Rafael el catalán, que después de la derrota republicana había cruzado los Pirineos y se había hecho maqui; don Santiago, el compañero que había aguantado cárcel y torturas sin decir una palabra allá por los años 50, y tantos otros a quienes había alcanzado

el dedo redentor se sentirían orgullosos de ella, la piba de don Antonio, la Laurita que soñaba revoluciones y sabía cantar *Bandiera Rossa* y las canciones de la Guerra Civil (déle, don Rafa, ¿me canta esa de hay *una lumbre en Asturias que ilumina España entera*? Y don Rafa cantaba, aclarándose la garganta con el vino que llovía de la bota de cuero) había llegado a ese lugar que ellos habían querido para si y para todos y por el que decían haber peleado. Laurita gauchita había llegado y ahora leía a Borges y estudiaba griego y latín, llamándolos con la mano, pero consciente de que la distancia crecía y de que podría volverse insalvable (ay, dios mío. Entonces, ¿qué sería de ella, alejada de todos, ignorada por todos, repudiada, excluída? ¿Erraría por el mundo como un súcubo traidor, pidiendo perdón, expiando el pecado de la letra?) se había instalado entre ella y sus historias. ¿Podrían haber aprendido a declinar? ¿Alguien hubiera entendido la diferencia entre un dativo, un acusativo y un ablativo? ¿Qué hubiera sido más fácil para don Santiago, aguantar la picana o descular el aoristo de voz media? ¿Y si en vez de aclararse la garganta con el vino de la bota para cantar *hay una lumbre en Asturias que ilumina España entera* don Rafael hubiera recitado un poema de Safo, con la misma facilidad con la que su compañero de apellido inglés iba escandiendo esos versos sin que le temblara la voz, grave, voz inteligente templada con ginebra y cigarrillos sin filtro, una voz que venía de un planeta que no era el de ella? En esa voz que la hipnotizaba no había ninguna inflexión barrial, su tono grave y aterciopelado seguramente no había conocido ningún sobreagudo de esos que ella escuchaba rechinar en las voces de los chicos de la cuadra cuando comentaban los partidos de fútbol en la esquina. Puro terciopelo inglés, la voz de Richie. Cantando un tango o recitando Catulo, él parecía haber nacido con esa facilidad para Eisenstein, el arte abstracto y la poesía

grecolatina. Laura tenía que tener cuidado en no babearse cuando lo escuchaba, concentrarse para que su mirada no revelara su admiración de recién llegada, de lectorcita de barrio hija de una pastora de yeso y de un tano bolchevique. ¿Y ella? Laura, Laurita, Lairetta, metiéndose en ese paraíso tan anhelado desde que aprendió a leer, el Monte Olimpo, reino celestial, la Facultad de Filosofía y Letras, que se le había revelado como un mundo prestado y ajeno (*que no se note, dios mío, que no se me note*, rogaba cada día, como si en su cara hubiera algo que pudiera delatarla, o como cuando iba por la calle y se había olvidado de ponerse un algodón, justo ese día, y podía sentir como la sangre iba bajando, manchándole la bombacha, dejando una estela marrón en la pollera o en los pantalones. *Cualquier cosa menos que se me note*, imploraba).

Y de pronto, en una clase de Introducción a la Literatura —los géneros literarios, Stendhal por eso de la novela como espejo, Quiroga y su decálogo del cuentista, esas cosas básicas que había que saber y que ella desconocía en sus términos académicos, aunque hubiera podido decir con orgullo que ya los había leído—, se reveló lo inesperado, el fulgor de una forma perfecta, un entramado de palabras que la hizo temblar, pobre Laura, enfrentándola con el desafío de la inteligencia, y con la obligación, imposible de cumplir, de producir un pensamiento crítico del que todavía no era capaz. Ahí estaba Borges, no todo, apenas un cuento, unas páginas más en la antología casera armada por la cátedra: *La Biblioteca de Babel*. Qué es esto, dios mío (dios no existe, dios no existe, Laura. Parece que existía nomás, viejo, y estaba escondido aquí, precisamente aquí), se preguntaba mirando de reojo a sus compañeros, imaginando que todos ellos tenían la respuesta que ella no encontraba, incapaz de moverse y mucho menos de hablar, mordiéndose los labios de pura vergüenza porque esta vez sí, esta

vez se había quedado sin palabras, sin una explicación que pudiera dar cuenta de su desconcierto frente a esa forma que le parecía no era un cuento, no era un relato, sino que era un espacio donde no pasaba nada (en los cuentos pasan cosas, no esto, no esto, dios mío, esta forma que se alzaba como un edificio deshabitado, como una casa vacía y sin embargo embrujada, en la que resonaba una voz que hablaba una lengua incomprensible) pero donde ella sentía — con algo que no era su inteligencia, ni su razón, con algo imposible de formular— que encontraba una nueva explicación del mundo, una clave para descifrar todo lo que había de opaco en su universo. Esto no es un cuento, hubiera querido decir, nunca leí un cuento así. Pero no dijo nada, porque hay cosas que nunca se confiesan. ¿Cómo iba a decirle una cosa así a Richie, para quien Borges parecía no tener secretos, a él que recitaba con la misma soltura los versos griegos de La Odisea o las pesadillas de Lautremont en francés? ¿O a Gabi, su más reciente amiga, de manos pálidas y afiladas y cara de virgen prerrafaelita (seguramente heredera de las manos pálidas y afiladas de un padre que no escondía grasa en las cutículas, y que quizás tocara el piano y fumara en pipa mientras iba escribiendo sobre un papel inmaculado con tinta negra, el trazo que fluía sin vacilación, sin ese dolor que Laura había percibido en su viejo en la indecisión por la *s* y la *c*. *Adolescencia*, hubieran escrito sin dudar las manos pálidas, afiladas y sin grasa de ese padre, manos que su hija había heredado junto con una educación por lo menos bilingüe y una biblioteca silenciosa, con estantes de pared a pared en la que nada faltaba) le había hablado durante media hora de Barthes y el grado cero y S/Z y otros nombres y categorías —así había dicho Gabi, categorías— que Laura no sólo no había escuchado nunca en su vida, sino que ni siquiera había imaginado que pudieran existir? *Estructuralismo, post estructuralismo, sujeto, escritura, significante,*

palabras de un lenguaje que carecía de una raíz común con la lengua que Laura había hablado hasta entonces, sonidos imposibles de entender, dialecto de un dialecto irreconocible por distante años luz de la experiencia cotidiana e intelectual de la que la pobre había gozado hasta entonces. Porque había gozado de sus lecturas, Laura tenía eso muy claro, y había entrado con orgullo a la facultad, segura de que muy pocos habían leído tanto. ¿Cuánta gente de su edad había leído no sólo la colección Robin Hood completa, sino a los rusos, el siglo XIX francés, a los poetas españoles del 27 —los que habían quedado del lado de la República, claro— y hasta a Proust? Había leído enteros los siete tomos de *A la Recherche* (en traducción, por supuesto, no como ese chico rubio que se le sentaba al lado que los había leído en una edición de Gallimard). Siete, como los de Vladimir Ilich, pero tan distintos, un paraíso burgués que había entibiado sus noches de invierno en el último año de la escuela, cuando ella, envuelta en las frazadas, y escuchando en el tocadiscos los *Conciertos Brandemburgueses* de Bach, se arrastraba disciplinadamente por la morosa prosa proustiana, tratando de reproducir en su pieza, gracias al calor de la estufa y a la música, lo que ella imaginaba eran los ambientes cálidos y un poco decadentes en los que Swann vivía su amor desventurado y en los que Marcel tenía presa a Albertina. Había conseguido, a fuerza de perseverancia en la lectura primero, y después de verdadero disfrute, atravesar hipnotizada los siete tomos. Pocos lectores mayores que ella podían ostentar ese triunfo. Es cierto que con el *Ulises* no había podido, pero ¿quién podía —que lo confesara con una mano en el corazón— perforar ese monumento a la ilegibilidad, por lo menos inabordable para una piba de barrio con aspiraciones intelectuales como ella? (Para Richie y algunos otros no, claro. El lo había leído en inglés. En inglés, dios mío, se decía Laura. Ya sé que dios no

existe, papá, pero hay cosas que parecen probar su existencia contra toda lógica, contra toda enseñanza de Vladimir Ilich y de eso que me repetiste hasta el hartazgo, de que la religión es el opio de los pueblos. Este mundo letrado y nuevo es mi opio, papá, aquí dios parece existir y se manifiesta en cada cosa que yo no tengo ni tuve nunca, y no sé cómo decírtelo). El Ulises no. Con ese bodoque no había podido, era como el plato de sémola con leche que su vieja la obligaba a tragarse cuando era chiquita —para que seas fuerte, Laurita, para que crezcas linda y fuerte— y que ella escupía debajo de la mesa en montoncitos que le daban asco porque parecían vómito o caca de perro. El Ulises no, porque cada vez que lo veía le volvían las ganas de escupir, pero los cuentos sí, porque la habían emocionado hasta dejarla sin aliento, muda en la sospecha de la existencia de un dolor que imponía el silencio y las lágrimas, en lugar de la banalidad de la palabra. Laura había podido intuir, sin saberlo, que en esa suspensión del habla, en ese instante de revelación se encontraba el sentido secreto de esos relatos, y que eso no era por azar, que de algún modo así lo había querido Joyce, que eso debía ser, seguramente, y para nombrarlo con términos recién adquiridos, lo que los críticos llamaban una *estrategia literaria*. No era poco para ella, habituada a la costumbre de la referencialidad, relatos con héroes y antihéroes, poesía de barricada, espejos en el camino, la literatura como pedagogía de la revolución. Todo lo que antes leyendo *Los Muertos* había adivinado, ahora (como con tantas cosas, tantas que le resultaba casi insoportable ese saber) podía darle un nombre a su intuición: *epifanía*. Sin embargo, cuando tuvo que volver a leerlo para una clase y el profesor les había preguntado cómo reconocían *la instancia de la epifanía joyceana* (dicho así, *epifanía joyceana*, sonaba tan ajeno a su experiencia de angustia), sin pensarlo, porque si lo hubiera pensado habría previsto lo que iba a suceder,

se hubiera quedado muda, se hubiera cortado la lengua y escupido sangre ahí mismo, había contestado como una idiota, *porque me pongo a llorar*, demasiado enfática, con la misma voz de boluda de esas actrices de melodrama de las películas de los '40 que su vieja adoraba, y algunos se rieron, otros la miraron con algo entre el desprecio y la conmiseración. Esta imbécil llora, parecían decirse. La pobre boludita llora. Y Laura quiso morirse pero se quedó quieta, con los ojos un poco brillantes, odiándolos a todos, y envidiándolos a la vez porque parecía que nada los hacía sufrir, ni los conmovía hasta la pesadilla o el vómito, porque para ellos la literatura parecía ser una actividad racional, una exhibición de inteligencia, un blasón a ostentar, en lugar de ese lazo de intimidad con las palabras y las historias ajenas que a ella siempre le habían parecido los moldes perfectos para imaginarse otras vidas que bien podían convertirse en la suya, que se convertían en la suya y le permitían ser ella misma a la vez que otra cosa. Lo que quisiera, le habían permitido ser. A ella, justamente a ella, que no venía de ninguna parte. O peor, que venía del lugar inapropiado, sin más abolengo que un tano muerto de hambre en un sótano de un pueblito italiano y una piba de barrio que soñaba con ser cantante de boleros pero que había vivido agarrada a una escoba y a los folletines de Dely. Pero a ella, a Laura, la lectura le había dado todo. Había sido —era, todavía. Todavía— una res bella y roja, mancillada y penetrada por la espada de su príncipe ruso, en un campo humeante de sangre y cadáveres descompuestos (y a esa pobre madre no le devolvieron el cuerpo, le había dicho la ratita, pastora asustada, y vos no vas a terminar pudriéndote a la orilla del río, Laura. Vos sos mi hija y cuidadito con los que decís y a donde vas, porque no volvés nunca más, Laura. Calladita y en casa antes de las nueve, Laura, porque no volvés, en serio que no volvés). Noches

enteras Laura había abandonado su cama para caminar sobre las ruinas humeantes de Madrid derrotado —*si España cae, digo, es un decir, salid niños del mundo*, y ella había salido, entre muros destruidos, y llorado las lágrimas de la caída—; se había empapado con la sangre de Julien Sorel, su amante, y había lamido sus párpados, sus labios, su nariz, mientras sostenía su cabeza sobre la falda; había sentido arder la flor de lis sobre su hombro, y se había olido las manos después de acariciarse debajo de la bombacha buscando el olor a sudor de D'Artagnan. Matilde, Milady, Lady Marian, Albertina. Había sido todas ellas noches enteras, y cuántas veces la habían seguido durante el día, a plena luz, obligándola a desdoblarse, a vivir su vida de todos los días —la cocina amarilla con los boleros y los tangos de su madre, la prueba de matemáticas en la segunda hora, su padre leyéndole la prensa del partido después de la cena— mientras la llevaban a otros planos de la realidad, tan ciertos, tan materiales, tan palpables como las nimiedades cotidianas, el tazón de café con leche de la mañana, el camisón rosa pálido de la Beba, su viejo dando vueltas en calzoncillos por la casa.

Se había perdido en lugares prohibidos, en prostíbulos, en los basurales de *Los Miserables* y en las cloacas más abyectas siguiendo su sombra, Laura convertida en su propia sombra, desdoblada y extraña de sí misma. Su infancia y su adolescencia (*s* y *c*, viejo, *s* con *c*) llevaban la marca del vampiro. Para ella, desde que aprendió a leer, las palabras eran como plumitas que le hacían cosquillas por todo el cuerpo o como látigos que se le clavaban en la carne, lastimándola hasta hacerla sangrar. Un vicio secreto, inconfesable. Y ahora venía enterarse de que no, de que así no era, no debía de haber sido nunca, de que seguramente todo eso era resultado de una falla de origen, una enfermedad genética, un virus mortal en la sangre que sólo ella padecía y que debía ocultar a esos



chicos tan cultos, chicos bien, como diría su madre, que por alguna razón que ella no alcanzaba a comprender la habían hecho una de ellos, la habían integrado a su grupito de jóvenes letrados y cultísimos. Laura siempre había odiado esa expresión en boca de la Beba, le parecía una humillación asquerosa e innecesaria, la celebración envidiosa de una marca de clase, el reconocimiento tácito de las jerarquías que su viejo, desde que tuvo uso de razón, le había enseñado a despreciar. Ella nunca había dudado —hasta que entró a ese Reino Celestial de la Letra, así con mayúscula— del paraíso redentor que prometía la utopía revolucionaria, había cultivado de la mano de Antonio su amor por los visionarios y los poetas de ese catecismo. Y había alimentado sus noches con los placeres ocultos que le entregaban sus mosqueteros, sus príncipes rusos, sus heroínas desgarradas. Noches de folletines con olor a papel apolillado, noches enteras de hundirse en las cloacas de París, en los albañales de la miseria, de donde siempre pero siempre surgía la fuerza redentora y expiatoria de las verdades reveladas, las venganzas consumadas. En esas novelitas siempre ganaban los buenos, el orden se restablecía y todos, los burgueses sufrientes y Laurita envuelta en la frazada, respiraban con alivio. De esas lecturas no hablaba mucho con su padre. Antonio descreía de esa literatura. Te pudre el cerebro, Laura, te estupidiza como idiotizó a tu madre, esa boba pequeñoburguesa que tiene la cabeza llena de crema —Laura cierra los ojos y sí, se imagina la cara de su madre, brillante y pegajosa al tacto, la pobre máscara de esa pastorcita que se negó a envejecer—. Laura asentía, casi convencida, pero no podía explicarle a su viejo que a ella no, a ella no la idiotizaban ni la infantilizaban. Cada vez que su viejo usaba esa palabra, Laura pensaba en los libritos baratos de editorial Cartago, manuales en los que la revolución se explicaba para todos, para los que como su

viejo temblaban entre una *s* y una *c*. Infantil, infantilismo, resonancias de lo que decía en la tapa de ese libro de Vladimir Ilich, que con el dedo en alto arrojaba luz sobre el izquierdismo como el pecado atroz de las revoluciones, *el izquierdismo*, decía, *enfermedad infantil del comunismo*. Laura había leído y releído ese título sin entenderlo porque toda su vida había creído gracias a las historias de Don Rafa el Catalán (*si hay una lumbre en Asturias*, pero ya no la había) y de otros compañeros de su viejo, que no había nada más de izquierda que el comunismo. Ellos eran de izquierda, había dicho Laura en séptimo de primaria, para horror de su maestra de pelo batido, zapatos aguja, seguro que virgen y que ella imaginaba con piel seca de lagarto abajo del guardapolvo blanco. El comunismo es la izquierda, papá, entonces no puede ser una enfermedad infantil. Hay desviaciones, Laura. Peligrosas, perversas, hay que alejarse de ellas, Laura, porque son el demonio troskista. El demonio: y entonces se imaginaba a ese otro petiso, el que no era bueno, Leon Davidovitch. Se lo imaginaba con su barbita puntiaguda y cuernos, patas de cabra peludas, el demonio traidor que había querido oscurecer la luz redentora del dedo leninista (y pensar que ahora el demonio ya no iba disfrazado de trotskista, ahora tenía otra cara, la verdadera, y se paseaba tan contento por los pasillos de la facultad. El demonio convertía gente buena en anémonas podridas, en cadáveres que lamían las playas con los jirones de su carne. El demonio ahora era esto otro, humano, tremendamente humano y por eso más atroz, esto que obligaba a callarse y a volver temprano y a mentir, a ocultar como si fuera un cáncer, una enfermedad venérea, quién era uno realmente, a quedarse sin historia propia, obligada por la necesidad de ser otra. Siempre otra. No le dieron el cuerpo de su hijo, Laura. No se lo dieron nunca, así que calladita y a casa). Laura no era ni iba a ser

nunca el demonio ¿trotskista?, se lo había jurado a su papá, pero no podía ni pudo nunca, ni siquiera muchos años después, sustraerse a las pasiones morbosas, a las desventuras viciosas en que la sumían los novelones que eran el alimento secreto de sus noches. Lejos, bien lejos de las promesas diurnas a papá —qué gauchita te salió la piba, Tano— de las lecturas de poemas (*yo te nombro, libertad*) sobre la mesa de fórmica de la cocina, con el ruido de fondo de las cacerolas que Beba se empeñaba en golpear, como para impedirles a padre e hija el goce incestuoso de la poesía, sus lecturas nocturnas eran la cara oscura de las certezas revolucionarias. Podía leer tranquila, con el velador metido entre las sábanas para que nadie supiera que eran las tres de la mañana y la luz seguía encendida, porque allí nadie cantaba *bandiera rossa*, ni aparecía la figura adusta de su nona resistiendo silenciosa al fascismo del pueblito italiano (vieja puta, más que puta, yegua, había dicho su madre, pero a ella no le importaba porque su vieja jamás se hubiera animado). Esas historias eran relatos de burguesas desesperadas y medio suicidas, de miserables que realizaban la proeza imposible de escapar de cloacas malolientes o de islas improbables para, con un golpe de fortuna, erguirse sobre el mundo, pura sed de venganza, más burgueses que todos los burgueses, más aristócratas que nadie, Rastignac sobre París iluminada.. Esos relatos convocaban otra forma de heroísmo, contrapartida y negación de la defensa de Madrid, de los prodigios de los *partigiani* antifascistas, de don Santiago resistiendo a la tortura en una cárcel de Buenos Aires. Exploradores, malandras en busca de tesoros (a veces escuchaba por las noches el golpeteo de la pata de palo de Long John Silver sobre los adoquines mojados de algún puerto y temblaba de miedo y de placer con la cabeza debajo de la almohada), mosqueteros que Laura imaginaba de manos blancas y bigote largo, de boca suave

para acariciarla justo ahí, en el pliegue de su bombachita rosa de nylon, de capas de terciopelo para secarle el sudor después de haberla vejado, prisionera entre los encajes de sus puños y acariciada hasta el éxtasis por las plumas de sus sombreros. Sus mosqueteros, Athos, Porthos, Aramis —y D´Artagnan, gascón erótico, habitante de sus primeros ensueños masturbatorios— eran para ella la posibilidad de otra forma de solidaridad en la que la política y las revoluciones no tenían lugar. Que papá no se enterara, le rezaba bajito al dios que no existía (porque el caballito rojo no va a Belén, va a Moscú, Laretta, y se pasea alado por las torres del Kremlin), pero ella quería ser Ana de Austria entregando los herretes al enemigo. O mejor no, ella quería ser Milady, bella y mala, objeto de un deseo masculino que pagaría con la muerte. Una puta y una traidora. Feliz, hubiera ofrecido su cuello blanco al hacha del verdugo para que todos esos hombres que la habían odiado, y marcado como una res (bella y roja), hubieran lamido su flor de lis y bebido su sangre, como una confesión de su deseo. Por ella, se morían por ella, bella y mala, hasta ver rodar su cabeza entre relámpagos. Víbora, perversa, deseada. Y los cuatro sostuvieron la cabeza, y mordisquearon sus ojos, rompieron su boca con las lenguas y los dientes hasta devorarla. A veces Laura tenía que dejar de leer, urgida por un deseo que no entendía. Entonces cerraba los ojos e iba sintiendo, casi imperceptiblemente al principio, con dolor después, cómo la flor de lis le quemaba sobre el hombro izquierdo, y cómo la boca de un mosquetero —cada noche uno distinto, o todos juntos, acariciándola con sus lenguas húmedas, perfumándola con el olor de sus batallas— iba subiendo por su brazo, besando la marca del verdugo y deteniéndose para respirarle el cuello. Sofocada por el olor de ese aliento, un poco asqueada, Laura parecía despertarse y trataba de olvidar esas imágenes

volviendo a la lectura. Como si nada hubiera sucedido, porque nada sucedió. ¿Yo soy esta?, se preguntaba Laura después de cosas así. Y sí, era esa y era raro, como asomarse a un espejo y tambalearse frente a la propia imagen, hipnotizada por una cara que era suya y a la vez ajena. Acercarse hasta marearse, hasta perder la conciencia de sí misma para sentir el vértigo de la caída. Alicia detrás del Espejo, expulsada del país de las maravillas, arrojada a un mundo hecho de palabras, hormigas minúsculas que iban haciéndose espesas, espesas como el alquitrán que veía humear en los tachos cuando asfaltaban las calles en verano, y de allí salían formas, seres que nada tenían que ver con la vida diáfana, las lecturas edificantes, la buena pionera de la revolución (gaucha la piba, Tano) que era el orgullo de su papá. Asombrada —y tantas noches aterrorizada— por la duplicidad de lo real, Laura supo desde siempre que a pesar de la culpa, no debía ni podía haber vergüenza en ese goce que también era ella. ¿Y la culpa? Milady, Lady Marian, Albertina. Bastaba con esconderlo, con quedarse callada, fingir que nada había sucedido cuando el espejo se cerraba sobre sí mismo y ya no escuchaba su propia voz entre otras voces llamándola del otro lado. Devuelta entonces a la simplicidad de los objetos, al universo cotidiano de su habitación, Laura agradecía con alivio la familiaridad de su biblioteca de tabloncitos pintados de verde, de su cama calentita, y hasta de la voz de sus viejos peleando en la cocina. Ella volvía a ser quien era, la misma que había sido antes de meterse en la cama y de abrir el libro. Por eso no conseguía explicarse el nudo en la panza, las ganas de llorar que no la dejaban respirar, y se dormía lagrimeando, mojando la almohada con sus mocos, sabiendo que algo de ella se había quedado allá, que lo mejor de ella estaba en ese mundo, y descubría con horror que el verdadero placer, la verdadera vida no era la que creía vivir todos los días sino la que había perdido

detrás del espejo. Con los años, pero sobre todo desde que su viejo se había ido, dejando como todo rastro el olor a humo, a ceniza rancia que inundó la casa por varios días después de haber quemado los libros, fue descubriendo que lo único que verdaderamente había importado de tanta revolución, de tanta esperanza fallida, de toda esa derrota, eran las historias que le habían permitido perderse de si misma más allá de los espejos. Lo que durante años había sido una realidad sólida (*arriba los pobres del mundo, Laura, de pie los esclavos sin pan*), también se había perdido en ese ir y venir, en ese salto al más allá donde lo único que iba adquiriendo valor era la posibilidad de ser un personaje más en los relatos que había escuchado desde que nació, y así poder cruzar el límite que separaba sus dos vidas. Laura nunca había dejado de llorar y de secarse los mocos con la almohada, cada vez más perdida en el otro lado, cada vez más convencida de que no valía la pena volver, de que lo único que valía la pena ser vivido estaba en ese mundo que podía sostenerse en una hoja de papel, en la tinta envejecida de los libros.

Cuando se sentó a tomar café en el bar con sus compañeros, como hacían siempre después de clase, para fumar, tomar ginebra y hablar de las pocas cosas que se podían hablar en voz alta (tengo miedo de que no vuelvas a casa, tirada en un basural, así que calladita, nena), Laura los miró en silencio, la ginebra quemándole la garganta, llena de vergüenza todavía por la estupidez que había dicho un rato atrás. Me pongo a llorar, había dicho tan suelta de cuerpo. Había estado a punto de revelar su secreto, de exponer ante la mirada de todos lo que había callado durante años. ¿Quién iba a entenderla? ¿A quién decirle que ella hacía tiempo había sucumbido

a la duplicidad perversa que ofrecían los espejos (Borges, Laura, Borges). La realidad era para ella esa cosa atroz y banal, pero mientras que para sus compañeros esas palabras no eran más que genialidades del viejo, como lo llamaban, con esa familiaridad de la que Laura se sentía inmediatamente excluída, como una sirvienta de novela victoriana condenada a ver el mundo de sus amos desde la puerta de una cocina hedionda, para ella tenían la solidez de la piedra, eran la certeza misma de su existencia. Pero nadie tenía que saberlo, nadie lo había sabido jamás. Ella había sido siempre otra (pero ella misma también, llorando y soplando mocos sobre la almohada) ante la mirada de los otros. Los otros. Ahí, al acecho. Más que boluda, lengua larga, idiota, tenía que estar más que agradecida que con evidente elegancia ninguno de ellos se lo recordara, que no la miraran con asco, con la distancia precavida con la que se mira a alguien con las marcas de la pobreza irremediable, sucio, destrozado y desclasado. Así, exactamente así se sentía ella mientras tomaba y fumaba con aparente impasibilidad, intentando una vez más las formas imaginarias de los gestos que pudieran asimilarla a ellos, que habían leído tanto, pero sobre todo, habían leído de otro modo, sin huecos, sin hilachas que revelaran que en el fondo de alguna caja guardarán una carta de ortografía vacilante, primeriza. Ellos no tenían nada que esconder, seguro, ningún vicio secreto, ningún pecado nocturno. Todavía le picaban un poco los ojos porque no podía largarse a llorar, a los gritos, con muecas, con baba, como hubiera querido. En cambio, fingía una mirada condescendiente y cómplice, sonriendo frente a comentarios que le llegaban desde muy lejos, como si entendiera del todo, como si sin ninguna dificultad pudiera seguir la genealogía de cada razonamiento, como si naturalmente pudiera reponer los significados de un sentido que apenas la tocaba, que resbalaba sobre ella sin atravesarla. Richie hizo

un comentario sobre los *Cantares* de Pound. Puta madre, pensó, a ese no lo conozco, otro más. Ni loca iba a preguntar quién era. Soy la única que no sabe. Soy la única. Me cago en dios, viejo. En dios, en la puta virgen y en tu Vladimir Ilich y en tu revolución. No era tan luminoso ese dedo al final, viejo, a ustedes los dejó afuera y a mí no me alcanzó del todo. Y no puedo decírtelo a vos porque no me animo, y no puedo decirlo aquí porque no se puede. Porque aquí se habla de ese Pound y de signos y semiótica y de cantos de la *Iliada* y de presocráticos y de Joyce, ese irlandés que nunca te nombré pero que me hizo llorar una noche entera, pero no se habla de cosas que también importan. Nadie sabe de dónde viene el otro, muertos de miedo, estamos todos. ¿Y si hablamos y resulta que venimos de un lugar inapropiado, precisamente de donde no se debe venir? Borrarnos toda genealogía y lo que quedan son palabras. Bergman y ese Pound, y Eisenstein y Breton y hasta Platón no son más que palabritas, sonidos —cadenas fónicas, se dice, viejo, ¿a qué no lo sabías?— que aturden, todos nos aturdimos para no ver demasiado. Son ruidos, pura cosa bullanguera para ensordecernos, para no escuchar lo único y verdadero que hay detrás. El silencio, viejo. Aquí también hay silencio. Aquí y afuera. Por todas partes. El silencio como una niebla espesa que nos borra el cuerpo, nos va diluyendo. El silencio es el sustento, el pan de cada día. Hay quien un día está y al otro no. Por aquí también pasa el río que lleva los cadáveres azules de mi sueño. Aquí no se puede, viejo. Y nosotros, los que estamos alrededor de esta mesa cargada de puchos y de vasos de ginebra no tenemos más espesor —tenemos menos, mucho menos, casi fantasmas, somos— que las hojas de papel, las historias y los poemas donde elegimos perdernos para no mirar con los ojos abiertos. ¿Cómo se mira al milico de la puerta? ¿Cómo se mira un FAL desenfundado, el arma que nos obliga a declinar y

a callar, a hablar de cine y a callar, a murmurar nombres de libros que no están en la biblioteca, libros que parecen estar pero que no están, libros que estoy segura de que guardan silencio (al fuego o a la bolsa, estos también) en algún sótano enmohecido? Ni al fuego ni a la bolsa, sino a algún lugar donde las paredes llovieran basura ácida, podredumbre. Tirados, apilados, ofreciéndose ellos también como cadáveres, carroña de tinta donde muerden y cagan las ratas. Aquí no se puede y no se debe. Laura sabía que su padre iba a entenderla, cómo no entenderla, si el fuego se había llevado los libros, si todo lo que había sido su vida quedó cerrado en una bolsa? ¿Pudriéndose? ¿Agusanándose? El fuego te llevó a vos también, viejo. Y yo aquí calladita. Todos calladitos, obedientes al silencio. Mudos a pesar de las palabras. Muditos, amordazados, porque las palabras. Vejados, sodomizados, pobrecitos. Reses rojas y bellas, ellos también. Pobrecitos.

Barthes, Laura. Gabi le estaba hablando a ella, como si supiera. S/Z como la ruptura del edificio construido por el estructuralismo, un salto enorme, enorme, con respecto a los textos anteriores. Laura puso su mejor cara de pastorcita, ensayó la sonrisa inteligente que a esta altura le salía tan bien (me pongo crema en la cara yo también, en los ojos para que brillen, una máscara de yeso para esconder el horror, el vacío de la inteligencia, la angustia frente a lo desconocido. Sin hablar, Laurita, sin hablar y con una sonrisa, pitar el cigarrillo con seguridad, un traguito de ginebra barata. Algo en los genes, una enfermedad contagiosa, un montoncito de pus amarillenta y hedionda que se va formando allí donde esa falta va dibujando un hueco. Que no estalle, que no supure y me manche. Que no me huelan Calladita esta vez. Mano peluda, mano peluda, quién mira en la negrura). Te mato. Ahora te mato, pensó Laura, mirando el cuello largo, las manos finas de

Gabi, como en un cuadro de Modigliani. Volvió a sonreír, un poco de costado, apenas, como imaginaba sonreían las personas cultas e inteligentes, casi sin esfuerzo, y se miró las manos de reojo, los dedos un poco chatos, las uñas cuadradas y sintió asco y pena de sí misma. Por un segundo se imaginó, ella también, con manos así de delicadas, larguísimas, las uñas afiladas y pintadas de rojo hundiéndose en la piel de esa cara que la miraba cómplice. Te mato, pensó. Te clavo las uñas en los ojos, te arañó y te hago sangrar. Hasta que me expliques (pero no digo nada, calladita), qué mierda son esas letras S, Z, ese abecedario trunco, esa mierda de Barthes. Esa mierda, querida. Explicame a mí, a Laurita, a la hija del tano engrasado que no sabe escribir. S C, imbécil, no SZ. S y C, ahí donde mi viejo duda, donde no llega la luz de ese puto dedo que una vez se levantó para iluminarnos a todos y fracasó (*e vivva el comunismo e la libertá*, qué sabrás vos, qué sabrás). Ahí donde me da vergüenza y no lo digo, precisamente ahí donde está la marca de lo que no quiero ser. Te arranco los ojos, te corto despacito la lengua que nombra, que me nombra todas y cada una de las cosas que no tengo. Te la corto con los dedos afilados, con las uñas larguísimas y rojas. Despacito, haciéndote doler, para que grites y te quedes callada para siempre, para que no puedas nombrar lo que escondo. ¿No te parece, Laura? La voz de Gabi le llegó desde lejos. Y Laura, calladita (porque no se puede, viejo, porque no se debe) levantó la mirada y vio que su amiga la miraba con ojos enormes y buenos, no con arrogancia, sino con el candor de quien insiste en la creencia de compartir un código común, de querer habitar un mismo espacio, de hablar las mismas palabras para negar que están parados sobre nada, todos ellos parados sobre el silencio. No había maldad en Gabi, sino una generosidad que a Laura terminaba conmoviéndola, una inocencia casi inexplicable

para quien había leído tantas cosas que para ella resultaban — por el momento, porque se había jurado arrancar cada pedazo de conocimiento para devorarlo, para masticarlo, sin escupir nada— poco menos que indescifrables. La conmovían sus manos afiladas, su cara de virgen pre rafaélita, sus ojos de buena gente, de maestría sacrificada que cumple con su deber educando al pobre, pero sobre todo, la conmovía su incapacidad para leer las señales que ella mandaba a pesar suyo, su ignorancia de las marcas barriales debajo del lustre literario, su ceguera para reconocer el pasado difuso que Laura se empeñaba en silenciar a fuerza de sonrisitas cómplices y de ademanes que a otros ojos menos candorosos o más adultos se le hubieran revelado como una representación perpetrada por una actriz de segunda. Se tranquilizó. Los ojos ya no le ardían, las ganas de llorar, de morirse y de matar habían pasado. Sabía que era una cuestión de paciencia, esperar con los ojos y los oídos bien abiertos. Abrir la boca sólo cuando fuera necesario, o cuando estuviera segura de su parlamento. Agazapada entre las palabras ajenas, iba a llegar el momento. El día, sonaba tanto más lindo pensar que iba a llegar el día, eran cinco palabras, nomás, pero no, eran todo un sintagma que evocaba el otro mundo, el mundo de donde ella venía. El día que iba a llegar, la aurora de la revolución, el amanecer de la utopía. (¿sintagma? ¿y eso con qué se come, Laurita?, le hubiera preguntado su viejo, desconfiando ¿con razón? de esas palabras nuevas que nunca dejaban del todo claro si eran una exhibición del conocimiento recientemente adquirido, un gestito de adolescente que se pretende intelectual o la pobre impostura de una piba de barrio que estaba en camino, si no a traicionar, por lo menos a lamentar sus orígenes de clase. Y eso él no se lo iba a perdonar jamás. Calláte, Laura, cerrá el pico, coséte la boca que nadie, ni tu viejo, se va a dar cuenta). Iba a llegar el día,

entonces. Si se escondía ahí, en ese torbellino que eran las palabras de los otros, los nombres desconocidos, cada uno de ellos la prueba desoladora de que una biblioteca no es sólo la suma de sus libros, sino una enumeración de su ausencia, la lista detallada de todos los que faltan, ese amanecer iba a producirse. Violento e inexorable como una revolución, el día iba a llegar y esas palabras que eran ahora tan ajenas, iban a adherirse a su cuerpo, primero como un guante, y después como tatuajes pintados en su piel, serían su piel, y no el disfraz al que obligaba la vergüenza.

Hasta que entró en la facultad, Laura había estado orgullosa de quién era. La piba gauchita de su viejo el tano, la que leía todas las noches con su papá los poemas de la revolución. El libro sobre la mesa de fórmica en la cocina amarilla, su madre lavando los platos, la radio clavada en el dial que anunciaba con felicidad monótona la transmisión de Radio Habana, Cuba y esa voz de acento inconfundible que modulaba *primer territorio libre de América*. El viejo corría de un manotazo de uñas manchadas la prensa del partido (no importa cuánto frotés, Laura, pero esta grasa no sale, y ella habría querido besárselas, empezar por la palma, después los dedos, uno por uno, pero la detenían el pudor y el olor lejano a aguarrás que conservaban después que su viejo se las frotara con el cepillo, dale que dale en la pileta del patio), se instalaba un silencio que no se sabía de dónde venía y Antonio y Laura, la piba y su viejo, iban turnándose en la lectura de los versos. A mi qué me importa, papá, la grasa no me importa porque estas noches vos venís trayéndome la luz, y yo te abrazo el mameluco manchado, te sirvo la copita de ginebra y te leo *mi pecado es terrible, quise llenar de estrellas el corazón del hombre*, y hasta la Beba lloraba entre las cacerolas con el poema de Marcos Ana. De esas noches, venía ella. A veces se quedaba en silencio mirando a su viejo, que con los lentes

torcidos (un poco de *poxi-pol*, Laura, y quedan como nuevos, para qué hacerme otros si en el taller se caen siempre), el cristal siempre un poco engrasado, leía y comentaba en voz alta *Nuestra Palabra*. Le miraba las manos ásperas sosteniendo el diario, la mano derecha que iba y venía a tientas sobre la mesa buscando la ginebra. Se las miraba como al pasar, como si no las viera, y se acordaba de los versos de ese poeta, el turco ese, el del libro de tapas blancas con letras verdes, *graves como la piedra, tristes como canciones de presidio, pesadas y macizas como bestias de carga* (porque el dedo de Vladimir Ílich no había llegado así de lejos, no había hecho aire o humo liviano de la carga de su viejo), *manos que se parecen al rostro endurecido de los niños hambrientos*. Así como fuiste vos, viejo. De allí vengo, de esas historias que me contabas mucho, mucho antes, cuando no sabía leer, cuando me acunabas con tu voz áspera cantándome *bandiera rossa* hasta que me dormía, hasta que los sueños se me poblaban con el fantasma de la nona anarquista, con la voz del Duce ladrando en la radio y con los ecos de tu llanto chiquito, encerrado en un sótano de piedra, muerto de hambre y de orfandad. Esas manos, papá, nunca del todo limpias, jamás suaves (cuando le di la mano al papá de Gabi eran suaves, viejo, suaves de dar vuelta sin ensalivarse las hojas de los libros, suaves de escribir con trazo firme y fluido y yo hubiera querido para vos esas manos, las de la letra que no tiembla, viejo, la que no se pregunta ni titubea), las que fueron clavando las juntas de la biblioteca precaria, de estantes que revelaban la factura casera, pero que sin embargo fue creciendo con los años, deforme y torcida tal como aparecen los objetos en las pesadillas. Como en un dibujo de Escher, podría agregar Laura ahora, pero prefiere evitar esa comparación que la devuelve a lo que para ella es el más sofisticado canon cultural de su presente. Escher no estaba en su pasado, no estaba en el origen, y es ahí

donde Laura quiere remontarse. En su mundo nadie lo conocía, ni siquiera sospechaban su existencia, sus trazos grises hipnóticos, fantasmales. Y no es que a sus viejos no les gustara el arte. Pobres, hacían lo que podían. Jamás se les hubiera ocurrido que un cuadro que valiera la pena pudiera ser otra cosa que la realidad embellecida. Un espejo debía ser el arte (la realidad atroz o banal, pero eso también era nuevo, era Borges y en su casa ya se sabía que eso no, que olía feo como el papel del diario *La Prensa* que su viejo leía porque había que conocer al enemigo), debía embellecer o aleccionar, alentar una pedagogía de la revolución, y si ese realismo era socialista, mejor que mejor, Laurita. El arte debe ser para las masas, nena, decía Antonio. Por eso en las paredes celeste clarito del comedor colgaban un par de reproducciones que a la Beba le encantaban, enmarcadas con madera pintada de dorado, tan fino, sobre todo el Alonso, una mujer con sombrero rosa que la vieja adoraba porque estaba convencida de que era igualita a ella cuando era jovencita. Y también un Berni, ese chico tan pobre, Juanito Laguna, que en cuanto una lo miraba daban ganas de abrazarlo, de darle un pedazo de pan, de consolarlo prometiéndole que a él también lo alcanzaría el calorcito del dedo luminoso que los señalaba a todos. Pero para sus viejos —y esa era una de las pocas cosas en las que Laura recordaba que habían estado de acuerdo— no había nada superior ni más valioso que el único original que tenían y que habían comprado en cuotas, ahorrando aquí y allá sólo para que ese enorme retrato en carbonilla del Che pudiera presidir el comedor. Al fuego no había ido, porque la Beba le había implorado a su marido que lo enrollara y lo guardara, que lo doblara en mil pedacitos y lo escondiera abajo del colchón, la joya de la casa no iba a arder con los libros, con los discos con discursos de Fidel, ni iba a humear en el patio hasta que se secaran todos los jazmines.

Antes vas a tener que matarme, Antonio, había gritado Beba, como en un melodrama de Libertad Lamarque. El viejo le había hecho caso. Lo enrolló, lo guardó y cuando se fue de la casa, lo cargó en la camioneta y se lo llevó. Un despojo, repetía su vieja. A pesar de esa historia que casi había olvidado, porque como todo lo que dolía había ido a parar a la basura, ella, Laura, había estado orgullosa de su biblioteca torcida y de los cuadros que hacían de su casa algo especial, tan diferente a la casa de sus amigas de la cuadra, donde las bibliotecas —si había— tenían libros de Silvina Bullrich y Corín Tellado, y en las que los cuadros eran el compendio del mal gusto de la época, negritos de labios rojos y cachetes lustrosos y payasos de boca y ojos pintarrajeados de donde colgaba una lágrima espesa y repugnante. En su casa no. En su casa había versos y revolución y niños pobres que serían alcanzados por la luz redentora (igual que todos ellos, que su viejo bolche y hasta su vieja, porque a las pastorcitas de yeso también les llegaría la aurora. Pastoras con reforma agraria que retozarían libres por el campo cantando boleros de Tito Rodríguez). Pero ahora, ahora que había entrado al Parnaso deseado, se daba cuenta de lo idiota que había sido. No estaba muy segura si reirse o llorar cuando, sentada en la mesa del bar o desde el fondo de un aula durante las clases, miraba a sus compañeros. Lo miraba a Richie, al rubiecito francófono y educadísimo, miraba a su amiga Gabi y se daba cuenta con vergüenza qué tonta que había sido, pobrecita inocente, manchadita desde el origen sin darse cuenta de que las diferencias ideológicas y políticas que habían ubicado a los Borrelli lejos del *kitsch* barrial (otra palabrita, viejo, y no me pidas que te la explique porque es de las que por ahora intuyo sin entenderla demasiado. Pero de tanto escuchar aprendí a usarla en el contexto adecuado y nadie se da cuenta, papá, nadie se da cuenta y eso me deja respirar tranquila

por un rato), y que tanta seguridad le habían dado durante años, no habían bastado para acercarla a ese otro mundo que ahora estaba conociendo. Un universo tan alejado de su estética familiar como la de los Borrelli de la del resto del barrio. Casas con bibliotecas de madera oscura y lustrada, que ocupaban paredes enteras, estantes que no chingaban y que estaban repletos de libros que no eran las ediciones baratas que compraban sus viejos. Y en las paredes, afiches de museos de París, de Londres o Madrid, prolijamente enmarcados, que hablaban de viajes por Europa, de recorridos por lugares en los que se cocinaba a fuego lento y desde siempre el caldo espeso de la cultura verdadera, de la adquisición de primera mano de esos tesoros que disfrutaban sus compañeros, que alguna vez habían caminado por las salas del Louvre o del Prado con la misma naturalidad —imaginaba Laura— con la que ella caminaba las dos cuadras que separaban su casa de la parada del colectivo.

Mondrian es genial. ¿No te gusta? La voz de Richie, rasposa de pucho y de ginebra, trepándole sobre el hombro, la sobresaltó. Gabi los había invitado a preparar el examen de griego en su casa. Hartos del aoristo y de la voz media se habían dado un respiro y Laura se había quedado sola mirando uno de los cuadros. *The Guggenheim Museum*, decía el afiche con la reproducción de Mondrian. *Tableau 2*. En otro rincón del living entre estantes y estantes de madera brillante de tan lustradita y libros bien encuadernados había otra reproducción. *Museo del Prado*, decía. Una muestra de Picasso. El *Guernica*, claro. Pero Laura ni lo miró. Si alguien le preguntaba podía hablar horas de la Guerra Civil, y hasta podía cantarles (porque don Rafael se la susurraba al oído) el *Himno de las Brigadas Internacionales* y *Puente de los Franceses* y *Ay*

Carmela. Es cierto que no podía decir muchísimo sobre Picasso, pero podía arreglárselas sin problemas. Cubismo, etapa azul, etapa rosa, Dora Maar, las bañistas y la puta que te parió. Eso podía, porque don Pablo era comunista y porque en la pieza de sus viejos había un cuadrito con la paloma de la paz. Blanquito el fondo, y la paloma dibujada con su ramita en el pico, y abajo a la derecha, bien legible, la firma. Picasso. Por eso ni lo miró. En cambio, se quedó como una boba frente a ese cuadrado completamente blanco que contenía a su vez un cuadrado de líneas negras, perfectas, apoyadas en un rectángulo alargado también de líneas negras sobre el fondo blanco. A la derecha, un rectángulo azul, arriba, uno amarillo. Arriba a la derecha negro, y abajo, bien abajo, uno rojo. Geometría pura. ¿*Tableau*? No sé nada, pensó Laura. ¿Con qué se come esto, viejo? Igualito a lo que dibujábamos en el colegio en una hoja canson. Y me parece que a mi me quedó más lindo. ¿*Tableau 2*? Allí había estado Laura, solita, mirando de arriba a abajo esa pura nada de líneas y colores primarios. Si está en un museo es arte, pensó. Esta puta mierda es arte. *Guggenheim*, dice. *Exhibition*. Y esta mina estuvo ahí con sus viejos, paradita mientras algún guía le explicaba en inglés cómo carajo se entendía esto, mientras sus viejos —los de ella, Laura, el tano y la pastorcita— ahorraban peso sobre peso para comprar la cara triunfante del Che, el que sobre la historia dispara, el que planta la bandera con la luz de su sonrisa, para que presidiera la pared del comedor. Déjame de joder, se dijo Laura. Se imaginó a su viejo cagándose de risa. Eso no es arte, Lauretta (soy Laura, papá, aquí soy Laura). El arte es para el pueblo, para que todos puedan entenderlo, señala el camino, nena. Puede mostrar el dolor y la miseria para que todos sepan que hay una sola forma de acabar con eso. El arte es de la revolución, Laura. Y no un par de líneas pelotudas que cualquier pibe de primer grado puede hacer

con una regla y una cajita de témperas Alba. ¿*Capisce*, nena? No, viejo, *non capisco*, no entiendo un puto *catzo*. ¿Dónde estuve metida todo este tiempo? Me pregunto, viejo, ahora que miro y miro estas líneas pelotudas, como vos decís, y siento que si me olvido de todo me dan ganas de hundirme en esa nada, en la pureza de esas formas. Miro y miro y siento que se me deshace el cuerpo, que estoy hecha de aire mientras apoyo la cabeza en esos cuadraditos, primero el azul, después el amarillo, y el negro, y al final el rojo, apoyo la cabeza en cada uno para perderme entera y dormirme sobre el blanco, para después entrar ahí, donde algo que desconozco se abre para convocarme y para que pueda pasar del otro lado. Puedo abandonarme a la pureza de esos colores y esas formas, viejo. Y que me olvido y me importa un carajo si vos decís que esto no es arte, o si vos decís que es reaccionario. La voz de Richie se le pegoteó en el cuello y se dio vuelta, sonriendo como si entendiera. Claro que me gusta Mondrian, dijo. Lo primero que hizo fue intentar recordar ese capítulo de *Rayuela* en el que Olivera (quién fuera vos, Horacio, quien fuera vos vomitando poemas y pintores y músicos de jazz) le explica Mondrian a la Maga como perdonándole la vida, pero la voz de Richie se le había quedado chorreando en el cuello, como una baba, y no se acordó de nada. La mente en blanco, como una idiota, ahogada en el silencio blanco de esa lámina que había estado mirando hipnotizada (Maga, oh Maga). Se quedó callada, esperando como un animal agazapado, las garras listas, los colmillos afilados para romper y morder. Prendió un pucho. Vení a mi, pensó, como si fuera una partida imaginaria de truco entre su viejo y los amigotes del partido. Vení al pie que mientras vos hablás te voy destrozando de a poquito, desgarrándote sin que te des cuenta. Como un caníbal, nene. Como un vampiro. Como uno de esos zombies que salen de sus tumbas barrozas, se imaginó

reduciendo a ese chitrulo cultísimo y envidiable que le hablaba de Mondrian, tirándolo sobre el piso. Y ahí sí, cuando lo tuviera bien sujeto ella, Laura, el pelo al viento, Némesis vengadora de las masas oprimidas e ignorantes, le iba a serruchar la cabeza. Lo que me fascina es su teoría del no color, el despojamiento de la forma (viniste al pie, nomás) como un modo de indagación de lo absoluto, ¿viste? No, no vi, le hubiera respondido. No vi nada, ¿o no te das cuenta? Y menos mal que sé quién es este Mondrian porque lo leí en *Rayuela*. Todos están en *Rayuela*, yo leo y después los busco, voy y leo algunos poetas o me compro discos de jazz que me aburren, me aburren hasta la locura. Pero están en *Rayuela* y los escucho una y otra vez hasta que me gusten, y me aguanto que mi vieja me pregunte qué porquería esa es la que estoy escuchando, que baje el volumen, que jazz es Glenn Miller, tan romántico, y no ese ruido sin forma. Porque me van a gustar, la letra con sangre entra, me va a encantar el jazz y voy a saber distinguir una trompeta de un saxo, Charlie Parker de Miles Davis. Ya vas a ver, toda una experta en indagaciones de lo absoluto, o lo que puta mierda sea eso, voy a ser. La letra con sangre entra. Por eso, despacito —Laura sonrió, nomás, como asintiendo— levantaría la piel de la cabeza serruchada como si fuera un guante. No le interesaban ni esa cara ni esos rasgos. Lo que ella quería era ese cráneo y no sólo ese, sino el de todos, el de cada uno de ellos. El del rubiecito francófono, el de Gabi, y hasta el de ese chico que trabajaba de taxista pero no se le notaba, tan enorme era su saber, sus lecturas, su manera canyengue y distinguida de analizar una égloga de Gracilaso. Cráneos. Abrirlos con una lima o un serruchito, partirlos en dos y con una cuchara, de a poquito, saboreándolos, irse comiendo tanta materia gris, tanto cerebro, neuronitas invisibles, como si fueran un helado de frutilla y chocolate. Una caníbal, se había propuesto ser. De a

poquito iba a comerse el estructuralismo, el post —que recién había llegado y que reunía a los elegidos en una secta de iniciados— la lingüística saussureana, el arte de vanguardia, *El Silencio* de Bergman, con todos sus enanos corriendo por los pasillos. De a poquito para no indigestarse, para no vomitar ni tener diarrea. Una enorme ingesta de conocimientos (capital simbólico se le dice, papá. Lo mismo que entre vos y yo quemamos y que vos enterraste no sé dónde. Pero qué diferencia, viejo, ni se te ocurra comparar, por favor) que una vez digerida iba a serle completamente propia, iba a circular por su sangre y teñir su excremento como una pizza con fainá o unos vermicelli al tucco y pesto.. Pero esta no se caga, esta sí que no. Ni se mea, porque esta no contamina ni te enferma. Queda aquí adentro hasta que cada célula, cada músculo, cada hueso se la haya apropiado y nadie, ni siquiera ella, se acuerde del origen. Laura terminó de masticar a Mondrian y su teoría del no color como camino de búsqueda del absoluto. No se traga tan fácil, pensó, pero con un poco de agua, si tiro la cabeza para atrás es como tragar las pastillas de vitaminas que me obliga a tomar la vieja. Le dio la última pitada al cigarrillo y se agachó para apagarlo en el cenicero, mostrando un poco las tetas. Ella no iba a ser una pelotuda como la Maga, nadie iba a admirarla porque no supiera exactamente si estaba en el límite de la imbecilidad o si tenía la mirada de una heroína del surrealismo, como la demente esa de Bretón. ¿Nadia era que se llamaba? Ni loca. Ella se lo iba a tragar todo, y si algunas cosas le daban asco, iba a cerrar los ojos. Buena práctica si sos mina. Por lo menos su vieja le había enseñado algo. Le sonrió a Richie. Viste, nene, ni siquiera te diste cuenta. No dolió. Es que no duele, porque cuando termino dejo la cuchara, la lavo para sacarle las manchas y pongo cada cosa en su lugar. Nadie se da cuenta. Mondrian, claro. Es tan obvio. Cómo no va a gustarme.

Todo se lo debo a Borges, viejo, le hubiera dicho Laura esas tardes en que padre e hija se encontraban en algún bar cerca de la facultad —pero no tan cerca como para toparse de pronto con alguno de sus amigos, no podía permitir que la sorprendieran, no fuera a ser que todos se dieran cuenta, mirando las manos de su viejo, que hay manchas que nada borra, ni el jabón, ni el fuego— como viejos amantes que ya no tienen nada que decirse pero que se empecinan en hablar la lengua muerta del amor porque el dolor de pronunciar cacofonías sin sentido es preferible al desgarró de la ausencia. Laura ya no se escapaba de su viejo, pero llegaba siempre un poco tarde y se sentaba entre resignada y angustiada a tomar su cortado, con el estómago cerrado, las mismas ganas de morirse o de llorar a los gritos, el mismo impulso de vomitar, de cagarse encima, de patear las paredes, de reventar con furia mesas y sillas y pocillos hasta hacerlos polvo. Pero no. Llegaba a su cita secreta (no, viejo, quedáte tranquilo, no le dije nada a mamá. No la aguanto más, pero me da pena. ¿Qué mierda querés que le cuente? ¿Querés que me acerque lo más campante mientras ella acaricia tus calzoncillos? No sé si los acaricia o los retuerce, pero vendría a ser casi lo mismo. Los saca uno por uno del cajón de la cómoda y los pone sobre la colcha verdecita, esa horrible con los pajaritos bordados. Los apila, los mueve, parece que les hablara. Como una loca, sí, pero a mi me da pena. Ganas de matarla a ella también, pero la pena es más grande que la bronca. Entonces le doy un beso en la cabeza —y ni siquiera me mira, viejo, ni siquiera me mira— y me vengo para la facultad y después me encuentro con vos. ¿Querés que se lo diga? Sería una guachada, papá, una guachada. Y yo soy

tu nena gauchita, ¿o no te acordás?) y sin animarse a darle un beso a su padre, le pasaba una mano por el hombro y se sentaba frente a él, apilando la carpeta y los libros como si fueran un escudo, protegiéndose del olor entre ácido y dulzón de su traspiración que le daba ganas de abrazarlo, de refregarse la cara contra su chomba azul; resguardándose de esa mirada triste que la devolvía a la infancia, al umbral de los sueños donde ella lloraba, chiquita y en camisón, pero segura de que él iba a venir a rescatarla. Muda, se sentaba. Durita, como si fuera de mármol. Su viejo odiaba que fumara, por eso ella prendía un pucho atrás de otro, y le tiraba el humo en la cara. A veces pedía un café. Un par de veces, para desafiarlo, se pidió una ginebra. Sin hielo. A ver si me decís algo, pensó. Pero no, el viejo no había dicho nada. Nunca le decía nada, se hacía el boludo y la miraba. A lo sumo, había intentando acariciarle la mano pero sin llegar a los dedos manchados de nicotina, que ella había escondido atrás de la pila de libros. Ya sos grande, le decía, y esas palabras funcionaban como una señal, el comienzo de un ritual que tenía más de puesta dadaísta que de teatro del absurdo. Eran palabras, pero sonaban como gritos, o golpes, como en una película de terror cuando los fantasmas quieren comunicarse con el más acá. El sonido de una cadena que se arrastra, de un ventarrón helado, algún alarido que no es más que silencio espeso, sólido como piedras cayendo en el agua. Tac. Tac. Pero eran palabras, y al rato Laura se aflojaba, apagaba el cigarrillo y asomaba la cabeza sobre la pila de libros, con el mentón apoyado sobre el diccionario de griego, *Mimesis* de Auerbach o los poemas de Apollinaire, todo lo que había sido comprado con la guita que su viejo le daba a escondidas de la Beba, sin saber que esos mangos propiciaban sin quererlo el viaje intelectual de su hijita caníbal, de su nena gauchita y vampira que había decidido

pegar el salto para irse a lugares donde él y su mundo tenían cada vez menos cabida. El viejo seguía. Tac. Tac. ¿Un sanguchito, Laura? Estás flaca, ¿no estarás estudiando mucho, vos? Laura apagó el cigarillo y lo miró. No, viejito, pensó. Qué voy a estar flaca, si voy de aquí para allá con mi serrucho y mi cucharita, hincando el diente donde puedo. Sin asco. Pero no dijo nada, ¿cómo mierda iba a contarle eso a su viejo? Cerró los ojos, apenas, y lo recordó martillando un estante nuevo para la biblioteca. Otro más, nena. Cuántos libros. Lo mismo había dicho cuando estuvieron los dos parados al lado de la hoguera mirando cómo ardían. Entonces también a ella le habían parecido muchos, muchísimos, tantos que cubrían ese mundo como una segunda piel. Ahora, en cambio, hubiera querido decirle, sabía que no eran tantos. De verdad que no. Tendrías que ver otras bibliotecas, enormes, ocupando habitaciones enteras, los libros como plantas carnívoras ahogándolo todo. Casas donde los libros se te pegan a la piel, te hacen cosquillas hasta pararte los pezones. De solo mirarlos o pasarles la mano por el lomo te hacen acabar una y otra vez, hasta dejarte reventada, hasta que gritás basta pero no podés porque siempre querés más y más. La nuestra era más bien chica, como desenfocada. Nuestros libros chingaban, viejo. Como el último estante que claveteaste con las manos engrasadas. Esa biblioteca fuiste vos y soy yo, chingando como una pollera mal cosida en este lugar, entre esta gente. Tac. Tac. Vos no hablás, Laurita, ¿no es cierto? Vos te quedás calladita y no contás, no repetís lo que te cuento de ahí afuera. El cuadro del Che, papá. La vieja pregunta dónde lo metiste. Eso sí que no. No te lo voy a decir, y menos a tu vieja. Mango sobre mango puse yo para pagarlo, un ojo de la cara, me salió. Algún día, cuando yo me muera va a ser tuyo. Tu vieja que se joda, que vaya a ponerse crema en la cara. No puedo respirar,

pensó Laura. Esto dos me destripan, me cortan en pedazos. Me van a devorar. Me están devorando, y cuando terminen van a escupir mis huesitos, así, peladitos, astillados, y después se van a poner a llorar buscando a su nenita. Mi nenita, van a decir. Qué le hiciste, hijo de puta, qué le hiciste a la nena, turra. Se van a estar gritando mientras se limpian de la boca los últimos restitos de mi mierda, de mi sangre. Voy a terminar como los fetitos. Ahogada, cortadita, abortada por estos dos, paseando por cañerías inmundas hasta llegar al río. Tac. Tac. Le volvió a rogar. Los libros, papá, dónde los enterraste. Ya te lo dije. Está escrito y no me jodás más. Me cago en dios, viejo (que no existe, pero que tampoco es rojo ni va a Moscú como el caballito ese que no fue a belén. Dios es un viejo de mierda, un viejo ciego hijo de puta que se la pasa leyendo todos los libros. Todos.), seguro que me lo dijiste en esa puta carta. Pero yo ni mu, entendés, o también tengo que contarte que la guardé bien hondo en el placard, adentro de esa caja donde se está agusanando el pasado. Babosas, debe haber allí, los pedacitos de las fotos que cortó la Beba abandonada y loca. Está lleno de gusanos, de alimañas que me van a devorar si la abro. *Finishela* con los libros de mierda, Laura. Se quemaron, están enterrados. ¿O se los lleva el agua, papá? Igual que a los fetitos de mis hermanos, igual que a los cadáveres azules que siguen flotando, putrefactos, hediondos. Que flotan como flores tristes y siguen flotando sin que se los trague la corriente. Como en mi sueño, viejo. Se calló la boca, claro. Tac. Tac. Tac. Riego las plantas, cuido el jardín. ¿Te acordás del árbol de granada? Otra vez el zumbido de las abejas hablando, reconociéndose. Las palabras de siempre, repetidas hasta el cansancio, cada vez, cada encuentro. Sí, papi, el que plantó la nona. Ese mismo. Dio mucha fruta este año. Tenés que venir, nena. Sí, papi. Pero ella ni loca, ni muerta iba a volver a la casa de la nona

muerta y sepultada, de la vieja huesuda que alguna vez cantó bajito *Bandiera Rossa* en una fiesta fascista. *Avanti o popolo*. Laura se secó las lágrimas para que no se le notaran, como si se estuviera sacando una basurita de los ojos. Ahí te escondiste, viejo, como si te hubieras vuelto solito a la miseria de tu pueblo italiano. Nos dejaste. No, no nos dejaste. Me dejaste a mi, incompleta, a medio hacer, torcida y pobretona como esa puta biblioteca y te fuiste como una rata a regar los putos arbolitos de tu puta vieja muerta. Qué despojo, si por momentos pienso que la Beba tiene razón. Te mataría, viejo. Lacra, traidor, estoy sentada en camión en el umbral de ese sueño, llorando, te digo que me duele la panza, que me duele todo, y vos ya no venís porque te fuiste. Escondido como un bicho en esa cueva de muertos. Ojalá te mueras, viejo. Te mueras entero y para siempre y te llesves con vos los libros enterrados, las frutitas de granada con las que me pintaba los cachetes cuando era chiquita (había una foto, chiquita, en blanco y negro, hasta que la Beba me clavó la tijera en los ojos, la vieja hija de puta me clavó la tijera y me dejó ciega), la prensa de esa mierda de partido que yo sé que guardás en esa cartera reventada que tenés ahí. ¿Eso querías? A ver, viejo, porque estoy a punto de agarrar mi serrucho y mi cuchara. Para usarlos con vos. Sin miedo y sin asco. A ver si así entiendo. A ver si así, finalmente, puedo saber. ¿Esa mierda de vida era la querías? Ojalá te mueras vos también y flotes en el río para que yo te mire —roja y bella, como una res—, descuartizada y abrazada a la espada de mi príncipe ruso. Así me voy a quedar yo, viejo. Y por tu culpa. Mirando arder cadáveres, ahogada por el olor a mierda de todo lo que está muerto. Tac. Tac. Le sonrió a su viejo. Como siempre. Mejor no saber. Y le preguntó por don Rafa y don Santiago y por el laburo y finalmente se quedó callada. Prendió otro pucho y ni lo miró cuando empezó a romper las pelotas (tac, tac) con el cigarrillo.

Estoy estudiando mucho, papá. Sí. Gente interesante, buenos pibes. Sí, claro, viejo, hablo de lo que se puede hablar, nomás. Y ahí nomás lo desafió: leí a Borges, y ¿sabés qué? Deberías leerlo, papá. Me encantó. Será todo lo viejo choto, reaccionario, idealista, oligárquico, vendepatria. Será lo que vos digas según lo que te enseñaron los libros que quemamos y que enterraste, pero a mí, ahora, me importa tres carajos lo que vos digas. Sí, claro que es difícil. No, no es para el pueblo. No me importa una mierda el pueblo ahora, papá. ¿De qué pueblo me hablás, me querés decir? Los que están sentados ahí no son pueblo ni nada. Mirálos. No tienen alma. ¿Pueblo, esos? Ni una mierda, son fantasmas, superficies opacas, cucarachas asustadas y silenciosas. Bajá la voz, Laura. No sé por qué te ponés a gritar así, de pronto. Igual a tu vieja. Vos sí que estás loca ahora, como tu madre. Locas las dos. Apagó el pucho despacito, hundiéndolo en el cenicero, agarró los libros y se paró. Ni lo miró. No quiso ver esa mirada de perro, ni el pelo finito y canoso, ni las manos rasposas y engrasadas. Ojalá te mueras, viejo. Esta vez lo dijo en serio, en voz bien alta. Una vieja con cara de yiro se dio vuelta y la miró con bronca. Un carajo, me importa. Vieja de mierda. Y vos, viejo —lo repitió bien clarito, como si no estuviera muerta de miedo- ojalá te mueras. Sintió que se hacía caca encima, que iba a vomitar allí mismo. Estaba segura de que otra vez le iba a subir fiebre. Iba a arder ella también. Hubiera querido morir. Ojalá te mueras. Salió corriendo, muerta de vergüenza. Tac. Tac. Figurita repetida. Va a volver a salir, y a seguir saliendo, como cuando era chica y nunca pudo llenar un solo álbum. Abría cada sobre esperanzada, ansiosa, esperando la última, la que necesitaba, para poder pegarla y ganarse el premio. Pero no, era la misma figurita la que aparecía y todo volvía a empezar. Sabía que esa no era la última vez, porque no había sido la primera y eso

la consoló un poco. Cada encuentro había sido igual al anterior. Del principio al fin. Un poco de diarrea, había tenido, y le parecía que se había manchado la bombacha. Figurita repetida. Su viejo la iba a estar esperando, y ella iba a volver. Como siempre. Tac. Tac.

Por entonces Laura no sabía si echarle la culpa a Borges o estarle eternamente agradecida. Iban a pasar muchos años hasta que pudiera darse cuenta de que *La Biblioteca de Babel* le había salvado la vida. La primera vez que lo leyó no entendió nada. Viejo de mierda, pensó. Solamente un ciego choto como vos, alguien que no puede ver la realidad y que por eso la desprecia, puede escribir esto. En eso tenía razón su viejo. Para el pueblo no era. Ma que pueblo. Ella, pobrecita, era pueblo, había sido pueblo, una cara más en la masa de los que quieren la luz de la espada vengadora, el triunfo de los desarrapados y los parias. Por eso no lo entendía, no sabía qué hacer con eso. Nunca iba a saber qué hacer. Allí parecía no existir nada ejemplar, ni épico, ni romántico, esas cosas que suelen hacer comprensibles los relatos. La suya era una estética en la que la realidad, por obra y gracia de la palabra, podía transformarse en un mundo alternativo a la vida gris de todos los días, un espejo para ser cruzado como una Alicia crédula o angustiada o feliz, dispuesta a quedarse a vivir ahí, ahí donde el deseo de otra vida la estuviera llamando. La ficción como si fuera un acolchado calentito, el abrigo de un abrazo o un páramo en el que perderse esperando el rescate (ojalá te mueras, viejo, ojalá). Por eso, cuando leyó la *Biblioteca de Babel*, marcada (como una res) por su genealogía de mosqueteros, hermanitas bostonianas y revoluciones hechas y por hacer, ese cuento le pareció una aberración. Una monstruosidad, un desvío de la naturaleza. Viejo de mierda, se dijo, se repitió hasta

cansarse, fascinada por esa cosa perversa de la que no iba a poder escaparse aunque quisiera. No había manera de entrarle. ¿qué era eso? No era un relato, sino una forma sólida, perfectamente impenetrable, como una esfera de metal pulido. Cuando llegó el momento de seguir analizándolo en clase, porque la primera vez que lo habían intentado alguien se fue por las ramas y había terminado la hora dejándolos a todos con la sensación de fracaso compartido, no dijo ni una palabra. Casi escondida en la última fila, escuchando a medias lo que decían sus compañeros, volviendo a leer los escuetos apuntes que había tomado, fijando la vista en las palabras que había subrayado. Había tenido la precaución de preguntarle a Richie la traducción correcta del epígrafe y la respuesta le dio cierta confianza en sus posibilidades. Después de todo, su inglés escolar no era tan malo. Las dos traducciones coincidían. *Contemplar las variaciones de las 23 letras*, decía. *By this art*. Le señaló con un gesto las dos líneas a Gabi. ¿Escritura? ¿Lectura? Bajito, preguntó, para que nadie la escuchara. Con un gesto brusco, y mirada de maestrita de obreros, Gabi asintió y le hizo una seña para que se callara. Andá a cagar, nena, pensó Laura. Ortiva. Ahora me las voy a arreglar solita. No había caso, ese engendro que indudablemente estaba hablando de la lectura y de la escritura (tampoco hay que ser un genio, se dijo. Si está hablando de una biblioteca, ¿de qué carajo va a hablar sino de la lectura y la escritura?) resistía a sus esfuerzos, a su bronca, a su desesperación. Viejo de mierda. Cegato del carajo. A ver si al final su viejo iba a tener razón. Pero ella, antes morirse que darle la razón. Ahí había algo, como en Mondrian. Esa ausencia de realidad le resultaba seductora. Era como acceder a la contemplación del vacío, hundirse en un territorio que no por carecer de realidad era menos real. Si ponés un espejo frente a esto —viejo de mierda— no se refleja nada. Sin

embargo, reclinada en su silla, hipnotizada frente a las palabritas que había subrayado con esfuerzo— porque a lo mejor eran una grieta, una ventana mínima y un poco tonta que le iba a permitir, como a Alicia en el País de las Maravillas, dar el gran salto hacia el otro lado— supo de golpe que ella tenía razón, que esto era un engendro, un desvío de todo aquello que ella había leído hasta entonces. Pero que lo monstruoso no era que esto fuera una negación de todos los relatos sino que era, en cambio, el origen de todo, la oscura constelación que daba nacimiento a todo los relatos escritos y por escribir, leídos y por leer. El universo entendido como una biblioteca, claro. Y para explicarlo el viejo choto iba levantando esa superficie perfecta, impenetrable, como una catedral filosófica o un teorema matemático. Justo para ella, que nunca había podido ir más allá de la regla de tres simple. Axiomas, desarrollaba, nada menos. Uno por uno los iba enunciado y describiendo. *La biblioteca existe ab aeterno*, había escrito. Te voy a dar *ab aeterno*, viejo de mierda. Incapaz de pensar la idea de lo universal y lo infinito en estos términos, incapaz aún, y todavía pobretona para disquisiciones epistemológicas, Laura decidió aplicar su método casero de análisis, secreto e inconfesable. Ya habría tiempo para anotar todo lo que estaban diciendo en la clase, sesudas pelotudeces que a ella no terminaban de aclararle absolutamente nada pero que repetiría como loro en el parcial, si era necesario. Cuando fueran al bar les iba a pedir los apuntes y mientras ellos hablaran y discutieran al engendro, ella iba a copiar lo que otros habían dicho, calladita, sonriendo como si entendiera y estuviera de acuerdo, o como si le importara. Ya habría tiempo para eso. Por ahora, ella, Laura Borrelli, la pendeja de barrio, la enfermita, la contaminada, la rastrera y eternamente silenciosa, iba a hacer lo que siempre había hecho. Ella, sin más vueltas, se lo iba

a coger a Borges. Una y otra vez se lo iba a coger. Se lo iba a pasar por las tetas, por el culo, delicadamente se lo iba a frotar por la conchita, allá abajo, hasta que cada palabra se enredara con los pelos de su pubis para que de allí, como siempre, saliera a borbotones el sentido. Por todo el cuerpo, se lo iba a pasar, transformando ese monstruo sólido, inaccesible, duro, más duro que el mármol, en un objeto de placer. ¿Por qué no?, se preguntó. ¿Qué tiene Borges que no tengan los otros? Era letra igual, era palabra. Acaso no se había cogido a D'Artagnan, no una, sino miles de veces, y a su príncipe ruso (de eso no quiso acordarse, demasiado dolor, demasiada sangre), no se había tocado hasta empaparse leyendo *Las palabras* y *El Muro*? Así iba a hacer con el viejo. Lo iba a empujar, a patadas en el culo, hasta el lugar donde habitaba su deseo. Lo iba a arrinconar, iba a violarlo con su espada vengadora. Iba a soñarlo, a triturarlo, a comerse las cuencas de sus ojos, ciegas y vacías como un cuadro de Mondrian, hasta entenderlo. Se acomodó en la silla. Le pareció que se había puesto colorada y le dio vergüenza, pero se quedó más tranquila cuando se dio cuenta de que nadie la estaba mirando, que todos iban del texto al profesor, como idiotas, seguramente ellos también pasándole la lengua a la dureza que era ese no-relato, sin saber que ella ya había hecho su descubrimiento, que cada poro transpirado y cada gotita de flujo que le iba humedeciendo la bombacha, ahí sentada en una silla en el fondo del aula, le estaba haciendo saber que en ese acopio monstruoso de palabras estaba escondido el punto de origen, la genealogía de todo lo escrito y de lo que se escribiría. De todo lo legible. Bajo la mirada y leyó: *yo conozco distritos en que los jóvenes se posternan ante los libros y besan con barbarie las páginas, pero no saben descrifrar una sola letra*. Viejo idiota, pensó, y se aguantó las ganas de reírse. Yo sí me posterno ante los libros. Yo me humillo, abyecta, y

los beso, los chupo, los lamo, me los paso por el cuerpo y me masturbo. Barbarie pura. Viejo idiota, pero así descifro. Letra por letra. De mi vagina al infinito. De mi orgasmo a la razón. Esa soy yo, Laura. A la vez descastada y bárbara, razón pura. Aquí tengo mi serruchito y mi cuchara, y los voy a usar hasta que dejen de hacerme falta. Sin asco y sin miedo. Impía soy, blasfema. Te arranco esas palabras y las hago mías. Soy impureza, razón y saber que descifran no una, sino cada letra. Se sintió mal, de pronto. Se ahogó, no podía respirar, a pesar de que era invierno y el aula estaba helada porque la estufa no estaba encendida. Tratando de no hacer ruido, salió y corrió hacia el baño para mojarse la cara con agua fría. En el baño solitario y silencioso, se sentó en el piso y apoyó la espalda contra la pared. Recordó el encuentro con su viejo, la insensatez de su repetición, y aprovechando que estaba sola, que nadie podía alcanzarla con la mirada, se puso a llorar, tapándose la boca con la bufanda para que no se escucharan los gritos que ahora sí, estaban saliendo, como si su propia voz la devorara. Vio la hoguera donde habían ardido los libros, las baldosas rojas del patio cubiertas de ceniza, imaginó la tierra húmeda donde su viejo habría escondido la bolsa. Y de pronto supo. En esa hoguera había ardido todo su mundo, ese que existía *ab aeterno* y que le había dado un nombre, una identidad. El mundo que había sido la madre de todos sus relatos, aún de aquellos que había callado durante todos estos años. Y vio en la esfera pulida, en esa forma aberrante, la totalidad de su existencia, lo pasado y el porvenir adivinado. Lo que se había cimentado y nacido de la letra no había muerto, no había fuego que lo quemara. El hexágono, se dijo. Los hexágonos. Y en esa esfera pulida como un espejo, no vio su realidad atroz, no vio la escena banal de una chica sentada en un baño con una bufanda en la boca y el rimmel corrido. No escuchó ese relato sino muchos otros,

cientos, miles de relatos que aún no habían encontrado su palabra. Se vio a sí misma habitando esa esfera, viajera eterna por las entrañas del monstruo, yendo de un hexágono a otro, en una travesía que le asegurara la supervivencia. Una travesía que, ahora sí, sentadita en las baldosas frías, iba a ser la única garantía de su identidad. Su destino no iba a limitarse a un solo hexágono, ni a diez, ni a miles. Su destino estaba inscripto en ese movimiento, en el pasaje obligado de un hexágono a otro. Dueña del universo de la letra. Iba a devorarse todo. Iba a tragarse todo. Suyo, iba a ser. Boluda, se dijo, levántate y lavate la cara. Meá y arreglate. Se sacó la bufanda de la boca porque se estaba asfixiando. Se levantó medio entumecida y abrió la canilla, refregándose la cara hasta que se le borraron las lágrimas. Nadie se iba a dar cuenta de nada. *El universo bruscamente usurpó las dimensiones ilimitadas de la esperanza*, había escrito el viejo. Y ella, esperanzada y loca, iría por ese universo infinito, buscando y rechazando el sentido, y en cada hexágono del universo ilimitado iba a encontrar un relato (aunque sea uno, dios mío, solamente uno), que justificara su existencia. ¿Quién dijo que ella no iba a poder con Borges? Caminó por los pasillos desiertos. Qué silencio, madre mía, qué silencio. Llegó justo cuando todos estaban saliendo del aula. Pasáme los apuntes, le dijo a Gabi. Me lo cogí al viejo, podría decirles. Pero no se animó. No se iba a animar nunca, y tampoco estaba muy segura, esta vez, de quién se había cogido a quién. ¿Qué tal una ginebrita?, preguntó. Y prendió un pucho.

V

Una Educación sEntimEntaL

Laura siempre había adorado a los vampiros. El terror, la fascinación, la certeza de estar arrojándose en un abismo de goce, porque de eso se trataba, del dolor de gozar hasta morir, de aceptar con placer desintegrarse en el otro, con el tiempo la fueron convirtiendo en una experta. El saber primero fue fragmentario, disperso, hasta que mucho años después —pero muchos, cuando las arrugas ya habían empezado a dejar su marca leve alrededor de los ojos y le iban quitando a la boca mucho de su frescura —en un viaje encontró todo ese saber sistematizado en una enciclopedia. *The Vampire Book*, decía el título, letras rojas sobre fondo negro, *The Encyclopedia of the Undead*, y desde la tapa unos ojos, apenas unos ojos tan parecidos a los que la habían contemplado durante tantas noches de insomnio, volvían a llamarla, a convocarla a una ceremonia privada y prohibida de la que sólo ella conocía los rituales. Año de edición: 1994. Habían pasado unos cuantos años desde los primeros destellos de intuición vampírica, los suficientes como para que ese saber primero se hubiera convertido finalmente en lo más parecido a un paradigma de conocimiento, a una articulación sistematizada de la cual —gracias a Foucault, porque para esa época Laura podía nombrar con certeza y ya no duda como dudaba antes— podría construirse una arqueología completa.

Los vampiros habían sido su obsesión desde la primera vez que vio la cara de Bela Lugosi en la televisión —esos sábados del invierno con reflejo en blanco y negro: una japonesa de

monstruos, una de piratas, una de policías y ladrones—. Casi al final, después de que la tarde se había estirado como un chicle, venía la de terror. Podía ser de fantasmas, y esas le encantaban, le gustaba la cosquillita que le hacían en la panza, la necesidad de taparse los ojos pero no del todo, sino dejando una rendija por donde espiar, jugando al veo veo con su propio miedo. El terror que sobrevenía después, durante la semana y que la llevaba a evitar entrar en las piezas oscuras, a maniatar el interruptor de la luz antes de entrar porque estaba segura, pero segura, que desde cualquier rincón la esperaba agazapada una figura inmaterial, transparente, lista para saltar sobre ella y matarla de susto, era una descarga de adrenalina que le daba escalofríos pero que también la fascinaba. ¿Cómo no creer en los fantasmas, en las cadenas que se arrastraban en mitad de la noche, en las voces que susurraban desde los rincones palabras en un lenguaje incomprensible? O, peor aún, susurraban su nombre. Laura, la llamaban, Laurita, y a veces esas voces le parecían familiares, como si la Beba o su viejo se hubieran tapado la boca con un trapo y le estuvieran hablando, diciéndole cosas que ella prefería no escuchar. A veces daban la del hombre lobo, y entonces se quedaba quieta frente a la pantalla, más sorprendida por las ganas de llorar que le entraban que asustada por la transformación del pobre Lon Chaney, que no podía ni con su carita de bueno ni con su culpa. Si le hubieran preguntado, ella no la hubiera clasificado dentro del género de terror, y no porque no fuera impresionante el despliegue de licantropía y de lunas llenas, sino porque ese pobre lobo era una monstruosidad a pesar suyo, ni su maldad ni su sed de sangre eran deliberadas, sino más bien una condena, un desvío que debía ser expiado a través de la angustia y de la desesperación. Ahí Laura no sentía miedo sino piedad, una compasión infinita que le llenaba los ojos de lágrimas y que sólo se

aliviaba cuando en la escena final, atravesado por la bala de plata, Lon Chaney sufría la última y reparadora transformación que lo convertía de lobo en hombre y le permitía encontrar la paz en la muerte. Miraba la sonrisa final, conmovida, sabiendo que sobre esa cara feliz iba a estamparse el *The End* que restablecía el orden, y la película que acababa de ver le parecía más una historia dramática, la lucha épica de un hombre contra si mismo, algo cuya único objetivo —fracasado— había sido el de volverla loca de terror. Si ella hubiera estado allí, podría haber abrazado a ese pobre tipo para compensarlo de tanto sufrimiento. Como una amiga solidaria, ni más ni menos, como la piba gauchita y buena que su viejo decía que ella era.

Sábado tras sábado, a pesar del hombre lobo y los fantasmas, a quien ella esperaba realmente era a su vampiro. Ni siquiera tenía que esperar que las letras góticas el título se sobreimprimieran sobre el fondo negro. Bastaba escuchar los primeros acordes del *Lago de los Cisnes* con los que empezaba la película, para saber que esta vez sí, la espera había valido la pena. Había que contener la respiración un ratito más, sólo un par de escenas, hasta que se abriera la puerta del castillo y de la escalera de caracol, envuelto en telas de araña, apareciera él. De negro, pálido, con las manos delgadas, extendidas, en una actitud de llamado. Ven, le decía con esa voz gruesa y traducida con acento levemente extranjero. Le decía *ven* y no *vení*, y en ese desliz dialectal del doblaje Laurita, hechizada, como transida, pegaba un salto hacia un universo gótico, poblado de castillos, pasadizos y ataúdes que se abrían para revelar mujeres hermosas durmiendo sueños de oscuridad y de sangre que ella empezaba a querer para si. Las imaginaba habitando lugares bellos y secretos, envueltas en vestidos larguísimos de seda, bordando o asomadas a ventanas de cristales de colores, esperando. Así, como

cada sábado ella esperaba, paciente, hasta que algunas veces tenía recompensa. Esas mujeres habían corrido por pasillos alfombrados que daban a puertas prohibidas, corrían para protegerse de aquello que inexorablemente las alcanzaría para aterrorizarlas primero y para hacerlas gozar después, hasta matarlas. Hasta tenerlas para siempre en cajones carcomidos, a los que bastaba abrir para que de allí saliera un perfume mezcla de flores podridas y de la ginebra que tomaba su papá todas las noches. Mujeres que habían vivido una vida y una larga muerte en un mundo al que su imaginación de nena no se atrevía todavía a llegar. Un mundo, sin embargo, que ella sabía que toda su vida iba a explorar hasta poder alcanzarlo, hasta habitarlo como si le hubiera pertenecido desde siempre. Él bajaba y la llamaba. No decía su nombre. Le clavaba la mirada y con una voz única e inconfundible, en la que era imposible encontrar ecos de otras voces, la interpelaba, llamándola con la autoridad del amo. Ven, le decía. Había bastado eso para que el húngaro de capa y polainas empezara a habitar todas sus noches.

Lo primero que el saber cinematográfico le había enseñado era que el vampiro nunca entraba sin que lo invitaran. Alguien — casi siempre una desprevenida pero anhelante señorita— debía dejar una ventana o una puerta abierta y esperar (tal como hacía ella cuando esperaba) con un deseo que a primera vista podría haberse confundido con temor. Era miedo, pero también una sensación desconocida y difusa que lo excedía y tornaba ese terror en algo deseable, en algo digno de ser esperado para que aconteciera cada noche durante mucho tiempo, durante toda una eternidad. Porque de eso se trataba, comenzaba a intuir Laura, de una eternidad, un tiempo infinito que ella no tenía posibilidad alguna de representarse, pero que había escuchado en los boleros que le gustaban a su madre. Una eternidad, un amor para siempre.

Tengo miedo, pensaba Laura, tapándose la cabeza con la sábana. Miedo, repetía, descubriéndosela de a poco para poder espiar en la oscuridad. El miedo que la dejaba muda, tan muda que no encontraba la voz para llamar a su papá, se iba convirtiendo de a poco en un susurro, un murmullo silencioso. La llamada. Por eso, mientras leía *Mujercitas* o *La vuelta al mundo en ochenta días*, Laura iba acariciando poco a poco el deseo de ser visitada, abandonándose a su terror nocturno casi con delicia, preparando la llamada silenciosa que le traería a su vampiro y con él esa vergüenza espesa, esa curiosidad ilimitada por algo que iba a suceder pero que aún no tenía nombre. Que venga ahora, ahora mismo, se repetía. Con la imaginación, primero, se alzaba de si misma para, sin hacer ruido, girar el picaporte y entornar la puerta de su pieza o, si era verano, abrir la ventana que daba al jardín. El olor de los jazmines le daban ganas de llorar y entonces, silenciosa, renovaba la llamada ahora si, acariciándose la entrepierna, ahí donde su bombachita de algodón marcaba un triángulo que se iba entibiando a medida que su dedo lo circundaba. Despacio llamaba, de a poco llevando su dedo más allá del elástico hasta hendirlo suavemente en la carne rosada y lampiña, apenas un pelito enrulado dibujando un caracol sobre la piel. Un roce, para después ir corriendo con lentitud los pliegues de algodón. Corazón de dulce de leche. Apoyaba la palma entera sobre su pubis que ahora si quemaba un poco y llamaba hasta adormecerse. Vencida por el sueño cerraba los ojos y al rato los abría sabiendo que en un rincón de su pieza ondulaba la capa del vampiro. Aterrada y gozosa sabía que no encontraría la voz para llamar a papá —porque ya no quería esa voz, sino la otra, ronca e imposible— y esperaba. Algo sucedía, una oleada de tristeza, de placer y de ganas de morirse. No sabía cómo definirlo, pero sí estaba segura de que algo sucedía, porque entonces podía

escuchar la voz de su vampiro llamándola (ven, decía, ven) y ella iba, obediente, hacia esa oscuridad que se abría como un caramelo, dejando ver un corazón de dulce de leche que Laura, chiquita y glotona se tragaba sin hacer ruido. Otras noches ni siquiera tenía que abrir los ojos porque podía escuchar el ruido que hacían los zapatos con polainas frotándose contra el piso. Era la señal. Y ella apretaba aún más los ojos y entre las lucecitas que bailaban estaba él, con el rostro blanco y la boca toda roja de caramelo, con su capa negra agitando las manos y llamándola. Años después supo, y pudo nombrar —aunque nunca lo hizo en voz alta ni se lo contó a nadie— esa punzada en el pecho y en los ojos, que dolían de tan cerrados, ese cosquilleo en el estómago, esas ganas de hundirse en la boca roja, de dejarse lastimar por los colmillos filosos del vampiro, el placer entonces sólo adivinado que escondía la sombra de la capa en el rincón de la pieza. Ella también hubiera querido morder, desgarrar, hundir sus dientes filosos en una carne que era blanca y como de aire, lamer la sangre, y presionar con su lengua el pecho herido. Cuando se despertaba y la luz que se filtraba por la ventana que daba al patio hacía de su pieza de nena un lugar tranquilizador, el orden que imponía la voz de su madre llamándola desde la cocina, papá despidiéndose para ir a trabajar, el micro del colegio que en media hora haría sonar la bocina, empujaban sus noches vampíricas al territorio de la irrealidad. No había quedado registro de la existencia de esas noches, nadie lo supo nunca, ni su *Querido Diario*. ¿Cómo escribir sobre lo que ni siquiera ella misma podía nombrar? En su limitado vocabulario de nena no había un léxico posible para esa experiencia. Podría haber dicho vampiro. O haber dicho miedo, u oscuridad. Pero esas palabras sólo referían a un vacío, a una superficie opaca que ocultaba una serie de rituales que se sucedían noche tras noche, sin conciencia de su cuerpo

y del estremecimiento que la llevaba, más como un juego o una aventura, a entregarse voluntariamente a las órdenes de su amo de capa y polainas.

Cuando algunos años después abandonó a su vampiro cinematográfico, ese visitante que había nacido en la grieta abierta entre su cuerpito y las palabras todavía ausentes para nombrar ese amor, y que desde ahí se había dedicado a enamorarla, Laura se entregó con la misma desmesura a su vampiro literario. A los trece o catorce, cuando las tetas le empezaron a estallar y la menstruación se le había hecho una mierda de costumbre dolorosa, pidió que le regalaran Drácula, el de Stoker. Por fin, se dijo, acariciándole la tapa, el verdadero. De un tirón, lo leyó. Dos noches sin dormir, a pesar de los gritos de la Beba y de los retos de su padre para que apagara la luz. En ese relato victoriano, escrito sobre el silencio y la omisión, en esa historia en la que un escritor de segunda clase contaba la lucha implacable del bien y de la virtud contra los demonios del mal y de la oscuridad, Laura pudo ir confirmando y ampliando aquel primer saber que le había llegado en forma fragmentaria e intuitiva. Había que invitarlo, nomás. Responder al llamado, abrirse al deseo del vampiro para poder desear. Sólo aquella que guardara oscuridad en su corazón —sin saberlo, aún a pesar de si misma— iba a convertirse en la novia oscura. Y Laura no dudó. Ella iba a ser Lucy. Soy ella, la coqueta, la de los cuatro hombres, la putita. Deseada, deseante. Mi putita preciosa. Cuerpo expuesto a la lascivia silenciosa de los hombres, viajera del deseo masculino. Mi putita, Lucy. Cuatro tipos se enamoraban de ella. Cuatro, nada menos. Se le declaraban, se la disputaban, hasta en la muerte la deseaban. Y ella iba de aquí para allá, seduciendo, ofreciéndose, intentando domesticarse después, el sacrosanto matrimonio que el vampiro vino a impedir. Todo

lo que la novela no decía estaba pintado con tinta invisible en el cuerpo de Lucy, ese cuerpo que se ofrece a todos y que quiere domesticarse pero no lo dejan porque en el fondo, muy en el fondo, había adivinado Laura, no quería ser regulado. No como Mina, no como esa señorita buena y responsable, respetuosa y virgen aún en el matrimonio. Qué idiota Mina, pensaba Laura, depositaria final del amor abstracto de esos nombres, pero no de su deseo. Aburrída y tonta, seguro que debajo de tantas enaguas con puntillas no hay nada, o hay un candado enorme y oxidado que guarda lo que ella no sabe que tiene y no quiere tener. Mina, sos una pobre mujercita que se entrega voluntariamente a su cosificación. Como un objeto, sos. ¿O no te das cuenta? Angelito pelotudo, le decía Laura. Yo no quiero ser como vos. Mirála a la otra, mirála. Porque bastaba con ver a Lucy, imaginársela sentada en ese banco mirando la tormenta y el mar embravecido, dispuesta, ella también, a abrir puertas y ventanas, esperando la oscuridad que vendría a devorarla. La novia oscura, desatada, consumando el único matrimonio posible, el del deseo. Ya era más grande Laura, e iba entendiendo. Por eso elegía con la alegría de quien elige una vida por vivir. A ver, boluda —le hablaba a Mina, a la nena buena y obediente, virgencita sin concha ni tetas ni sangre— a ver si alguna vez te cogieron así. Así hasta matarte de dolor y de placer. A pesar de que Stoker parecía obligarla a ella, a Laurita, a elegir seguir siendo la nena gauchita que su papá quería, que todos querían, ella lo tenía bien clarito. A latigazos la estaba obligando, escritorzuelo de segunda, a pasarse del lado de los buenos. Pero ella no era idiota. ¿Te creés que soy idiota?, y Laura hablaba con ese escritor oscuro y genial, que había sabido muy bien lo que callaba, lo que no decía. Lo sabía tan bien que a veces Laura pensaba que sin esas elipsis, sin esos silencios, no hubiera valido la pena pasar dos noches sin dormir leyendo esa

novela. Te callás a propósito, le decía, porque no querés propagar el mal ejemplo —Lucy, tesoro, mi putita loca—, forzando con tu látigo a miles y miles de nenas a pedir de rodillas la llave de sus jaulas para entrar ahí solitas a encerrarse para siempre. Enjauladas, esperando que los tipos les tiraran las sobras, como a animales, viviendo una vida pura de hijos y marido, con la promesa de que después de que se murieran enfermas de tanta virtud y tanto vacío, les iban a crecer las alas de angelito. Esposa abnegada, madre fiel. Basura, le decía Laura, me querés obligar a mi a ser como Mina. Me querés enjaular a mi también, si es obvio que hasta vos, pobre pajero, te morís de calentura cuando hablás de Lucy.

Aprendió muchas cosas nuevas, leyendo *Drácula*. Amplió su campo de conocimiento, expandiéndolo, acumulando un saber que era a la vez pragmático y teórico. El ajo, las cruces, el fuego, la hostia consagrada, la decapitación. Pero también confirmó sus primeras intuiciones y con los años y las sucesivas lecturas, hasta pudo teorizar y transformarlas en una epistemología. El tiempo haría lo suyo, volviéndola casi una académica del vampirismo (*The Vampire Book*, decía el título, letras rojas sobre fondo negro, *The Encyclopedia of the Undead*). El punto de partida había tenido la simpleza y el componente azaroso de tantos otros descubrimientos en la historia de la humanidad. Son las nenas malas las que abren la puerta para ir a jugar. Sólo a ellas —a Lucy y a Laura, putitas, meretrices, pobres nenas malas que habían querido reinar sobre su deseo— les había sido otorgado el don de conocer la oscuridad del goce. Que se pagara con la muerte era casi una nimiedad, un detalle menor frente a la inmensidad de semejante destino. También supo que éste tenía que ser su secreto. ¿Qué hubiera dicho la Beba si lo llegaba a saber? La hubiera matado. O no, a lo mejor su vieja, con la cara brillante de crema se hubiera unido a las huestes de las nenas

malas. Pero por las dudas, Laura sabía que no tenía que decir una palabra. Su viejo se hubiera muerto, seguro. A lo mejor ser una nena mala no era incompatible con la toma del Palacio de Invierno, ni con la defensa de Madrid, ni con *patria o muerte venceremos*. Por las dudas, se quedaría calladita, porque la larga sombra del dedo de Vladimir Ilich podría alcanzarla para convertirla en una paria y su viejo no sólo se hubiera muerto, sino que antes de morir la hubiera matado a ella, la hubiera cortado en pedacitos, triturándola, haciéndola polvo para expiar su vergüenza. Mi nena, si eras tan gauchita. Su viejo hubiera llorado hasta morir. Ni a sus amigas hubiera podido decirle nada, se hubieran horrorizado, la hubieran condenado al ostracismo y al silencio. Ya no tenía miedo cuando se levantaba a abrir la ventana que daba al jardín. Volvía a la cama, se subía el camión y cerraba los ojos para empezar a acariciarse. Lo que venía después era secreto, inconfesable. Putita mía, preciosa, la llamaban cada noche. Putita mía, tesoro, escuchaba Laura. Y cada noche respondía, la bombacha mojada con sus juguitos de púber.

En cuanto lo vio sentado en el bar de la facultad, Laura supo que era él. Había vuelto. Estaba charlando con un chico con el que Laura había coincidido de pasada en el teórico de Introducción a la Filosofía y al que no veía desde hacía un tiempo. Sintió que algo le hacía cosquillas y rogó que no se le notara debajo del solero, que se le habían parado un poco los pezones. Esperando que nadie se diera cuenta, se pasó una mano por las tetas para achatarlos un poco y se acercó como por casualidad, como si no le importara que el otro la reconociera y la saludara. Esteban está buscando a alguien para preparar Introducción a la filosofía, y yo la colgué porque me

tenía podrido. ¿Vos la estás preparando con alguien? Laura se sentó con ellos como si no hubiera nada más trascendente en su vida que el cogito cartesiano o la fenomenología de Husserl. Encendió un pucho y se pidió un café, tratando de ensayar una miradita que traspasara a ese flaquito, un poco petiso (poquita cosa, hubiera dicho la Beba, no es para vos, Laurita) que la miraba como gozándola de antemano desde el otro lado de la mesa, pero no le salió. Quedó varada en el dibujo anguloso de la cara, en las ojeras marcadas — igualito, igualito al de mis noches— en la intensidad de esos ojos. Miran desde la oscuridad, se dijo, dos cuencas luminosas que me están reconociendo. Como al principio, brillando en un rincón de la pieza, me miran y me llaman. Si hubiera podido hablarle. Pero no, estaba muda, escondiendo su parálisis detrás del cigarrillo y del café. Mirá todo lo que quieras. ¿Vos te creíste que me íbas a gozar? ¿Vos solito? Yo también te estoy gozando, despacito. Así que gózame tranquilo, porque no sabés la que te espera. Aquí me tenés, muerta de miedo y de deseo. Todo eso le hubiera dicho, pero en lugar de hablar siguió fumando. Se le había bajado un bretel del solero, revelando el hombro desnudo. Justo hoy se lo tenía que encontrar. Justo hoy tenía que volver, justo el día en que por primera vez se había animado a andar sin corpiño, de puro calor. Las tetas le pesaban un poco, traspiradas. Dejó el bretel caído y con mucha delicadeza las adelantó hasta casi apoyarlas sobre la mesa, exhibiéndolas para él. Mirálas, mírame, le estaba diciendo. La mirada de Esteban le resultó más fuerte que el calor y sintió que las tetas se le estaban derritiendo como si fueran de manteca o de chocolate. Listas para comerlas. Lo imaginó bajándole despacito el otro bretel y tirándole del solero hasta dejarla desnuda. Lo imaginó prendido a sus pezones, saboreándolos como si fueran mermelada, royéndolos, mordiéndolos hasta hacerlos sangrar. No mucho,

apenitas. Una sola gota de sangre gorda y espesa chorreando de cada uno. Manteca o chocolate. Se había quedado sin aire. Con un poco de vergüenza se tiró para atrás y como una nena buena prendió otro cigarrillo. Gozáme tranquilo, hubiera querido decirle. Gozáme, nomás, con esa miradita que conozco desde siempre. Corazón de dulce de leche, volviste.

Petiso y flaquito. Poquita cosa, a lo mejor tenés razón, vieja. Me chupa un huevo. Me importa tres carajos. ¿No ves que es para mi, mamá? Puedo olerlo como si fuera un animal, lo reconozco por el olfato, como una perra en celo, por las ganas de morderlo, de clavarle las uñas y los dientes en el pecho hasta que sangre. Y me la trago toda, mamá. Me relamo los labios, me limpio los hilitos que me bajan por la boca hasta el mentón. Llena de mi vampiro. Mi alimento. Qué sabrás vos, vieja frígida, ratita, pastora encremada. Volvió. Corazón de dulce de leche. Juguito mío. Se llama Esteban.

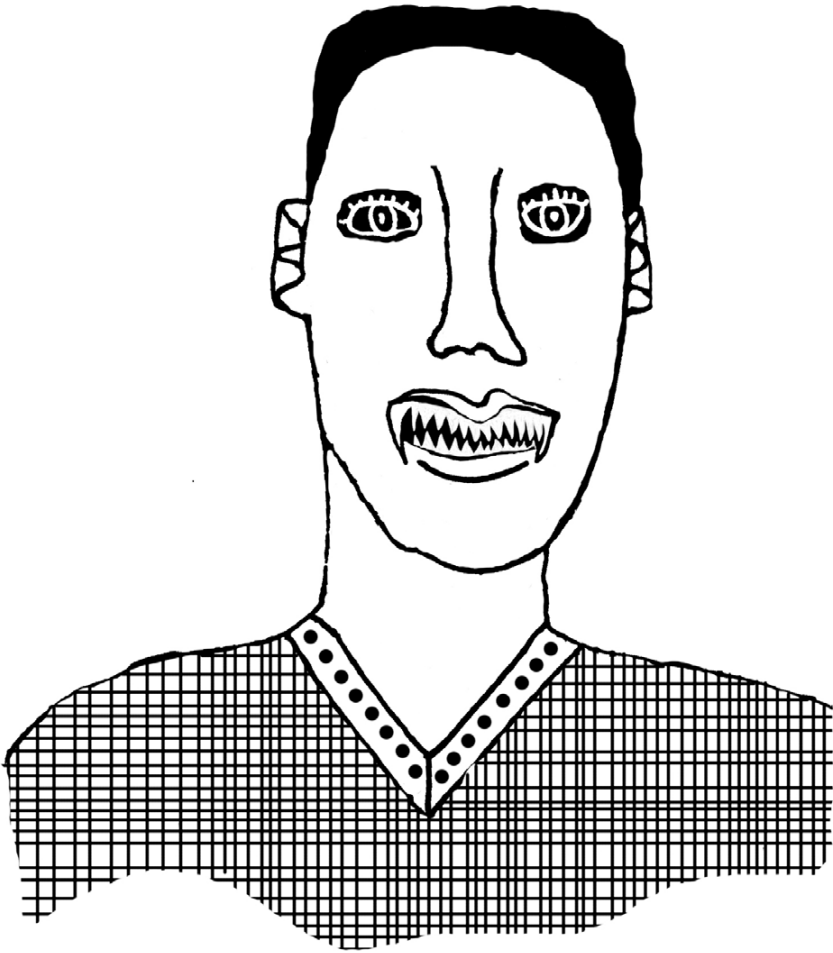
Hubo presocráticos, *doxa* y *episteme*, primer motor inmóvil. *Entia non sunt multiplicanda est*, la crítica de Platón a Aristóteles vía la *Introducción a la Filosofía* de Adolfo P. Carpio. Se lanzaron sobre ese libraco, única bibliografía de la materia, con la locura de quien busca el elixir de la vida eterna, la piedra filosofal, o las palabras que lo lleven a una cama donde coger hasta la aniquilación. Pero fueron despacio, midiéndose como animales salvajes, oliéndose, meando e invadiendo territorio, sin desbordar los rituales de la amabilidad. Estudiaban en la casa de Esteban, que vivía solo en un departamento roto de un ambiente a una cuadra del Abasto. La Beba aullaba como una loca cada vez que Laura salía, la cara encremada chorreándole por la rabia y la traspiración —si tu padre se enterara, Laura, como una puta vas, a la casa de un hombre solo, como una puta— pero a ella (putita preciosa, nena mala) no le importaban ni las rabietas ni las amenazas de la vieja. La

miraba y se iba, con el libro en la cartera, los apuntes, saltando de un colectivo a otro para bajarse y hacer la última cuadra, por Valentín Gómez, jadeando como una perrita en celo. Tardaba unos cuantos minutos en recomponerse, respiraba hondo y tocaba el timbre. Y allí estaba él, siempre midiéndola, siempre gozándola, ofreciéndole café y cigarrillos, recordándole el tema del día. Hoy te tomo yo a vos, Laura. Hilozoísmo, a ver. Presocráticos. La teoría que desarrolla Platón en el Banquete, lo Uno y lo Múltiple en Plotino. Y Laura daba su lección como una alumna aplicada, mirándolo extasiada y esperando. Cuándo llega. Cuándo llega. Pasaron por el cogito cartesiano y por la filosofía kantiana, las sillas cada vez más cerca, el aire más espeso, entrando de a poco en la etapa de las confidencias. Él, que acababa de leer a Bataille (quién es, dios mío, quién carajo es este, se preguntaba Laura en silencio) decía estar saliendo con una chica que ni siquiera le gustaba, que hasta le daba un poco de asco, pero reconocía estar fascinado por esa experiencia perversa, coger desde el horror al otro. Ella le contaba de ese tipo con el que había intentado ir a la cama un par de veces con escaso éxito. No se le paraba. ¿Sería ella? Esteban no contestaba y se reía. Tenés que leer a Bataille, Laurita. Yo te lo paso, yo te lo explico. Leamos Bataille en vez de estudiar a este viejo pelotudo. No ves que es al pedo, la historia de la filosofía pasada por los balbuceos idiotas del venerable carcamán Adolfo P. Carpio. Hay que aprobar, Esteban. Vení que te tomo yo a vos, pero antes un café, dale. Laura ya no esperaba que Esteban le ofreciera un café o un mate. Solita se paraba e iba a la cocina, se quedaba mirando la pava hasta que el agua hervía, sabiendo que estaba parado atrás de ella, disfrutando él también de esos gestos de intimidad y hablando sin parar de su amor por la filosofía y por Cortázar, quejándose de la banalidad absoluta a la que estaban condenados estudiando de

ese libro, mientras dibujaba con la punta del dedo en la espalda de Laura que se quedaba quietita, loca de calentura, esperando que el café estuviera listo.

Te parecés a la Maga. Sos la Maga, le dijo Esteban de pronto. Habían llegado a Hegel, y él había estado explicándole, muy serio —el dibujo de tu cara, la intensidad de tus ojos, es la llamada al fin, la mordida— cómo la Historia expresa la máxima realidad del Ser. Es decir, nena, y la miró como desnudándola, del Absoluto. Y vos vas por el mundo, olvidada de la dialéctica, asomándote a eso mismo que a este pobre alemán le llevó como mil páginas explicar. Vos no necesitás más que tu mirada. Como la Maga. Esteban se reclinó sobre la mesa y se le acercó como para besarla, pero en lugar de hundirle la lengua en la boca, la empezó a lamer despacio. Primero los ojos, las mejillas, la nariz. Cuando llegó a la boca se detuvo cerca de los labios. Las comisuras primero, y después sí, los labios. Hasta que Laura, sin aire, abrió la boca y Esteban empujó con la lengua, llenándola con su saliva. Gusto a mate y a cigarrillo, gusto a él. Mi juguito. Esteban.

La había desnudado. Al fin, al fin. Los breteles del solero, primero. Después, sin abrirle el cierre, lo empujó de un tirón hasta sacárselo. Se arrodilló y empezó a jugar con el elástico de la bombacha. Volviste, pensaba Laura. Dulce de leche, corazón. Las palabras de la infancia iban volviendo, y ella se levantaba respondiendo a la llamada. Como una sonámbula volvía a abrir la puerta y la ventana para que él pudiera entrar. Mi vampiro. Con los ojos cerrados, como cuando era chiquita y esperaba, lo imaginaba saliendo del rincón de su pieza, la capa negra ondeando y el ruidito de sus polainas frotando el piso mientras se acercaba. Esteban la tocó para ver si estaba mojada. Empapada, estoy. Le sacó la bombacha y casi sin tocarla, le apoyó la cabeza entre las piernas



y se quedó un rato ahí quieto, respirándole. Cuando Laura abrió los ojos, Esteban estaba desnudo, y ella ni siquiera se había dado cuenta de que él se había movido, concentrada en el aire espeso de eso que le quemaba ahí donde había estado su bombacha. La empujó de cara a la ventana y se le paró atrás. La abrazó y la obligó a mirar más allá del cristal, abajo, a la vereda con árboles, a la calle por donde pasaban los colectivos, a las viejas con las bolsas de las compras, a los pibes que salían de la escuela. Decíme qué ves, Maga, le preguntó lamiéndole el cuello. No veo nada, hubiera querido decirle. Veo lo mismo que ves vos. Gente, veredas rotas, una señora gorda arrastrando un changuito con verduras, el portero barriendo la vereda y charlando con otra gorda de rulos. Pasa un patrullero. Un Falcon lo sigue a toda velocidad y doblan en la esquina con un chirrido. Es lo mismo que ves vos. Y no soy la Maga. Soy Horacio, Horacio Olivera. La razón que se anuda sobre si misma. Siempre quise su saber. Soy todo el Club de la Serpiente, pero no soy la Maga, no quiero esa mirada ignorante, ese conocimiento azaroso del mundo. Ella va a la deriva, Esteban, naufragando entre las palabras y los objetos. No soy la Maga, dijo Laura bajito, con la boca pegada contra el cristal. Laura Maga, insistió Esteban, decíme que ves. La empujó todavía más contra la ventana. El marco se le clavó abajo de las tetas y no la dejaba respirar. Decíme que ves. Esteban le abrió las piernas y haciendo un huequito con las palmas y dejando la mano quieta, le metió un dedo. Después otro. Laura sintió como todo explotaba, los labios peluditos como los de un animal, el clítoris alerta. Me está llamando, pensó. Vení, me dice. Vení. Y yo voy, no me importa el nombre. Que me llame como quiera. Soy su nena mala, su putita, su novia oscura. Y por fin muerde, chupa, me disgrega y me dice quién soy. Mi vampiro, vampirito, lo que vos quieras, voy a ser. Soy la Maga, dijo. Decíme

que ves, Laura. Y Laura, casi sin aire, ahogada por el marco de la ventana que se le clavaba en la piel, lastimándola, miró otra vez la calle. Dijo lo primero que se le ocurrió, la primera estupidez que se le pasó por la cabeza, lo que hubiera dicho esa otra que ahora era ella. Pero no soy, se decía resistiendo cada vez menos, aunque ya no le importaba tanto, abandonándose al disfraz de su nueva identidad. Ya no veía árboles, ni vereda, ni mujeres grises arrastrando chicos o bolsas. El aire es dorado, dijo. Andábamos para encontrarnos, dijo. Sin buscarnos, pero andábamos. Esteban, contento, volvió a llamarla. La mordida. Laura separó un poco más las piernas, un hilito de flujo rosa le había bajado hasta la rodilla. Flujo y sangre. Animal menstruante, sin vergüenza. No dolió cuando él terminó de abrirla, la penetró y la hizo temblar hasta desangrarla.

Ya ni siquiera se vestían. Laura tocaba el timbre (te vas como una puta, Laura, a mí no me vengás a contar que estás estudiando, pendeja de mierda, ya le conté a tu padre, él sí te va a poner en vereda, a él si le vas a dar bola, puta de mierda) y mientras corría los dos pisos por la escalera siempre sucia, siempre oscura aunque fuera de día, se iba desvistiendo. Si no había nadie, en el primer rellano se arrancaba la bombacha y se iba abriendo la blusa o bajándose los breteles del vestido, desprendiéndose el corpiño que se iba subiendo más arriba del escote, las tetas sueltas. Golpeaba la puerta para que Esteban terminara de desnudarla y la empujara contra la pared. Sin llegar a la cama, el primer polvo era la embestida brutal de dos animales. Solita, sin que él se lo pidiera, Laura se agachaba —soy tu perra, sos lo que vos quieras

que sea— y le ofrecía una y otra vez su culo levantado. Después sí, transpirados, desnudos, recogían los apuntes, cerraban la ventana y las persianas y con el velador encendido (así cantan los hijos de la noche), preparaban el mate para llevar a la cama. Ríos de mate, porque en ese jarrito verde —recordaban juntos— Olivera buscaba el absoluto y ellos también. Maga, le decía Esteban, chupándola y metiéndole los dedos, mordiéndola hasta hacerla sangrar mientras Laura se quedaba quieta, paradita esperando que hirviera el agua, Maga contemplando el fuego. Vamos a la cama, Esteban. No habían querido cambiar las sábanas después de la primera vez que habían cogido y dormido la siesta. Laura se sentía cómoda en esa suciedad hecha de semen, de flujo y moco, de pelos y sudor y de migas de galletitas. Había manchas enormes, grises y verdes, en las que se mezclaban las cenizas de los cigarrillos con el agua verdosa del mate que se había derramado. A lo mejor la vieja tiene razón, pensaba, medio dormida, escuchando de lejos la voz de Esteban que le estaba leyendo algo sobre Kierkegaard. Veía la cara de su vieja que brillaba como una bola incandescente, los labios contorsionados en una mueca que era a la vez atroz y ridícula. Soy una pendeja. De mierda. Y puta, la más puta de todas porque me gusta estar aquí, babeándome y retorciéndome como una alimaña en esta cama mugrienta cada vez que este tipo me coge hasta matarme, ensuciándome un poquito más. Siempre un poquito más. Si la vieja me viera, como una larva, gozando en este agujero, tan diferente a sus sabanas frías y almidonadas, a su inmunda colcha verde agua con pajaritos. Ahí no cogió nadie. Nunca. Soy una cerda —sólo pensarlo la calentaba y se apretaba más contra el cuerpo de Esteban—, una cerda y la vieja me mataría, me arrancaría una a una las tetas de chancha mientras aúllo y me abriría la panza rosa con un cuchillo. Destripada, quedaría. Y no me importaría. A

veces Laura terminaba contándole estas cosas, entonces Esteban, riéndose, la ponía de costado, y leyéndole Carpio se la cogía. Husserl y acababa. Heidegger y volvían a acabar.

Otras veces se quedaban quietos, sentados como indios, y acariciándose iban leyendo *Rayuela*. La gramática del amor y su retórica. Al principio Laura había intentado poner en práctica la lengua cristalizada de los boleros y de *Susy*. Nunca quise así, Esteban. No voy a dejarte nunca. No me dejes, júrame que me querés. ¿Me querés Esteban? ¿De dónde sacaste esas pelotudeces, Laurita? ¿En qué idioma estás hablando? Vos podés más que esto, que estas palabras que no significan nada. El amor es otra cosa, es rayo, goce, es absoluto, Laura. Mirá *Rayuela*. Laura miraba y aprendía. Es Bataille, le decía Esteban. En *Rayuela* está Bataille, le dijo una tarde. El placer y la muerte, Maga. Esa es la lengua del amor, y yo te amo así, nunca de la manera en que aman los tontos, los que tienen miedo, los que van con los ojos opacos por la vida. *Kaloi agathoi* Esos somos nosotros, bellos y buenos. Bellos y buenos en tu flujo mojándome la boca, en ese chorro de semen que se te secó entre las tetas. Sucios de todo esto, de carne y de pelos, de pedos, de mierda. Se levantó y fue hasta la biblioteca. Volvió con un libro en francés. Laura le miró el perfil primero, después la espalda, las nalgas abiertas mientras buscaba el libro. Hubiera querido pegar un salto y abrazarlo por atrás y después pasarle la lengua por el cuello, bajar lamiendo y ahogándose con su saliva hasta hundírsela en ese agujero oscuro. Hubiera querido, ella, abrir despacio las nalgas y oler las paredes de esa cueva. No se atrevió. Todavía no. Se moriría de vergüenza. Tenía miedo de que ese deseo se transformara en asco, y se quedó sentada, esperando que él volviera. Escuchá, Laurita, porque es así, exactamente así como yo te amo y como quiero ser amado. *Poèmes*, decía la tapa del libro. Georges Bataille. *Eres el*

horror de la noche te amo como se agoniza eres frágil como la muerte. Esteban iba traduciendo, pero le quedaba un eco extranjero en la voz. Así la había llamado su vampiro, a esa voz había acudido ella en las noches de la infancia. A esa voz había vuelto. *Te amo como se delira sabes que mi cabeza muere eres la inmensidad del temor eres bella como matar.* Laura había empezado a llorar. Sin ruido, sin un solo gesto que la sacara de la inmovilidad a la que esa voz la condenaba. Sabía que estaba llorando porque algo le humedecía las mejillas y no podía respirar. *El corazón desmesurado me asfixio tu vientre desnudo como la noche mi locura y mi miedo tienen grandes ojos muertos.* Laura se había apoyado en la pared, temblando. La voz de Esteban venía de las sombras y Laura hubiera querido ir hacia él, descansar en esa voz. Su demiurgo. De él eran las palabras que iban haciéndola, matándola y volviéndola a hacer. Esteban se detuvo, un momento nada más, para mirarla y extender una mano en un gesto de caricia. No la tocó. Mi demiurgo, mi hacedor. *Véndame los ojos amo la noche mi corazón es negro.* Tu corazón, mi vampiro que viniste de la oscuridad y ahí seguís habitando. *Empújame hacia la noche todo es falso sufro el mundo siente la muerte eres sombría como un cielo negro.* Esteban sabía lo que nadie había adivinado. Así había sido ella, desde esas noches de la infancia, en las que ignorante de si misma había empezado a construir el deseo de ser la novia oscura. Sombría como un cielo negro. Lloraron los dos mientras se deshacían con ternura y con violencia, lastimándose y besándose hasta curarse las heridas. Eso debía ser el absoluto, se le cruzó a Laura antes de morirse. No iba a durar. Demasiada fragilidad. Demasiada eternidad. Se durmieron agotados de llorar y de triturarse. Cuando se despertaron, como en un trance y sin pensar lo que decía, Laura le contó su sueño. Su príncipe, la espada y la sangre. Los muertos en la batalla, el olor a mierda, el río y los cadáveres a la deriva como flores podridas.

Ella, Laura, habló como no había hablado nunca. Recién nacida de su semen y de su lengua, sombría como un cielo negro, hija de la noche oscura.

No fue un sueño, lo tuyo no fue un sueño. Yo los vi, Laura. Cuando hacía la colimba. Los vi, llegaban a la playa y el agua los iba empujando. Hacía la guardia al lado del río y la corriente los arrastraba, a veces iban dando tumbos y saltando como camalotes, otras veces parecían animales dormidos. Ella se había tapado la cabeza con la almohada. Fue un sueño, Esteban. No puede ser verdad. Si fue un sueño con mi príncipe y yo estaba bella y roja, abierta y mutilada como una res, así como a veces me hacés vos. Había olor, muertos había, y barro y sangre. Y moco, pero fue un sueño. Escucháme, escucháme vos a mi, ahora, Laura. Hace más de un año que los sueño. Lamían la playa y se quedaban mirando el cielo con los ojos abiertos. Yo me acercaba sin salirme mucho de mi puesto, para verles la cara. Los ojos no estaban abiertos, Laura, estaban arrancados, había cuencas vacías donde si te acercabas bien podías ver a alguien atado a una mesa, gritando de dolor, la picana entre las piernas, en la boca. Podías ver a esa mujer que estaba a tus pies, muerta, con el vientre cortado, el cráneo agujereado, colgada de un gancho, abierta en dos. ¿Entendés Laura que en esos ojos guardaban la historia? Apenas me acercaba, sin que el cabo se diera cuenta, para mirarles los ojos, para leerles el último destello. Y era dolor, Laura. Eran carne triturada. Pobrecitos. Me asomaba a los relatos que contaban esos ojos y me dolía a mi tanto dolor, tanta esperanza mutilada, Laurita. Entonces me daba vuelta y vomitaba, tratando de que no se dieran cuenta. Soldado de esta puta patria, era yo. Y no los soñé, y vos tampoco los soñaste. Otras veces ni hacía falta arriesgarse a moverse del puesto porque llegaban a tus pies, barridos por las olitas que hace el río cuando no hay correntada.

Se iban acercando hinchados, redondos de podredumbre, y se quedaban cerquita, como si estuvieran dormidos. Algunos llegaban a acariciarte los tobillos, los nudillos pelados, la carne de las palmas mordidas por los peces. Tenían las caras azules, las bocas negras, y sin embargo eran bellos a pesar del horror, parecían dormidos, como si alguien les hubiera dado una pastilla, o les hubiera cantado una canción siniestra para hacerlos dormir. Esas eran tus magnolias, las que vos veías flotar sobre el río. Eran tus flores azules, la podredumbre que estaba allí en tu sueño. Laura se había levantado corriendo. Se había agachado para vomitar y se había quedado sentada, muy quieta, con la cabeza apoyada en el inodoro. Lloraba. Esteban se sentó en el bidet y le acarició la cabeza durante un rato largo, hablándole bajito al oído. No lo soñaste, mi amor. Vení que te lavo la cara, vení que te paso la esponja por la espalda, vení, lávate y volvé a la cama. Tenés vómito en el pelo. Vení, Laurita, ni vos ni yo lo soñamos. Aquí nadie sueña nada, todo es cierto. En esta mierda de país el que no lo soñó lo vio, Laura, pero todos se hacen los boludos. Prefieren ir como ciegos, comiendo su propia carroña, alimentándose de su vómito, como los perros. No es miedo, Laura, es peor que el miedo. Es vileza. Hace rato que la ciudad es un río donde flotan tus muertitos. Los vi. Los acaricié para que no estuvieran ni tan solos ni tan despedazados, para seguirles alimentando la esperanza. Vomitaba y los acariciaba. Ellos se agarraban de mis tobillos, así de muertos, para no desaparecer del todo. Pero a mi me obligaron, Laura. Yo era un puto pendejo colimba en esta puta patria. Soldado, me dijeron, y un cabo me puso un chumbo para obligarme a cavar. Uno encima del otro, los tiraron, y después hubo que taparlos. Yo les acomodaba la tierrita para que no tuvieran frío, para que supieran que alguien les cuidaba los sueños. Desde ese momento sé que todo hiede por aquí. Es

el olor de ellos y de todos, de la gorda con chancletas, del tipo que lee el diario en el bar y no quiere saber. No quiere oler. Y no me explico del todo cómo sobreviven, porque el hedor no deja respirar en esta ciudad. Todo huele a sangre y a excremento, Laura, igualito que en tu sueño que no fue un sueño. Todo menos vos. Por eso *te amo como se delira*. Maga, dadora de infinito. Esteban la había metido en la ducha y se habían quedado abrazados dejando que el agua los limpiara. No llorés, tonta. No vamos a abrir la ventana nunca más. Vos te vas a quedar conmigo. Vas a mandar todo a la mierda y te vas a quedar conmigo. La envolvió en un toallón y la fue secando con suavidad hasta que Laura dejó de llorar y se anudó a él, clavándole las piernas en las costillas, abierta, ofreciéndose para que la penetrara. Esteban, le dijo en voz muy baja. Él la miró a los ojos, jugando a la lechuza hasta que la hizo reír y olvidarse. Mi prisionera, dijo él. Albertina. Enjaulada aquí, conmigo, engrillada a mí. Albertina.

Esa noche llegó tardísimo a su casa. Desde la esquina pudo ver que su vieja la estaba esperando en la puerta. La cara encremada brillaba más que la luz de la calle. Ahí estaba la vieja, parada en el umbral sin importarle que los vecinos la vieran en camión y pantuflas. Laura no tuvo tiempo de hablar ni de defenderse. Ahí nomás la Beba la agarró de los pelos y la arrastró hasta el farol de la vereda. Como loca, con cara de alucinada, la empezó a cagar a golpes, retorciéndole el pelo, arañándola, sopapeándola hasta que vio que a su hijita querida, a su nena —pendeja de mierda, puta, venís de coger con ese, miráte la cara— se le había partido

el labio. La Beba la miró fijo. La cara por donde corría un hilito de sangre, el cuello, los brazos. Laura, sin llorar, sin hablar, y con los ojos muy abiertos, vio que Dorita la de enfrente había prendido la luz del comedor y que estaba mirándolas, escondida atrás de la cortina. ¿Qué hacés, Beba, no ves que la estás matando a la Laurita? Largála, Beba, no le pegués así a la nena, te volviste loca. Loca se había vuelto la Beba, loca de ver a esa putita de su hija irse a coger por ahí y ella esperando a la señorita, que ya de señorita la muy puta no tenía nada. Doña Nelly se había asomado a la puerta y manoteaba para separarlas. Largála, Beba, la estás deshaciendo a la chica, mirá que lo llamo al Antonio. Su vieja paró con los golpes, le soltó una puteada a la Nelly y la metió adentro, todavía agarrándola de los pelos. Una mierda, eso es lo que sos, Laura. Una mierda como tu viejo. Había aflojado el tirón, y la vieja se había puesto a gritar cada vez más fuerte y a golpear la pared. Se le había abierto el camisón y Laura pudo ver las tetas caídas de su madre. Eran dos pellejos enormes que se escapaban por el escote de nylon. Vieja de mierda, le dijo. Esta vez no se calló la boca. Vieja frígida de mierda. Laura se le acercó por atrás y la agarró de los pelos. ¿Te gusta así? ¿Qué te pasa, rata de mierda, tanto bolero cantaste que nunca te cogieron como se debe? Su vieja se dio vuelta y le dio otro sopapo. ¿Esa mierda te meten en la cabeza en la facultad, eso es lo que aprendés con ese roñoso hijo de puta? Sabés qué, vieja. Me voy. Y sí, soy una puta (no estoy gritando, pensaba Laura, no grito, le hablo bajito y claro para que me escuche bien). ¿Me escuchaste? Pu-ta. Pu-ta. ¿Querés llamarlo a papá? Llamálo. ¿Querés morirte? Moríte. Yo me voy. Yo te parí, Laura, y si te parí yo te mato. Su vieja seguía gritando pero ella ya no la escuchaba. Agarró *Rayuela* y buscó su caja de los secretos en el placard. Ni muerta te dejo esto. Quedáte con lo demás. Ahora sí podés revisar todo lo que quieras.

Ponéte mis bombachas, si querés. Salió a la calle y le hizo chau con la mano a doña Nelly. Se escuchaban los gritos de su vieja que estaba revoleando su ropa y sus libros por la ventana. Mañana vas a tener que juntarlos y metértelos en el orto, vieja. Y yo voy a tener que llamar al viejo para contarle y pedirle guita porque me quedé en bolas.

Don Antonio no dijo demasiado, pero pareció apreciar el gesto de rebeldía de su pibita gauchita. Te parecés a tu nona, le dijo. Laura sospechaba que esa complicidad escondía las ganas de su viejo de terminar de reventar a la Beba, de triturarla hasta hacerla polvo para cobrarse vaya uno a saber qué cosas, pero no preguntó demasiado. No le recordó lo de los libros ni quiso escucharlo cuando el viejo empezó con la cantinela del partido y de la revolución. Esta vez no peleó. Le dio un beso y agarró la guita. No, no te voy a decir dónde estoy, viejo. Sí, estoy bien. Yo te llamo. Ni mierda iba a llamarlo, ahora podían desaparecer los dos de su vida, se los había arrancado como si fueran garrapatas. Al fuego los había tirado, que ardieran ahí, como había ardido todo en esa ciudad hedionda. Ella era Maga, era Albertina. Esteban la había hecho Maga, le había permitido asomarse al absoluto, que para ella siempre tuvo la forma de esa reproducción de Mondrian en la que se había perdido una vez, como miles de años atrás. Gracias a él ahora entendía. Iba sabiendo lo que tenía que saber. Él había hecho estallar el tiempo para ella, la había marcado como una yegua, había colonizado cada pedazo de su carne, había hundido su espada de príncipe hasta lastimarla y hacerla sangrar, hasta redimirla

con su voz y su semen. Laura se había arrojado gozosa en su nueva identidad, el cuerpo desmembrado, aniquilado y rehecho cada vez que él la hacía su novia oscura. Había tomado de su pis —a ver, Laurita, abrí las piernas, primero me lleno la mano y después me trago esto caliente—, la había obligado a arrodillarse para oler sus excrementos y él había hundido el dedo en ese chocolate espeso que ella había expulsado de su cuerpo, su deshecho, y lo había lamido sin asco. Albertina, le decía. Mi posesión, mi cosa, abrí las piernitas, le decía cada mes, después de que el flujo rosa y los dolores de ovarios le dijeran que sí, que ahora sí era el momento de la ceremonia en que él bebía de su sangre hasta que no había más dolor.

Con la guita que sobró de lo que su padre le había dado y un poco que aportaron los viejos de Esteban, dejaron Valentín Gómez y alquilaron un departamento en Belgrano. Interno tiene que ser, Laura. Sin ventanas a la calle, con la luz justa, un balconcito que de a una pared blanca donde sólo nos reflejemos vos y yo. Aquí no hiede, aquí la ciudad se desdibuja. Los que están afuera viven en la carroña, Laura (solamente si estoy con vos dejo de soñarlos, solamente abrazado a tu culo y a tus tetas ellos me sueltan las piernas y esconden sus ojos muertos, sus historias. Ellos saben que me obligaron y que les acomodé la tierrita como si fuera una frazada para protegerles los sueños. Un chumbo en la cabeza me puso el cabo ese, Laura), saben y no quieren saber. Son ciegos, seres mezquinos enamorados de sus bajezas cotidianas. *Kaloi agathoi*, Laurita, por eso no quiero ventanas que den a la calle, que todo se quede afuera. Encontraron un cuarto piso bien oscuro y mudaron lo único que tenían, la cama, un par de sillas, una mesa, y los libros de Esteban. Laura, que hasta ese momento había creído que jamás iba a poder vivir sin tener sus libros cerca, se asombró

de sentirse feliz, casi aliviada, por habérselos dejado a la Beba, y por no saber si su vieja al final se los había metido en el orto, como ella había deseado después de verlos desparramados por la vereda, o si los había guardado o si había quemado estos también. Ese despojo voluntario la hacía sentirse pura, limpia de cualquier marca que la pudiera regresar a la identidad de donde Esteban la había arrancado. Mientras estaba con él dejaba de ser la nena de sus sueños, la que se sentaba en un umbral esperando que papá viniera a rescatarla y le cantara hico caballito vamos a Moscú —porque ni belén ni dios existen, Laurita—, y la noche en que se había encerrado en su pieza, en que se había hecho pis y caca y había deseado morirse también había dejado de existir. No había sucedido nunca. La ausencia de sus libros confirmaba que era cierto, que ella era la Maga, que era Albertina, que podía ser todo lo que él quisiera que fuera. Las veces que Esteban había preguntado, Laura había buscado y buscado dentro de ella una versión del pasado que ocultara las marcas de su novela familiar, las inscripciones que revelaran lo que ella había sido antes de él. A veces, mientras hablaba e iba construyendo pequeñas ficciones fragmentarias de lo que había sido su vida, se le cruzaba, como un destello, la cocina amarilla, el perfil de su viejo mientras leían, una mano manchada de grasa (lavás y no sale, Lauretta, nunca termina de salir) agarrando la copita de ginebra. ¿Cómo contarle de esa tarde de marzo, de la luz que se iba yendo, del olor acre de ese humo en el que se habían disuelto los restos del que alguna vez fue su universo? ¿Qué podía ser dicho de esa tarde, de su viejo y ella parados frente al fuego —por última vez, juntos y cómplices— consumando la destrucción de todo lo que los había unido desde antes, mucho antes de que ella naciera? Jamás supo de los vientos del pueblo, ni de su abuela erguida, cantando bajito para resistir a los fascistas de ese pueblo

miserable. Esteban nunca supo nada. Sus libros eran tan diferentes a los de ella. No había folletines de Dolly, ni colección Robin Hood, ni los siete tomos que se comió el fuego. Tenía los rusos, claro, y algunos más que eran la educación literaria ineludible de gente como ellos, que después iban a estudiar latín y griego y filosofía con el libro de Carpio. Pero los libros de Esteban eran otros, desconocidos para ella, a años luz del dedo iluminado del patriarca de la revolución. Por lo poco que Laura había querido saber de él, sorda y desmemoriada para todo lo que no fuera el goce compartido— Esteban parecía haberse educado en el lado adecuado del mundo. Todos sus libros en francés —*te amo como se agoniza*, había traducido para ella— estaban allí para probarlo. Para ellos no había habido tarde de marzo ni hoguera. No había habido un futuro de carcoma, de humedad. Esos libros no hubieran ido nunca a parar al fuego ni a la bolsa. Ordenando esos libros que no eran de ella, Laura decidió que Esteban nunca tendría mejor alumna que su Maga. Puta, le había gritado su vieja. Ella lo había aceptado. Era una puta, y él su vampiro. Mordía, chupaba, penetraba (mi posesión, Albertina, mi cosa, abrí las piernas, Maga, abrí las piernas). Con esa misma convicción se arrojó sobre sus libros — nena mala— abierta a sus mordidas, a las heridas que iban a dejar su marca para toda la vida. Feliz, Laura se inició en el aprendizaje. Bella y roja como una res, vejada, mutilada y vuelta a nacer. Iba a ser también su puta literaria, iba a permitir que Esteban fuera su entregador, el cashio —mi fiolo, le decía mientras se la chupaba— que la ofreciera por nada a las embestidas de esos otros. Hicieron una cueva de ese departamento oscuro y silencioso. Hicieron un burdel donde Esteban día a día la exhibía desnuda, engrillada. Se la cogía él primero —putita, le decía— para después entregarla gozosa a las palabras ajenas. Celine, se la cogió primero. Después

Camus. Hasta Sartre se la cogió, petiso y con cara de sapo la hizo acabar leyendo *Los caminos de la Libertad*. Ivich, le decía, mi chiquita. Laura gozaba con todos, la mirada de Esteban la empujaba de abrazo en abrazo, de polvo en polvo, de palabra en palabra, y ella pedía más, siempre más, ávida de letra y de saber. Cuando Laura estaba por terminar el *Cuarteto*, de Durrell, Esteban le propuso una orgía. Había estado mirándola leer durante días y el abandono de Laura en la lectura, la manera en que con un lápiz rojo subrayaba páginas enteras de Justine —sin saber que en ese acto se estaba conociendo a si misma, más de lo que ella podía llegar a suponer— o el gesto que hacía cuando se secaba las lágrimas, lo habían ido calentando de tal modo que supo que no bastaría con entregarla y quedarse mirando. Mientras ella leía, se había masturbado hasta el agotamiento, los dos tirados en la cama. Nada era más bello ni más doloroso que Laura leyendo los libros que él le daba. El fanatismo de aprendiz, su capacidad de entrega —mi puta hermosa y obediente, pensaba mientras se iba acariciando despacio, al ritmo de su mirada— a la vez que confirmaban su posesión sobre ella, iban a terminar por abrir una grieta entre ellos. *Eres frágil como lo muerte*, le repetía en silencio. Esteban intuía que la aparente solidez del poder que él ejercía sobre Laura —mi demiurgo, le gustaba decir a ella mientras lo acariciaba con la lengua, mi demiurgo, hacedor mío— cuando la prostituía con sus libros, regalándole las palabras con las que ella iba a nombrar el universo, no era más que la marca de la fragilidad y de la muerte. No iba a durar. Lo angustiaba la conciencia aguda de esa pérdida, y en ese momento hubiera querido matarla, deshacerla sin ninguna piedad, sin mirarla a los ojos. Pulverizarla a fuerza de cogerla y de entregársela a otros. Hubiera querido llorar, y ahogarla con sus lágrimas, no dejarla respirar, tenerla muerta y fría entre los brazos. Con cada libro la iba

sometiendo, pero también, y sin que ella se diera cuenta —al menos todavía no, todavía no, Maga, amor mío— la iba expulsando de su lado. Todos esos libros que él amaba y que le permitían poseerla iban a terminar dándole a ella la conciencia de si misma, la posibilidad de buscar y encontrar una palabra que le fuera propia. Entonces sí —le hubiera dicho pero no se lo dijo, no se lo iba a decir nunca— esto que nos une va a dejar de existir y yo voy a tener que estar sin vos. Esteban la volvió a mirar con una ternura infinita, con los ojos con los que nunca la miraba. Volví, le dijo Laura, desperezándose y tirando el libro. Había terminado *Clea* y se quedó callada, abrazada a él. Hagamos una orgía, Laurita. Hoy te toca con ellas. Soy tu fiolo y quiero verte a vos con ellas. Son minas, Esteban. Y eso no me gusta. Me da miedo y asco. Por favor, le pidió Esteban, poniéndola de costado y metiéndole la mano entre las piernas. Cafishio, le dijo Laura, Rufián Melancólico y pajero. Los dos sabían que ella no iba a resistirse, y no se resistió. Se acercó primero a Justine, oscura en su piel y en su aroma de incienso y de mirra. Ella es la inabordable, Esteban, la que se elude a si misma y a los otros, inasible y terrenal a la vez. (¿Por eso es histérica, Esteban, por eso está loca? ¿Toda mujer que escapa a la comprensión de los hombres es hija de la locura?) Es la que teoriza sobre el amor y sobre la angustia, la que ficcionaliza el dolor y la herida que la parte al medio para esconderlos con palabras. (¿Yo soy como Justine, Esteban?). Nunca había estado tan cerca del cuerpo de una mujer, nunca había tocado otro cuerpo de mujer que no fuera el suyo. Con los ojos cerrados, con la luz apagada. O se había tocado para Esteban, porque él se lo había pedido (había dicho, vení. Y ella había ido). Pero tan cerca nunca. Le pasó la punta de los dedos por el contorno de las tetas, y puso la boca en su pezón. Justine gimió y se retorció un poco, como un gusanito, y después se quedó quieta. Fría y

quieta, como una estatua. Laura apoyó la palma en una axila. Qué tibieza. Ya no estaba asustada, pero tenía ganas de llorar. Lo miró a Esteban, con los ojos llenos de lágrimas. Seguí, Laura. Abríle las piernas y decíme que ves. Labios gruesos, casi negros. Y pelos. Un corazón rosado. Oléla, Laura. Ni miedo ni asco, tenía ahora, sino un impulso ciego por el conocimiento de esos cuerpos de mujer. Quería saber. La carne estaba húmeda y ella hundió su dedo. Cuando lo sacó, se lo puso en la nariz, en la boca. Después sí, muy despacio, apoyó la lengua en esos labios y lamió. Chupó y mordió mientras la olía. Es olor de mujer, Esteban. Por primera vez tocaba y olía a una mujer, sentía su sabor salado en la hendidura, y con un gustito a pis ahí donde su lengua se enredaba con el pelo. Otras veces ella había sentido ese olor, se había empapado con esa humedad, pero habían sido siempre sus manos —o las manos, o la boca de un hombre— las intermediarias del placer. Esta vez no. Ahora sabía lo que un hombre sabía. Era su olor, el olor de ella, de Laura. Ahora llegaba donde Esteban había llegado tantas veces. Soy yo, pensó, es mi cuerpo, es mi olor, mis orines, mi flujo. Esta soy yo, Laura. Quiero a Clea, Esteban. Y Clea se le ofreció blanca, luminosa, con aroma a lavanda y a arena. Hija del mar, el cuerpo liso y ondulado como la playa. Laura volvió a reconocerse en el cuerpo de esa otra. (¿Clea también soy yo? ¿Cómo es una mujer que hace de la razón y la pureza un ejercicio? Una mujer generosa como el agua y como un sol calentito ¿Cómo y cuánto se ama a una mujer así, Esteban?) Acarició, chupó, hundió la nariz en su cuello, en su ano, lamió cada rincón de esa carne hasta agotarse, borracha de si misma, celebrando haberse conocido. Por fin. Se había olvidado de Esteban, como si por un instante él hubiera dejado de existir, su presencia suspendida en el placer que ella se estaba regalando. Cuando se acordó, y dejó de mirarse sus propias tetas,

sus manos, sus piernas abiertas, cuando dejó de pensarse a través de esos cuerpos, vio que él miraba la con los ojos muy abiertos y brillantes, como si no la conociera, o como si la hubiera encontrado recién ahora. Tuvo ganas de llorar. Eran ella. Esas mujeres eran ella. Laura se levantó. Tenía ganas de hacer pis, quería darse una ducha. Pero antes fue hasta la biblioteca y lo buscó. Lo había estado buscando un par de días antes, pero no había podido encontrarlo y no se animó a preguntarle a Esteban si lo había visto, le había parecido que él no tenía muchas ganas de que ella empezara con eso. Estaba escondido entre *El extranjero*, de Camus y *L'Ingenue Libertine*, de Colette. Sacó *El Segundo Sexo*. Simone, Castorcito. Hace rato que te tengo ganas. A la mierda con la ducha, me baño mañana. Había disfrutado tanto, había aprendido tanto esa noche, que no quería esperar a que Esteban le pasara otro libro. Esta vez no quería que eligiera él. Iba a leer un rato antes de dormirse. Simone, Castorcito. Me tuve que coger al petiso con cara de sapo porque Esteban me lo pidió. Ahora soy yo, Laura, la que tiene ganas de cogerte a vos.

.

Nunca supo cómo su vieja se había enterado dónde estaba viviendo. Pero no fue la Beba, sino don Rafael y la Nelly los que tocaron el timbre de abajo y preguntaron por ella. Qué yunta, pensó Laura cuando bajaba a abrir. Seguro que su vieja los mandaba para rogarle que volviera, para que la convencieran de ser una nena buena y de volver al barrio, a mamita y a sus putas cremas y sus pastorcitas de yeso. Y si venía don Rafael era porque su viejo también quería que volviera, o porque había decidido cortarle los

viveres para que retomara la buena senda de la revolución, por lo menos con el pensamiento, porque él ya le había dicho que desde hacía un tiempo la notaba rara, como si se hubiera olvidado quién era y de dónde venía. ¿Qué mejor que mandar a don Rafa, entonces? A ver si ella se iba animar a mandarlo a la mierda, debería haber pensado su viejo. Si don Rafa había sido la locura de Laura, con sus historias de la Guerra Civil y su *punte de los Franceses nadie te pasa nadie te pasa*, ¿cómo su nena gauchita, pibita linda, no lo iba a escuchar? No. Ella no iba a escuchar a nadie. No iba a volver, tampoco. ¿Adónde mierda iba a volver? ¿A cagarse encima de miedo y de tristeza, aguantando a su vieja y cargando las dos con el abandono de su padre? Todo eso era otra vida que había quedado afuera. Afuera. Ella vivía en su cueva de carne y de libros, donde viven los hermosos y los buenos. Y eran Esteban y ella, como dos animales delirantes, en celo permanente, los que habían inventado una lengua cuyos signos eran los que cubrían el universo ahora. Mordía y chupeteaba esa lengua, carnecita de su placer y decidora del único idioma que a ella le importaba hablar. ¿Qué mierda hace esta yunta del pasado en la puerta de mi cueva? Cuando abrió, Laura se quedó callada. No necesitó demasiado para darse cuenta. La Nelly lloraba. Nena, le dijo. Don Rafa, que la había tenido en brazos cuando era bebé y que la había sentado en sus rodillas para contarle una y mil veces la caída de Madrid (*niños del mundo está la madre España con su vientre a cuestas si la madre España cae digo es un decir salid niños del mundo id a buscarla me cago en dios, me cago en dios, todo me lo acuerdo, aunque quise olvidármelo, no me olvidé de nada*) fue el que se lo dijo mientras la Nelly seguía llorando. Tu viejo. Laura sintió que algo le partía los pies, que un dolor muy fuerte, un golpe con un martillo o con un hacha la hacía aullar, la apartaba de la tierra y la doblegaba, la dejaba tirada y rota contra

el piso. Se sorprendió porque no se había roto en pedazos, porque seguía parada ahí, muda, apenas respirando. Escuchaba el llanto de la Nelly y el nena, nena que repetía como una letanía como si vinieran desde muy lejos. De lejos también, de otro mundo, le llegaba la voz de don Rafael que decía algo de un ataque y un jardín y de la casa de la nona. Laura seguía de pie, como un árbol talado, un árbol enorme que se había resistido a caer y que había quedado con las raíces obscenamente al aire . Vení con nosotros, nena. La llamaban, ahora eran ellos los hijos de la oscuridad que la llamaban para llevarla a un lugar negro y helado. Le avisó a Esteban, se cambió de ropa y volvió a bajar. La estaban llamando. Vení, le decían los emisarios de la muerte. Y ella fue, como siempre había ido.

No recordaba demasiado de ese día y del siguiente. El cajón había estado siempre cerrado. Laura, parada al costado, estaba segura de que le habían mentido. Ahí no había nada, estaba vacío. Si salía a la calle iba a ver a su viejo esperándola en la esquina, con la chomba azul y los ojos tristes, como siempre. Un poco encorvado, esperando que su nena se le acercara para darle un beso (y ella no se había acercado, había salido corriendo muerta de ganas de llorar, de vergüenza y de vómito espeso que le subía a la garganta). Estaban los vecinos, la Nelly asistiendo a Beba que lloraba sentadita en un sillón, abanicándola, dándole sorbitos de algo que no era agua, parecía ginebra o grappa, porque tenía un olor fuerte que a Laura le daba arcadas. Escuchó la voz de su vieja que decía una vida, Nelly, una vida, y no quiso escuchar más. Seguía parada al lado del cajón vacío (porque estaba vacío, ella lo sabía, pero nadie se lo iba a dejar abrir). Iba a irse corriendo a buscar a su viejo en la esquina, pero no podía moverse. No lloraba, tampoco. Los compañeros de su viejo la rodeaban, la abrazaban, le acariciaban la cabeza como

pidiéndole que hablara, que gritara. Claro que hubiera gritado. Les hubiera rogado que abrieran esa cajita vacía, que ya iban a ver que ahí no había nada. Mi viejo me está esperando, les hubiera dicho, me tengo que ir porque mi viejo me espera. Don Rafa, no sabe si papá está en el club jugando al truco, hubiera preguntado. Don Rafa y el resto de los compañeros, que la habían visto nacer, que le habían acariciado la cabeza mientras discutían la línea del partido, el último informe del comité central, y habían dicho gaucha tu piba, Tano, se habrían horrorizado. Pobrecita. Habrían buscado un vaso de agua, un calmante, algo para que la pobre dejara de llamar a su papá que todos sabían que estaba muerto bien muerto en ese cajón. Ella hubiera querido zafar de ellos y de sus ganas de protegerla (linda la piba, buenita te salió, Tano) irse con Esteban, pedirle que la acompañara a buscar a su viejo, que no podía llegar tarde porque él la estaba esperando y esta vez sí, esta vez todo lo que él quisiera, ella se iba a quedar. Dejáte de joder, viejo, iba a decirle. Lo iba a abrazar y se iban a sentar en un bar para hablar. Ella iba a escuchar —esta vez sí— todo lo que su viejo quisiera decirle, porque ella no iba a gritar como una loca, no se iba a quedar callada, cagada en las patas. Ella esta vez iba a preguntar sin miedo y no le iba a importar si él le contaba cosas horribles que no quería saber. Esta vez iba a leer letra por letra la prensa del partido que tantas veces él le había llevado para dársela dobladita, envuelta en un papel, y que ella había tirado después de romperla a pedacitos, la había tirado con rabia, con bronca, y ahora estaba tan arrepentida, iba a leer todo y se iba a quedar charlando con él como si todavía le importara. Haría cualquier cosa por él, hasta abriría su caja para buscar la carta que él le había escrito, la abriría sin pensar que ahí estaba la muerte (porque la muerte estaba aquí, aquí en esa cajita vacía y ella no lo había sabido) y la leerían juntos, abrazados como

nunca, juntos como si nada hubiera ardidado esa tarde de marzo. Pero todos la rodeaban y ella no podía moverse. Lo vio a Esteban parado al otro lado de la sala, excluído, exiliado de esa Laura que él no había conocido nunca. Solo y parado en un rincón la miraba. El tampoco se movía. Parecía mirarla a ella, mirar a toda esa gente como quien se queda mirando en la calle un accidente en el que no estuvo involucrado, algo que pasó cerca de uno pero de lo que sólo se sabe porque el morbo o la curiosidad más banal nos hace quedar parados al lado de una vía contemplando el cuerpo ajeno y desconocido despedazado por el tren. Quién sos, se preguntó Laura mirándolo. Quién sos vos y qué hacés acá.

Cuando terminó el velorio y cargaron el cajón vacío — porque ahí no estás, papá, ahí no—, la empujaron a Laura para que se sentara en el mismo coche fúnebre que la Beba. Pobrecita, pensó Laura. Pobre mina, y sin decir palabra le apretó una mano a su vieja. Por suerte, la vieja no contestó. Una vida, seguía repitiendo. Todo el camino al cementerio, llorando y repitiendo, una vida. Antonio. Antonio. Recién cuando bajó del auto pudo acercarse a Esteban, agarrarlo de la mano bien fuerte. Seguía muda, sin lágrimas. Pero ahora también se sentía desdoblada, mirándose desde afuera como si estuviera viendo a una extraña. Esta no soy yo. Quién es, quién es esta mina, si yo estoy en la cama con Esteban leyendo *Rayuela*, y todo está exactamente donde tiene que estar. Esto no existe y esa no soy yo. Después no iba a recordar demasiado de ese momento, sólo fragmentos que la acompañarían toda la vida. Hacía calor y el sol pegaba contra la tumba abierta y hacía destellar las manijas del cajón. Imágenes de los terrones secos, del ruedo de su vestido celeste a cuadritos blancos, la punta de sus sandalias azules, el perfil de Esteban, muy serio, pasándole el brazo por el hombro. Del otro lado se había parado su madre, que seguía llorando con la cabeza

baja. Pobre mina, volvió a pensar Laura. Viejita, dijo muy muy bajo, y la agarró de la mano, que chorreaba de mocos y transpiración. Esteban miró a su vieja con odio, como si esa mujer que lloraba lo hubiera despojado de algo. Pelotudo, pensó Laura, qué mierda entenderás vos de esto que duele tanto, y le apretó más fuerte la mano a la Beba. Después, el ruido de las paladas resonando sobre el cajón y los ecos de las voces de algunos compañeros que se acercaron para tirar claveles rojos a la fosa. Todo había terminado (y yo no fui a la esquina, papá, y todavía me estarás esperando. No te enojés, papá, se me hizo tarde, no te enojés). Laura no volvió con Esteban. Lo vio irse, solo y con bronca, hacerse chiquito entre las tumbas, mientras ella iba caminando agarrada de la mano de su madre.

Laura no tardó mucho en volver a la cueva, a los rituales cotidianos de su relación con Esteban. No vuelvas a irte, Laura. No vuelvas con ella. Es mi vieja, Esteban, pobre mina. ¿No ves que siempre vuelvo? Él volvía a desnudarla, una y otra vez, la tiraba sobre la cama y la ataba fuerte a la cabecera con pañuelos que al rato le hacían doler las muñecas. Me duele, decía. Atáme más fuerte, no me sueltes, me parece que me estoy soltando. Albertina, le susurraba él mientras se la cogía apretándole las piernas. Aquí no pasó nada, Laura. No pasó nada, Esteban, qué iba a pasar. Nada. Aquí está tu puta. Tu puta huerfanita.

Ella había vuelto a la lectura que la muerte de su viejo (pero el cajón está vacío, no sé dónde te escondiste, viejo, pero ese cajón se fue a la tierra vacío y sin vos) había interrumpido. Simone, Castorcito. Iba despacio, sin querer apurarse, como si tuviera miedo de que cuando terminara ese libro, que por suerte

era larguísimo, algo horrible iba a pasar, algo como un rayo que lo partiera todo, como una maldición que finalmente se estuviera cumpliendo. Hubiera podido cerrarlo para siempre (y aquí no ha pasado nada. Huérfana, pobre putita huérfana), protegerse de esas palabras que la iban empujando a los golpes de cada uno de los lugares que para ella habían sido familiares, espacios irreconciliables en los que ella —pobrecita, pobrecita imbécil— había imaginado que una identidad era posible. Hubiera sido tan fácil. Cerrarlo, tirarlo a la mierda, y correr a la cama con Esteban para que todo volviera a ser como antes, si es que había habido un antes. O si ese era un después de algo que Laura no terminaba de explicarse. Una fuerza ciega de la que no tenía conciencia la empujaba a leer. Despacio, sí. No todos los días, porque el Castor le daba un poco de miedo, la hipnotizaba con la fuerza de una razón que se desplegaba luminosa y que la estaba devolviendo a un deseo que había sido de ella, que había estado antes y que ella había pisoteado porque la habían estado llamando, novia oscura, y ella había tenido que responder a esa llamada. No soy la Maga, Esteban, había querido decirle esa tarde, pero le había faltado el aire, el marco de la ventana le había apretado las costillas y no la dejaba respirar, las tetas se le habían derretido contra el cristal y ella había querido más, había querido los dedos de Esteban, su boca chupándola, fisurándola, abriéndola hasta doblégarla. Soy Horacio, había querido decirle, siempre quise ser eso, razón que se piensa a si misma, que busca sin cansarse, martillo para destrozarse la realidad y hacerla de nuevo para entenderla un poco más, siempre un poco más. Horacio, no Maga, pero había dicho que sí, que sí, húmeda y loca porque al fin, al fin había encontrado a su vampiro. Ahora leía exaltada, espantada por la fuerza de lo que descubría, pero no podía parar, tenía que seguir leyendo. En esa larga agonía, alternaba esa lectura con otras, que

ella elegía, parándose frente a la biblioteca, escudriñando cada libro, dándolo vueltas, esperando ser tentada, eligiéndolos por el título, el color de las tapas o porque ta te ti suerte para mi. Apichonado ante tamaña de mostración de autonomía, Esteban ya no se imponía. Se limitaba a sugerir, a explicarle por qué ese si o ese no, pero ella se le plantaba como una perra y casi nunca aceptaba lo que él le decía. Tampoco lo necesitaba para que la entregara como antes. Bastaba que ella terminara un libro para que, solita, se ofreciera para que se la cogieran, fuera hombre o mujer, Julien Sorel o Emma Bovary (había sido tan bello levantarle las enaguas, rasgarle la seda que la cubría, acariciarla para humedecerla y poder penetrarla con los dedos hasta hacerla gritar de placer). Ahora empezaba a ser ella la que llamaba. Esteban seguía mirándola (Laura lo dejaba, no tenía ganas de pelearse todo el tiempo, y además la calentaban los ojos de Esteban, la alentaban a seguir, a exhibirse delante de esa mirada de la que todavía no podía prescindir del todo) contemplando el placer que esa mujer que ahora parecía no reconocer del todo había aprendido a darse y a ofrecer, y aunque algunas veces se excitaba tanto que acababa masturbándose, no podía evitar sentirse cada vez más excluído, más exiliado (¿quién sos Maga? ¿Laura, quién sos? ¿en qué te convertiste?) de esas escenas que Laura parecía montar sólo para ella.

De vez en cuando, volvía a la casa de su vieja. Saludaba a la Nelly, que se pasaba los días acompañando a Beba en su viudez, y se sentaba a tomar mate. Callada. Su vieja tampoco hablaba mucho, raro en ella, parecía haberse olvidado de los melodramas que tanto le gustaban (a mi también, viejita, pero eso no te lo voy a confesar nunca, ahí no me vas a agarrar, ratita viuda, pobrecita). Se quedaban en la cocina de paredes amarillas, ahí donde miles de años atrás ella y su viejo habían leído y charlando mientras se escuchaban las

cacerolas y *radio habana, cuba, primer territorio libre en América* como música de fondo. No salía de la cocina, se podía quedar horas sentada aguantándose las ganas de hacer pis, hasta que no daba más y entonces sí, salía, pero iba por el pasillo con los ojos cerrados, ciega, tocando las paredes para orientarse, hasta llegar a la puerta del baño. Ahí sí abría los ojos. Los azulejos turquesas, la panza blanca de la pileta del baño la cegaban, le daban ganas de llorar y de acariciar las paredes, de besar la loza fría y de ponerse a jugar con el dentífrico y la crema de manos como cuando era chiquita y la Beba la encontró toda embadurnada haciéndose muecas frente al espejo. Por eso los cerraba rápido y se limpiaba así, a tientas, cerrándolos todavía más fuerte que antes. Recién volvía a abrirlos en la cocina, para recibir otro mate de su vieja mirando fijo la fórmica de la mesa, buscando como una tonta alguna mancha de grasa de las manos de su padre que el tiempo o el detergente no hubieran borrado. Ni hablar de ir a las otras piezas.

De sólo pensar en la colcha verde agua de la cama grande, en los calzoncillos de su viejo en el cajón de la cómoda, en su piecita que daba al jardín y donde se apilaban los libros que al final su madre no se había animado a meterse en el orto le daban ganas de ponerse a gritar. No iba a volver a entrar ahí. Ni en pedo. En esa pieza ya no vivía nadie. Se imaginaba sus libros en los estantes, puro amontonamiento de papel viejo, vacíos de sentido y de historias. Todos se habían ido. Su aristócrata rusa que quería ser rara y bella, Anna y Vronski, Sandokan y Jo March. Hasta su vampiro se había ido, despoblando de oscuridad. los rincones Pensar en todo eso le daba ganas de salir corriendo para no volver nunca más. Pero ella no podía volver a dejarla del todo (mi piba gauchita, Lauretta Laurita), pobrecita la vieja. Pobrecita ella. Me cago en tu puta madre, viejo —se tragaba las lágrimas con el mate que se

iba enfriando— dónde mierda te escondiste, dónde. Qué lastre me dejaste, qué lastre, obligada a ser para siempre la piba gauchita, la buena pionera de la revolución que se revuelca calladita en su dolor. Al rato se iba, le daba un beso en la cabeza a su vieja. ¿Volvés con esa mierda, Laura? ¿te volvés con ese roñoso hijo de puta? Eso era lo único que parecía hacer reaccionar a la Beba, dejar su cantinela de viuda reciente. Pero no puteaba gritando, lo peor era que su vieja ya no gritaba, machacaba con esa letanía como si no tuviera fuerzas, como si el odio se le hubiera apolillado. Laura no contestaba, ni ganas de pelear tenía. Se iba corriendo, taconeando por la calle sin saludar a ningún vecino, aborreciendo cada una de esas cuadras que habían sido el paisaje de su infancia pero que se habían transformado en el infierno del que quería escaparse.

Volvía a Esteban con una sensación nueva que la descolocaba, algo indefinible entre la liberación y el terror. Cada vez que iba a lo de su vieja, lo encontraba sentado en el umbral, esperándola, encerrado en una distancia helada que ella no sabía como atravesar. Volviste, le decía, con una voz en la que no resonaba ni un eco de ese temblor con el que le había leído *eres la inmensidad del temor eres bella como matar*. No vayas más, Laura. Qué tenés que hacer allá. No ves que desde que se murió tu viejo volvieron a mi sueño. Me agarran de los pies y no me sueltan, los ojos llenos de historias. Volvieron, comidos por los peces del río, sin saber que la tierrita va a cubrirlos para protegerles los sueños. Laura entonces lo abrazaba. Pobrecito, pensaba, pero no se lo decía porque Esteban la hubiera matado si le decía una cosa así, su pasión por Nietzsche lo había llevado a prohibirse esas palabras, pero Laura no podía evitarlo. Pobrecito. Lo abrazaba y se dormían así, pegados y acariciándose hasta quedarse quietos, muertos en un sueño muerto. Esas noches ella tenía sus propias pesadillas. El sol

iluminaba el ruedo de un vestido (cuadritos celestes y blancos), y sobre la tierra seca se quemaba un cuerpo despedazado. Una mano, una pierna, un torso desnudo por el que caminaban los gusanos. Su madre y Esteban estaban ahí parados, sudorosos, extenuados después de haber consumado algo que ella desconocía pero que sabía que causaba dolor. Mucho dolor. Laura sabía que esos pedazos eran ella, que esos fragmentos de carne le pertenecían, que quizás bastaría que ese alguien que era ella —lo sabía porque suyo era el ojo que miraba— se acercara a acariciarlos para que volviera a ellos la sangre, para que milagrosamente se unieran devolviéndole la vida. Nada sucedía. Esperaba, pero nada sucedía, y ella ahí, fuera del cuadro, mirándose pudrirse. Lauretta, escuchaba. Era la voz de su viejo. Lauretta, decía, y el sonido de su nombre parecía venir de la tierra agrietada y seca. Y después el sol lo cubría todo, pero la voz de su viejo seguía repitiendo su nombre hasta que ella se despertaba gritando y nada, ni siquiera Esteban, que no quería o no podía entender tanto dolor, podía traerla de este lado.

Con Simone no hubo sexo. Hubo, en cambio, el erotismo del diálogo, la caricia amorosa de la razón desplegada. Salían a caminar por París, y la vieja la llevaba de aquí para allá. Se sentaban horas en La Copoule o algunos de esos bares mugrientos donde Mathieu, Ivich y Marcela decidían su destino, así como Laura quería hacer ahora. Qué es una mujer, se había preguntado el Castor, y había escrito *La mujer se determina y se diferencia con relación al hombre, y no éste con relación a ella; la mujer es lo inesencial frente a lo esencial. El es lo Absoluto; ella es lo Otro*. Para mí, le dijo Laura, lo escribiste para mí, que aquí encontré una voz, mi voz. Una voz que solamente pregunta, que todavía no sabe responder. Una voz que me empieza a hablar en una lengua que todavía no es mía pero que tampoco

es de nadie. *Bella como matar*, había traducido Esteban, y la muerte le estaba dando una voz. Huérfana, había que ser, huérfana de su padre, de su vieja. De su vampiro. Dame la cruz, le dijo al Castor. Dame la cruz y la estaca, las flores de ajo, las hostias consagradas, le pidió Laura. Huérfana de todos, la que había sido la novia oscura. Le había mentido. Esteban le había mentido, ella había sido siempre lo Otro. Minga de Absoluto. Puro verso. Maga, le había dicho. Maga, y ella había aceptado, aún sabiendo que la Maga no había otra cosa que un objeto, la brújula para que la razón se orientara en el universo. Pobre cosa. Hay que rehusarse, Laura, retornar a lo Uno. La libertad desplegada en la existencia, le decía mientras se acomodaba el turbante y le daba otra pitada al cigarrillo. *Liberar a la mujer es negarse a encerrarla en las relaciones que sostiene con el hombre, pero no negarlas*, había escrito la vieja al final. Albertina enjaulada, Albertina prisionera. Emma suicidada, Justine enloquecida. La vieja la miró fijo y le dijo muy seria, los vampiros no existen, Laura. Los vampiros no existen, y después le sonrió, con los ojitos arrugados y brillantes.

Encontró un cuarto miserable y compartido en una pensión de señoritas de mala muerte por San Juan y Pichincha. Le gustó porque era gris, tenía un patio de paredes sucias en el que crecían unas plantas deformes y porque apenas lo vio pensó que era el lugar perfecto para suicidarse o para aprender a sobrevivir sola. Hay que sufrir. Necesito la orfandad para encontrar mi voz. No le había dicho nada a Esteban, ni a la Beba, y no les iba a decir nada hasta después. No quería a ninguno de los dos cerca de ella, despedazándola. Esperó a que Esteban se durmiera leyendo, cansado de llamarla y de esperarla. Agarró un bolso y metió un poco de ropa. Lo único que se llevó de la biblioteca fue el ejemplar

de *Rayuela* que era el suyo, el de siempre, con las marcas primeras en birome roja. Como señalador, había una foto que Esteban le había dado. Un bebé gordo, mirando a la cámara de costado, muy serio, sentado en una bañera de latón. La dejó en el libro (*toco tu boca, con un dedo toco el borde de tu boca, voy dibujándola como si saliera de mi mano, como si por primera vez tu boca se entreabriera*) Fue lo único de él que se guardó. Buscó la caja de los secretos y jugó un rato con la tapa, sin animarse a abrirla. No guarda gemas ni piedras preciosas, ahí anida la memoria como un bicho maligno a punto de saltar, dispuesta a morderme. Cerrada como la había traído, así se la llevó. Después se desnudó y se metió en la cama. Esteban abrió los ojos.

Maga, le dijo Esteban llevándole la mano a su entrepierna, allí donde su pija comenzaba a endurecerse. Albertina, sos vos, le dijo Laura retirando la mano. Maga. No, vos. Justine. Vos, yo no, dijo Laura, y con mucha delicadeza le acarició ahí, más allá de lo visible, ahí donde su mano no había llegado antes. Estaba tibio. Laura, despacito, le dibujó el contorno de su hendidura. Redonda. Chiquita y redonda, tibia. Fue bajando la cabeza, acariciándole el pecho con el pelo. Ahí donde no había llegado antes puso la nariz, apenas asomó la lengua para dibujarle el contorno del ano, humedecerlo con saliva. Ese olor. Maga, le dijo Esteban con un eco de voz que no llegó a ser gemido. La voz de Laura llegó apagada, perdida entre las nalgas de Esteban. Emma, dijo Esteban. No. Milady. No, Esteban. No soy nadie. Soy todas y no soy nadie. Soy yo. Vos sos todas ellas, Esteban. Ahora sos vos. Laura se incorporó y se metió un dedo en la boca, lamiéndolo despacio, hasta empapararlo con saliva. Maga, dijo, y le hundió el dedo mojado. Duele, Maga, gimió Esteban. Duele. Nadie, Esteban. Laura no tuvo piedad y lo hundió un poco más, clavándole la uña. Duele tanto, Horacio,

le dijo. Laura se preguntó qué había ahí adentro. Cerró los ojos, imaginando el recorrido de su dedo, la carne rosada apretándosele, mi reino, tu excremento. Albertina, susurró Esteban. Maga, dijo Laura. Vos. Duele. Claro que duele. Ahora vas a saber cuánto. Sin piedad, Laura removi6 el dedo, tocando las paredes del ano con la uña. Lentamente, desliz6 la lengua por el glande. Maga, dijo Laura sorbiéndolo, jugando con su boca hasta que Esteban se derram6 en su garganta, en sus labios. Justine, soy. Soy Maga, dijo Esteban. Y Laura, despacio, para no lastimarlo, sac6 el dedo y se lo llev6 a la nariz. Lo alej6 de su cara, lo mir6 como quien mira a un bicho extraño. Había restos de mierda. Maga, dijo Laura suspirando. Y en la punta, apenas una mancha de sangre. Acerc6 el dedo a la cara de Esteban, y se lo pas6 por los ojos cerrados, le acarici6 la nariz, lo oblig6 a olerse a si mismo. Da lo mismo, Esteban, ninguna de ellas se entreg6 m6s all6 de su placer, todas fornicaban dobladas sobre su propio goce. Maga. Justine. Albertina como un fantasma. Milady, le dijo Laura, y le abri6 la boca con el dedo manchado. Esteban sorbi6 su excremento y trag6 su sangre. Cerr6 los ojos, y Laura supo que estaba llorando, gozoso a fuerza de haber sido vejado. Da lo mismo, le dijo Laura. Soy todas, voy a ser todas. Ni vos ni yo Esteban, esto es el goce m6s puro y aqu6 no estamos ni vos ni yo. Ahora la vampira soy yo, ¿sabés? Vos est6s muerto. Te amo tanto que te mat6 y ya no te quiero. Cad6ver, sos. Vos tambi6n magnolia carcomida por los peces del r6o, cuerpo podrido, hinchado de podredumbre, sec6ndose al sol en la orilla. Como tantos, como miles. Todo esto hubiera querido decirle, pero no se lo dijo, aterrorizada por su propia violencia. No se lo dijo. En cambio, se repleg6 sobre si misma, encerrada en un silencio helado. Puro dolor. And6te a la mierda, Esteban, ahora s6. And6te a la mierda.

vi

EL 18 dE brumario

Se lamió la orfandad durante meses en esa pensión de mala muerte de la Avenida San Juan. Para chicas solas, era. Con un cartel donde se explicaba bien clarito que las piezas eran para chicas cristianas, y de buenas costumbres. Prohibidas las visitas masculinas, decía. Justo para ella, a quien el cuerpo le había supurado de jugos y semen. Se lo merecía. Estaba del otro lado de la luna. Justo ella, educada en los sacrosantos preceptos del ateísmo comunista. Hico caballito vamos a Moscú, le había cantado su viejo meciéndola en las rodillas. A Moscú, a las torres del Kremlin y a la Plaza Roja, ahí donde reposa la momia cuya luz redentora ilumina nuestras vidas. Hacia Moscú galopa el caballito, Laretta, porque la religión es el opio de los pueblos, a ver, cantá con papá. Chicas cristianas, buenas chicas sin hombre, cruces en el cuello, cruces en la cabecera de sus camas. Pero aquí estoy segura, se decía, no hay nadie más que yo conmigo. Puedo morirme en este patio, entre estas plantas secas, pudrirme al sol que nadie va a encontrarme. Estoy sola y muda. Sorda a todo lo que no sea mi voz que sale tartamuda, balbuceante. Nada iba a poder alcanzarla, ni el fulgor del dedo luminoso que había alumbrado su vida hasta esa tarde. Un día su viejo le había mostrado aquella foto. Fulgor que había conmovido al mundo, antorchita que se había ido apagando, rebotaba en el portón de hierro, prohibidas las visitas masculinas, refractaba sobre el portón enorme y oxidado de una pensión de chicas solas, luz que se alejaba y se llevaba con ella la memoria. Todo se llevaba. También el recuerdo de su cuerpo, las tetas apoyadas sobre un cristal helado, el dolor en las costillas, la entrega sumisa al goce que su vampiro (pero los vampitos no existen, le había dicho Simone) había sabido darle en sus días de novia oscura.

Bella como matar, le había traducido. Pero Laura no quería acordarse. Ella había roto los espejos, había enarbolado la estaca y el martillo para destruirlo, para expulsarlo de las sombras. Despojarse, eso era lo que quería ahora. Despojarse de todo, limpiarse el cuerpo hasta que sangrara. Desangrarse hasta adormecer el dolor. Comía poco, solamente sopas instantáneas porque no soportaba estar en esa cocina enorme, ahogada por el olor a desinfectante, escuchando el cotorreo de chicas de ojos opacos y cruces en el cuello que contaban historias de oficina y de catequesis. Ni siquiera sabía el nombre de esas dos con las que compartía la pieza; no eran más que bultos, sombras que se movían del baño a la cama y a las que ella no miraba. Nunca se quedaba en la pensión más tiempo del que necesitaba para tomarse la sopa y darse un baño. Cuando salía de la facultad a la noche, se quedaba un rato largo en el bar con Gabi y los chicos. Habían sido buenos con ella cuando fue lo de su viejo. Hasta la habían llevado a cantar tangos a San Telmo para que se olvidara un rato, la habían puesto en pedo para que se riera y se habían sentado con ella durante horas, con mucha paciencia, para que no se perdiera el final de griego. Con ellos se quedaba hasta que el bar cerraba. Menos cansada, en el último tiempo, más gritos en la charla. Habían empezado a circular libros que antes no estaban y daba gusto quedarse escuchando a Charlie y al rubio hablando de un tal Benjamin y de Adorno y la Escuela de Frankfurt. Ella ya no sufría cuando escuchaba un nombre que no conocía. Se quedaba quieta, muy atenta y como anestesiada, con la cara enflaquecida apoyada en una mano y el pucho en la otra, con algo sombrío y triste en la mirada. Hay tanto dolor que ya no duele, pensaba. El universo está cubierto por un vidrio opaco y yo afuera. Nada destella. Ejercito mi razón (porque los vampiros no existen, Laura), escucho, los escucho palabra por palabra, pero ya no duele no

saber. Para quién ese saber, ahora. Para quién. Retornar a lo Uno, Laura, escuchaba la voz de Simone, pero si no había Uno al que volver, no había nada (*todo te lo tragaste como la lejanía*, volvía el eco adolescente de Neruda, pero no sabía a quién estaban destinadas esas palabras). Despojarme, quiero, vaciarme de palabras y de sentido. Expiar tanta intensidad, tanto deseo, mortificar la carne y la memoria de la carne hasta que no quede nada (*médulas que han gloriosamente ardido*). Todo te lo tragaste.

Sin importarle si era tardísimo o si llovía o si hacía frío, volvía a la pensión caminando, rechazando la ilusión de precaria compañía que le hubiera ofrecido un viaje en colectivo. Buscaba el camino más indirecto, daba vueltas a ciegas tratando de evitar las avenidas y se metía por las calles empedradas y oscuras sin fijarse demasiado en qué dirección caminaba. No podía parar, pasaba de largo por la pensión y en lugar de entrar seguía caminando, sin fijarse a dónde iba, sin pensar en nada, era solamente cuerpo en movimiento, músculo, huesos. Si se cansaba se sentaba en un umbral. No en cualquiera, sino en un umbral igualito al de sus sueños de nena. Lo buscaba, mirando bien cada casa, hasta que lo encontraba y entonces sí, se sentaba. Un ratito, se decía, un ratito nada más. Cerraba los ojos y volvía a verse en su pieza soñando ese sueño: Laurita tan chiquita, la nenita de papá, con su camisoncito blanco —puntillita y bordado— perdida sin saber cómo volver a casa. Laura agitada por la pesadilla, pateando la frazada y la nena en el umbral llamaban con la misma voz. Papá, llamaban. En el sueño papá aparecía para alzarla, abrazarla y llevarla de vuelta a casa. Cerraba los ojos y sentía la mano áspera de su viejo, acariciándole la cabeza y acunándola silbando despacito, despacito, hasta que ella volvía a dormirse. Laura, con los ojos cerrados, escuchaba el ronroneo de los autos, las pisadas de alguien, el temblor de las

hojas, un portazo a lo lejos. Los ruidos de la noche. Morirse sola, con los ojos cerrados. Que alguien se la llevara, para que pudiera morirse y llegar al río. Ella se ofrecía bella y roja como una res, como se había ofrecido tantas veces y a tantos, como una muertita más, para alcanzar el río. Ya dejaron de venir, pensaba, ya no vienen más por la noche, se están yendo de a poco, y yo aquí sentada queriendo que sean ellos los que me maten, los que me borren para siempre. Tarde para eso. Tarde.

Otras veces algún tipo saltaba de la oscuridad y le decía cosas. Cuánto cobrás, le decía. Te chupo toda, nena. Y si me paro, se le cruzaba a Laura. Y si me paro y le digo que sí. Y le cobro, o no le cobro, le digo que es gratis, que soy una puta barata. Una puta regalada (pero cuánto se cobra en guita, se preguntaba, si a mi siempre me pagaron con palabras, pobre putita literaria). Lo arrinconó contra una pared, contra un árbol, y allí mismo se la chupo y mejor si está sucio, si me da asco. Se la chupo con olor a pis rancio, a leche agria, a vino barato. Se la chupo sin mirarle la cara, agarrándolo de las nalgas, sintiéndolo temblar en el placer y temblando yo cuando me moja la cara con su mugre espesa, hedionda. O le digo son quinientos pesos, y que me lleve a uno de estos hoteles inmundos, donde el olor a desinfectante sirve nada más que para perfumar cucarachas. Me pongo en cuatro, me doblo, un roñoso con su panza de alcohol y comida de mierda. Yo con los ojos abiertos, boca abajo, miro pasar los bichos, la mugre en los rincones. Que me pegue, así en cuatro, que me pegue (puta, ramera, sorete, bestia, inmundicia, me grita mientras me lastima con la verga enorme y sucia, ajena de mi). Que me coja hasta hacerme vomitar. Y que cuando me caiga reventada, vencida, me ahogue con la almohada porque sí, porque una puta no tiene otro destino, pobrecita de mi, pobrecita, y me deje muerta. Muerta,

podrida y muerta así como papá está podrido y muerto. Igualita a tu viejo, decía mamá. Igualita a mi viejo. Podrida y muerta. Se despertaba de ese breve letargo y abría mucho los ojos, como si encontrarse sentada en un umbral desconocido, en una calle oscura, la sorprendiera hasta marearla. Entonces sí, agotada, decidía volver a la pensión. No se admiten hombres. Prohibidas las visitas masculinas. Si supieran todo lo que traigo encima. En el silencio del caserón, tanteaba las paredes para encontrar su pieza. Ni siquiera iba al baño a mear. Así, vestida como estaba, muchas veces sin sacarse ni la campera ni los zapatos se tiraba sobre su cama. Las otras dos eran bultos en la claridad que venía del patio.

Durante meses no hizo otra cosa que estudiar durante el día y caminar por la noche, en un aislamiento deliberado que sólo parecía interrumpirse en los ratos que pasaba en el bar después de clase o en las brevísimas visitas que hacía a su madre cuando se le acababa la guita y le daba vergüenza pedirle prestado a su amiga Gabi. Si total no necesito nada, un poco de sopa en polvo, algo para el café y los puchos. No quiero nada. Nada más que hacerme humo, forzar el cuerpo, descarnarlo hasta que deje de existir (*polvo serán mas polvo enamorado*. El dolor era inaguantable, imaginarse así, polvito que nadie rescata, pero también era éxtasis, expiación consumada).

Había que pagar la pensión y aunque estirara todo lo que podía, no le quedaba otra que tocarle el timbre a la Beba sintiendo que se moría de humillación. Miráte como estás, Laura. Te vas a morir. Tuberculosa, parecés, le decía, mirála Nelly, entre lo de Antonio y lo de aquel hijo de puta esta chica me está quedando piel y huesos, Nelly. Se está dejando morir, querés terminar como tu padre, vos (calláte vieja, calláte la concha de tu madre, ni hablar quiero, ni matarte, pero calláte). Nocierto, Nelly. La Nelly decía

que sí, tiene razón tu mamá, Laurita, si estás piel y huesos, pero vos Beba, no la jodás, no le digás nada a la chica que ya tiene lo suyo, y le hacía fuentes de taboule, enormes y perfumadas. Así te gustaba cuando eras chiquita, nena, te encantaba el gusto de la menta y del limón cuando empapaba el trigo. Comé, nena, decía la Nelly. Te vas a morir, Laura, le machacaba la Beba, y empuñando un tenedor como hacía mucho tiempo había empuñado las tijeras, el gesto que se pretendía de amor maternal transformado en un ademán de ménade asesina (ahora sí cortáme, mamá, en pedacitos, no tengas miedo que no me va a doler, yo estoy más allá del dolor, cortáme a mi, empezá por donde quieras y a lo mejor me hacés un favor) la atiborraba con asado al horno y con tallarines que Laura terminaba escupiendo en la basura. El día que se descompuso en la casa de su vieja, la Beba la llevó a la pieza que daba al jardín y la obligó a meterse en la cama. Para no ver la biblioteca chingada, los libros que su vieja había acomodado con prolijidad pero sin ningún orden que les pudiera devolver su antiguo sentido, se quedó con la vista fija en el cristal de la ventana, intentando no ver el jazminero, ni la jaula del canario, ni las macetas que su viejo había cuidado y manguereado mientras cantaba *bandiera rossa* y que ahora estaban abandonadas, la tierra dura, las pocas hojas que quedaban devoradas por las hormigas. Miraba el cristal con los ojos muy abiertos y sin parpadear. Sentía que las manos se le movían solas, que no podía pararlas, que algo ajeno a ella las impulsaba. Cuando entró don Rafa y Laura se incorporó un poco para abrazarlo, se dio cuenta de que se había rasguñado toda. El viejo se echó a llorar. Pobrecita tu piba, tano. *Médulas que han gloriosamente ardido*, pensó Laura cuando se vio la piel marcada, las uñas manchadas de sangre. No duele, don Rafa, no duele nada. Lo abrazó fuerte, como no recordaba haber abrazado a su viejo. Déle, don Rafael, cuénteme

un cuento. Y el viejo, espantado por esa cara de ojeras azules y de ojos secos, le contó de la caída de Madrid, del cruce de los Pirineos, de la nieve, de los muertos y de la derrota. Cuando llegó a la parte en que él se unía a los maquis, Laura no aplaudió como había hecho cuando era chiquita. Se había quedado dormida.

Durmió dos días seguidos. No volvió a la pensión más que para buscar el par de cosas que había dejado y su caja de los secretos. La volvió a guardar bien atrás en un estante del placard. *S y c*. Viejo, ahí, justo ahí donde tembló tu mano se está escribiendo tu ausencia. La alimaña del dolor, se esconde ahí adentro. Muertitos con ojos, piernas y sonrisas desgarradas se pudren en una bolsa de plástico. Rotos. Se pudren y huelen a cadáver, a olvido (pero vos no, viejo, porque esa caja marrón, brillante de lustradita, estaba vacía. Ahí no estabas, no). Orejas y manos, narices, cuerpos mutilados que no fueron a parar al río. *Médulas que han gloriosamente ardido*. Viejo, no voy a quedarme con ella. Me lo pide, papá, todo el tiempo, te vas a enfermar, nena, me dice. Quién mejor que tu madre para cuidarte, tu mamita que te quiere tanto, pedacito de mamá, me dice. Sos igual que tu viejo, pendeja de mierda, me dice. Te fuiste como una puta y volviste enferma, y ahora querés volver a irte. Ese tipo te pudrió la cabeza y aunque lo largaste seguís siendo su puta. Me dice eso, papá. Me vas a dejar sola, hija de puta, me dice. Igual que tu viejo. Pero vos sos mi hija, entendiste, mi hija. Yo te parí y yo te mato, me dice. Aquí no me quedo viejo, con ella no. Me da pena, ella, una pena salvaje, como si la única forma de compadecerme de su soledad, de sus tetas cada vez más caídas, de su cara encremada, de su locura de abandonada y viuda, fuera matándola. A veces la espío cuando duerme y yo sé que no está bien eso, viejo. La veo dormir con la boca abierta, roncando bajito, y toda ella es una boca que devora, que muerde y que desgarr.

La veo roncar y la boca no es más que un agujero negro donde tengo miedo de asomarme. Ahí me pierdo, papá. Si me asomo me da vértigo y me caigo en esa oscuridad, llego a su vientre, viejo, a sus entrañas, y me muero encerrada en ella, como ella. Otras veces reviso los cajones de la cómoda, viejo. Y ahí están tus calzoncillos, las medias que dejaste, las ruinas de tu vida con ella. Guardaditos, planchados y almidonados como si estuvieran esperándote, como si no te hubieras ido. Porque no te fuiste, la caja estaba vacía y vos andás por ahí, dando vueltas por la calle, seguro. Vacía estaba, pero no pude decir nada y te tragó la tierra. Tus pañuelos también están, viejo. Y los bordó. AA, dicen en punto cadena. Bordó tu ausencia, las noches que la dejaste sin hombre, bordó su desencanto. Los bordó sola, sentada en esa cama. Era tu panza la que yo trepaba, era de tu lado donde se alumbraba el mundo. Me da pena, papá. La mataría sin asco, me olvidaría de que soy buena, gauchita, que soy tu hija buena y la mataría de pura pena. Y después empaparía con su sangre cada uno de tus calzoncillos, de tus pañuelos, banderas rojas que ondearían sobre esa casa de mierda, esa casa que no fue ni es porque te fuiste, deslustrada, chingada y miserable como esa biblioteca donde envejecen mis libros. Banderas rojas hechas de tus ruinas y de su sangre. Triste victoria la mía, viejo, pero victoria al fin. Pobre mina, te digo pobrecita y la ahorcaría con mis manos, así, viejo. ¿Ves? Así, hasta que no me de más miedo que me trague, que me coma, me degluta, me cague y me deje ahí tirada, igualita a ella. Igualita a ella. ¿Entendés por qué, viejo? Tengo que irme. Conseguirme un laburito que me de guita y ver de tener un departamento mío. Chiquito, viejo. No quiero demasiado. Un lugar chiquito, quiero, un lugar con luz donde el calorcito me vaya curando estas heridas, limpiándome de la orfandad, dejándome leer el libro que se fue escribiendo sobre esta carne. Un día me fui

a pasear por París con una vieja con turbante. No, no la conocés, papá. Fumaba y fumaba y me decía cosas. Yo me voy, viejo. En cuanto pueda. Me cargo mis libros y me voy a la mierda. Por ahí la Beba tiene razón. Una puta soy y lo voy a ser siempre. Una arrastrada. Tiene razón, la Beba. No hay otra lengua que la mía para lamerme las heridas. Pendeja de mierda, me dice. Y tiene razón. Puta, putísima. Lo que sea, viejo. Lo que ella diga así será. Pero aunque llore y grite, aunque me prometa lo que sea, yo me voy. Y vos salí de ahí, viejo, de donde mierda sea que te estás escondiendo (porque la caja grande y marrón estaba vacía), y decíme lo que sea. Habláme. No me voy a esconder, no voy a vomitar. Salí de ahí para decirme que no estás muerto. La puta que te parió, viejo, la re mil puta que te parió. ¿O vos también vas a putearme, a castigarme? Digo, no sé. Porque a lo mejor la Beba tiene razón, las nenas buenas no se van a vivir solas, las nenas buenas no son putas, se quedan en casa con mamita hasta que venga el principito y se las coja para preñarlas y hacerlas felices. A lo mejor tiene razón, viejo. Pero quién te dice, a lo mejor dejé de ser buena hace rato. La marca está aquí. ¿Ves? Aquí, y aquí. La carne que fue hendida, gozada, destrozada. Aquí está la marca, como un dibujo, un tatuaje hecho de tinta y de sangre, dibujos de letras que forman palabras. Libros y libros escritos en la carne. Con la sangre, viejo. La mia y la de los muertitos (cortados, pobrecitos, pudriéndose en una bolsa de plástico. La de los otros arrastrados por el río, sus historias contándose en las cuencas vacías). Oh Esteban. Él se fue, papá. Dijo que se había cansado de esperarme. Dijo que no entendía qué mierda quería yo. Se fue a París. Hijo de puta, viejo. Por ahí quería caminar yo, patear esas calles grises, jugar al Club de la Serpiente. Pero no, se fue él, y yo me quedé aquí porque los vampiros no existen. Me lo dijo el Castorcito Simone. Por eso tu piba gauchita

es una nena mala. Te salió rara, enferma, medio loca. No quiere lo que quieren las demás. Hubiera querido París, claro. Quién no, viejo. Pero para habitarlo sola, iluminarlo u oscurecerlo con la sola fuerza de mi razón. Que se meta París en el culo, yo lo hubiera querido para mí solita, para devorármelo, cogermelo a esa ciudad, colonizarla con mi mirada y con mi cuerpo de puta errante para tragarme todo lo que ofrece. Desde Rastignac en adelante, viejo, ¿quién no se quiso coger a París? (Balzac, papá, es Balzac y está bien porque Marx lo adoraba. ¿No sabías? Lo amaba, le perdonaba todo, todo a ese gordo asqueroso y monárquico. Balzac se puede, papá). Que se meta París en el orto, es un turro, papá. Se llevó la otra cara de mi vida. Le chupó un huevo y se la llevó. Oh Esteban, juguito mío, mi demiurgo (pero de esto no te voy a contar, viejo, las pibas gauchitas no hablan de eso con su viejo, por más putas que sean. Por más malas que sean no dicen nada de eso. Si vos supieras. Si vos supieras, papá).

Minga de París para mí. Yo me quedo aquí, a lo mejor parada para siempre en un cementerio, mirando una tumba que dicen que es la tuya. Me siento y te hablo. Todos los días vengo, me siento y te hablo. Salí de donde mierda estés, viejo. ¿O es cierto que estás debajo de esta tierra medio seca? ¿Cómo los libros? ¿Pudriéndote? ¿Están los gusanitos royéndote la piel? *Tus compañeros*, dice la placa. Yo no te traigo flores, así que no hay flores en tu tumba. Quién va a saber entonces que yo estuve aquí. Nadie, que no lo sepa nadie. Vengo en secreto. No importa dónde esté, yo sé que tengo que venir y me escapo. Siempre me escapo, calladita de mi dolor y no le cuento a nadie. A lo mejor si vengo y vengo a vos te da pena, salís de donde estás y te ponés a charlar conmigo, a contarme las cosas que yo nunca quise escuchar. Y te juro que no gritaría ni me iría corriendo, nos quedaríamos aquí, al borde de la tierra seca,

mirando este agujero donde me dicen que te estás pudriendo y nos cagaríamos de risa. Hasta nos pondríamos a cantar, viejo. Por vos volvería a cantar *arriba los pobres del mundo*, volvería a cantar lo que vos quisieras y me olvidaría de todo lo demás. Por eso no te traigo flores. Yo sé que te gustaban los claveles rojos. A veces pienso si mejor no te compro uno, y lo dejo aquí. Nada de placa, un único clavel que sea tu memoria deshaciéndose en la tierra. Pero si vengo con flores es porque estás muerto, porque de verdad estabas tieso ahí en esa caja marrón y lustradita (la punta de mis sandalias azules, el ruedo del vestido celeste, las manijas del cajón que brillaban tanto al sol que me hacían arder los ojos). *Tus compañeros*, dice la placa. Nada más. La acaricio, la leo una y otra vez, apoyaría la cara para que el bronce me la refrescara. Tus compañeros, leo y lloro como una idiota. *Tus compañeros*, y es como si gracias a eso tu ausencia tuviera un sentido, como si tu vida se hubiera movido en alguna dirección misteriosa pero inteligible para todos menos para mí, como si yo fuera la única idiota que no se hubiera dado cuenta del todo. No te voy a traer flores. Eso no. Porque si estuvieras muerto (¿pudriéndote? ¿las larvas se anidaron en tus manos y limpiaron toda la grasa?) entonces yo escarbaría la tierra con los dientes. Así, ves, como hago ahora. Así, sosteniendo este terrón seco y pasándole la lengua hasta ablandarlo, tragármelo sin asco a los bichos, tragármelo nomás. Royendo y cavando como un topo. Si estuvieras muerto te buscaría ahí, en ese pozo oscuro igual al que hiciste cuando enterraste los libros. Te encontraría. Te desamordazaría, viejito. Te regresaría. No me importaría si me ven, como alguien puede verme ahora, aquí sentada comiéndome la tierra a pedacitos. Laura la loca, dirían. No me importaría la locura si pudiera devolverte a la cocina de paredes amarillas, si pudiera arrancarte de este pozo para llevarte a una tarde en la que nada

se quemaba, en la que tomábamos mate mientras vos regabas los jazmines. No habría humo en el aire, viejo, sino olor a verano y a tierra mojada. Antes del fuego, antes del río que lo fue inundando todo. Vienen desde el sur ahora, como si estuvieran dormidos sobre la corriente helada, se arrastran para llegar hasta el río. Tan chicos son, viejo. Flores congeladas que no se resignan a morir tan lejos, tan solos. Buscan compañía, el calor de otras aguas, no van a lamer las arenas ventosas de esas islas, no quieren quedarse en sus orillas. Vienen hasta nosotros pero nadie quiere verlos. Todos celebran y están ciegos, cantan himnos y gritan, babeantes. Celebran otra vez la muerte, se manosean, cagan, mean, envueltos en banderas. Hieden, transpiran su ignorancia, su ceguera. Gritan, se quedan afónicos de tanto gritar saludando a los que matan, viejo, mientras ellos navegan dormidos hacia nuestro río espeso de sangre de otros muertos. La guerra, dicen. Viva esta puta patria, dicen. Se agitan y se contonean viviendo a los asesinos. ¿Vos los ves, papá? Yo me escondo, no puedo con tanto asco. Calladita, siempre calladita. Voy al laburo —porque conseguí laburo, viejo, y un departamentito con sol y mis libros, y un colchón en el piso— y me quedo callada, exiliada de esos energúmenos vociferantes que toman café conmigo, que me cuentan sus pobres vidas, sus naditas cotidianas. Están felices, como si la guerra le impusiera sentido a sus vidas de tele prendida, de olor a comida vieja pegado a las paredes. Qué voy a decirles, yo. Una vez más ajena en la diferencia, la puta traidora, la puta putísima traicionando a los soldaditos de la patria. Por eso me escondo, me paso las noches sin dormir pegada a la radio, tomando mate y fumando, llorando de asco, vomitando sin parar. El cuerpo se me parte en cada arcada, viejo. Como si a mi también me estuvieran matando, como si las bombas y las balas me destrozaran a mi también, igualita a ellos, pobrecitos

reventados que navegan mar arriba para alcanzar el río. Navego con ellos, yo también, bella y roja como una res descuartizada. Yo tampoco quiero quedarme en la arena ventosa de las islas, vuelvo con ellos a buscar a mis muertitos. Que en el río alguien me encuentre para enterrarme al fin, para que no tenga frío, para cuidarme los sueños. Ellos son mis flores, papá, magnolias gigantes oliendo a podredumbre. A veces no llegan hasta aquí, se pierden en cualquier playa buscando quién los mire a los ojos para siempre abiertos. Ojos donde viven las historias que los que gritan y son felices no quieren escuchar. ¿Vos qué ves, papá? Yo no veo nada. Me escondo. Como una rata me escondo hasta que todo pase. No sé que pensar, viejo. ¿Son pueblo los celebrantes de la muerte? Ménades son. Devoran y expulsan. ¿Avanti o popolo? ¿Era ese el pueblo? Vos cantabas y cantabas. Yo no veo nada. Aquí no llega, no llega el dedo luminoso. *Kalos agathos*, decía Esteban. Bellos, papá, los bellos, los nobles, los buenos. Ellos también se esconden, la lengua cortada en mil pedazos. ¿Pueblo, dijiste? Ciegos, parecen, viejo. Están ciegos. Aún cuando frente a la derrota arda la ciudad, están ciegos. Y yo sentada sobre la tierra húmeda. *Tus compañeros*, dice la placa. Miro el río, embarrada en la tierra de tu tumba. Miro el río y me escondo, yo también congelada por el dolor de otros. Morirse es no entender, es andar a ciegas buscando un río que te ampare en su oscuridad marrón. ¿Vos qué ves, papá?

Si yo contara esto que hago, venir a sentarme de espalda a los álamos que le dan sombra a este agujero. Si yo contara este secreto. Loca, estás loca, me dirían. La Beba piensa que estoy loca. Puta y loca. Sola vivís, como querías, como una puta, me dice.

Andá a saber con quién te revolcás ahora. Si estuviera tu padre, me dice. Está, mamá. Está por ahí, vos no lo ves porque no sabés buscarlo, le dije. Se me escapó, papá. Yo me había jurado no decirle nada, no contarle que la otra noche estabas. Paradito en un rincón, como antes, como hace mucho se paraba mi vampiro. Pero no venías de la oscuridad, no traías la noche entre las manos. Estabas, nomás, parado en la penumbra, mirándome. Sin tristeza esta vez, como si la sombra te estuviera alumbrando. Lauretta, me llamaste. Yo estaba estudiando. Marx, leía. Sí, viejo, mirá, *la tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos en estas épocas de crisis revolucionarias es cuando conjuran temerosos en su auxilio los espíritus del pasado*. Ya casi se fueron y ahora se puede, libros como este están en todas partes. Ahí estabas vos como si hubieras estado siempre, como si levantar la vista y verte paradito hubiera sido lo más natural del mundo, el único destino posible para negar definitivamente tu ausencia. No era la tradición de las generaciones muertas oprimiendo el cerebro de los vivos, no era el fantasma que recorría Europa ni mi vampiro llamándome desde la oscuridad (o sí, y por eso aquí estoy yo arrancando la mala hierba que creció en tu tumba) . Eras vos, nomás, la chomba azul, tendiéndome las manos ásperas y engrasadas como cuando me llevabas a la plaza. Lauretta, me dijiste. ¿Vos te creés que yo tuve miedo? Yo sí se buscarte, por eso te encontré, por eso viniste a mí. Loca de mierda, me dijo la Beba. Lo único que falta es que te hagás la medium. Estás enferma, Laura, me dijo. Qué mierda va a saber ella, metida en su ceguera, entregada para siempre a la viudez, a tus calzoncillos planchados y almidonados que van poniéndose amarillos en el cajón de la cómoda. La loca de mierda es ella, papá. Siempre con su boca enorme, viene a tomar mate (porque me da pena, es mi vieja, pobre mina) y de a poco, como a propósito, va



•

dejando caer charcos de baba sobre todas mis cosas, dejando las superficies opacas y pegajosas. Su baba que habla, viejo. Está todo desordenado, me dice. Roñosa, va mirando por todos lados, alitas de cucaracha siguen siendo sus ojos. Yo te eduqué para otra cosa, Laura, no para esta pocilga de putita. Cuándo vas a tener un hogar (este es mi hogar, mamá, le digo). Para eso te eduqué, lavé y planché para vos, te llevaba de la manito a la escuela, los tirabuzones con moños, el delantalcito bordado. Y mirá ahora, Laura. Sola como un perro, vas a terminar, comiéndote estos libros de mierda. ¿A vos te parece, papá? Mirá que yo soy buena con ella. Le digo que venga a tomar mate y viene (pobre mina, pastorcita viuda, cucarachita abandonada en su nido) pero yo escondo todo lo que puedo, para que su mirada no me alcance, para que esa boca que tiene no me degluta. Para que no me mastique. Pero soy buena con ella, papá. Como a vos te gustaría, bien gauchita, aunque ya no le volví a contar nada de todo esto. Ella se lo pierde, porque yo sé que andás por ahí, por los rincones en penumbra, por la calle peleándole a estos que se están yendo, detrás de alguna de esas banderas rojas que ahora empiezan a verse de nuevo (¿volverá la luz cegadora del dedo de Vladimir Ilich? ¿la voz vibrante de esa mujer que una vez dijo *más vale morir de pie que vivir de rodillas*? ¿la nona mirando de frente a los *fascetta nera* y cantando bajito *bandiera rossa*?). Ellos cantan viejo, cantan como lo hacías vos, por eso sospecho que andarás por ahí, aprendiéndote las consignas nuevas, tan diferentes de las de antes, de las que cantabas cuando regabas los jazmines. Ni se imagina que ahora empecé a buscarte por ahí, ni en pedo vuelvo a decirle nada. Por eso aquí no voy a venir más, en esos otros lugares seguro que te encuentro. Estoy harta de embarrarme los pies y la ropa, harta de la tierra seca en el verano. Te hablé, viejo, te escribí dejándote mensajes en un agujerito que hice con las uñas,

cave hasta que se me rompieron, hasta que los dedos me quedaron ennegrecidos como los tuyos. Pero no era grasa, era la puta tierra de esta puta tumba donde vos no estás. Y no me contestaste, así que de ahora en más te busco en otra parte.

A veces venís a mi rincón. Otras veces te sueño. Nunca estás muerto, pudriéndote en una caja enorme debajo de la tierra. Como ese personaje de Calvino estás feliz viviendo entre las ramas de un árbol enorme y desde ahí me llamás para que me acerque (tu último escondite para no irte, viejo, frondoso y frutal está el granado del jardín de los abuelos. *Vieni*, Lauretta, me llamás). Me extendés la mano y yo me subo, y ahí estamos, papá, como dos barones rampantes, saltando de rama en rama, enloquecidos en nuestro pacto de amor, secreto y final, manchándonos la boca y la cara con el juguito de las frutas. Es como comerse la infancia, como tragarse un verano de sol en ese mismo jardín, Laurita pintándose los cachetes con semillitas de granada, tan diferente a la carcoma, a los gusanos, a la mugre de esas fantasías nocturnas que me llevaban a ofrecerme a la muerte para expiar tu ausencia. Ahora todo eso no hace falta, porque el juguito rojo y dulce nos envuelve como una bandera (amarilla la hoz, amarillo el martillo) y yo te cuento que se fueron y que tu Laura, viejo, anda por la calle cantando detrás de esas banderas, hecha pueblo, como a vos te gustaría y que así te puede ver a vos en cada esquina. Me enojo con vos, papá, en el sueño y en el árbol me enojo tanto. No me esperás, viejo, te digo. Yo te veo, te llamo, parece que fueras a detenerte pero al fin no me

esperaste. Me da bronca, viejo, yo celebrando uno a uno los rituales que me lleven hasta vos, siguiendo la luz de esa aurora que vos esperabas y que se anuncia cuando te veo pero que nunca llega, que nunca va a llegar, porque te me deshacés entre los dedos.

¿Será porque no soy del todo buena? Yo me disfrazo para buscarte en la calle, entre la gente que habla de revolución, me porto bien, aunque me aburra leo la prensa del partido (ya no la doblo ni la corto en mil pedazos, porque ahí también debés estar vos, letras una al lado de las otras, dibujitos que hacen tu cara y tu sonrisa cuando me hacías saltar en tus rodillas). ¿Será porque no me conformo, viejo, porque no me alcanza esa explicación del mundo y leo cosas nuevas, cosas que nunca estuvieron en nuestra biblioteca así como fueron escritas, desnudas de toda hermenéutica partidaria? ¿Leo cosas que están ahí, como cuerpos en pelotas, voces que para mí son nuevas y que sin que yo lo quiera —porque no quiero, viejo, no quiero nada que me arrastre fuera de tu perdón. Sin embargo otra vez, como una puta, me entrego a la razón devastadora— me van deshaciendo como si fueran ácido, corroyendo a mi pesar lo que esa otra parte mía quiere regalarte? No puedo evitarlo, viejo. ¿Estaré enferma, será un virus mortal, algo en la sangre, un tumor viscoso que va a acabar matándome a tus ojos, haciendo que no merezca ni las caricias de tus manos sucias —*la grasa no sale, Laurita, vos limpiás y limpiás y nunca termina de salir*— ni un puto gesto, ni un pedacito de tu mirada? Cualquier cosa haría para que en cada sueño volvieras a darme la mano para ayudarme a subir al árbol. Pero no me sale, viejo, no me sale del todo. Es la tentación de la razón, papá. La marca sobre la carne chamuscada. Por las noches me quedo leyendo. Como una traidora, como una nena mala, conjurando los espíritus del pasado que no son el tuyo, buscando repuestas a preguntas que ni siquiera conozco. Muchas veces no estoy sola,

viejo. Alguien me dice abrí las piernas, Laurita, y yo las abro. Ya no hay vampiros, nadie llama, soy yo la que sale a cazar, cada vez más dueña de mi goce. Yo sé que no tendría que contarte esto, que hay cosas que a papá no se le cuentan, pero ya casi no me importa, viejo. La Beba tiene razón, siempre tuvo razón. Soy un aborto. Soy yo el aborto y no mis hermanitos, esos peces gelatinosos de venitas azules que me precedieron, esas medusas que acabaron en un inodoro y que también flotan en el río, que siempre flotaron en el río. Salgo a cazar —ya no hay llamada a la que responder, soy yo la que merodea y espera agazapada— y me revuelco en esta cama, rodeada de libros, de papeles, me revuelco y abro las piernas, y chupo, y gozo. Y hablo, viejo. No sabés cómo hablo, cómo escucho. Sigo guardando el serruchito y la cuchara. Pero desde hace rato los escondo en la concha, viejo. Abrí las piernas, Laurita, me dicen. Y yo me como a sus Trotsky, a sus Althusser, a sus Cooke, a sus Hernández Arregui, a sus Gramsci. Yo me como todo, viejo, todo lo degluto y ahí me lo guardo. Siempre tuve hambre, papá. Hambre y sed. Después de la ginebra, del porro, de acabar como una perra, me hablan. Me dicen Checoslovaquia, me dicen Stalin, me dicen Montoneros. O cuentan los muertitos, viejo. Me arrastran hasta el río para contar los muertos. Tanto para mí, tanto para ti, me dicen. Mirálos bien, Laura, me dicen. Yo les miro las manos mutiladas, los cuerpos destrozados, les miro los ojos —que ya no están, papá, porque fueron alimento de pirañas— buscando las historias que guardan esos ojos ciegos. Ni siquiera me defienden. Miro tu foto como pidiendo ayuda. Lo poco que me quedó de vos, casi lo único. Salvada de la furia destructora de la Beba (ni al fuego, ni a la bolsa, ni a la caja con los pedacitos muertos). Está casi perdida entre los libros, en un estante de la biblioteca. Chiquita y con trenzas, vos agachado y yo sentado en tu rodilla, la mano levantada, la

boquita fruncida. Estoy con un libro en la mano, la historia de Gulubito, te acordás, de un osito travieso que se había escapado para recorrer el mundo. Oso curioso y malo, no hizo caso, osito traidor y errante, y había perdido a su mamá. Si hubiera tenido una muñeca en la mano, viejito. Una muñeca rubia con vestidito de encaje. Pero no. Era un libro lo que te mostraba. Te pido ayuda, las palabras justas con las que responder, el mazazo certero del dedo implacable. Nada. No decís nada. Tu silencio me obliga a quedarme callada (¿qué ves, papá, qué viste que te robó la palabra?) Siempre callada, viejo, como una condena, como un destino, muda a pesar de tantas palabras, pegoteada en la trampa del silencio—. No les cuento la verdad, viejo. A ellos no. A veces abro el libro y les leo a Marx —una vez como tragedia y la otra como farsa, no es precioso esto, viejo?— para decirles como en una confesión que es precisamente en ese lugar, ahí donde yo voy a celebrar los rituales partidarios, donde están guardadas las ilusiones que necesito para ocultarme a mi misma (qué cosa me oculto, ¿qué no vas a volver? ¿qué de verdad te moriste para siempre? O me oculto de algo que está más allá de mi y de vos, más allá de nosotros dos, me oculto de la sospecha de que en realidad todos, todos nosotros, todos ellos, salimos disfrazados, usando palabras viejas para nombrar lo que todavía no se deja nombrar del todo. Escucháte esta, papá: *los gladiadores encontraron en las tradiciones de la república romana los ideales y las formas artísticas, las ilusiones que necesitaban para ocultarse a si mismos el contenido de sus luchas.* Tomá mate, viejo, esto sí que nunca me lo habías leído. A mi esto me fascina, papá, la voz de Marx aquí me enloquece. Lo leo más allá de la política, más allá de su propia historia, como si fuera una Cábala, un Tarot, el horóscopo del diario, qué se yo, como algo, cualquier cosa, que te hace sospechar que esto que vemos y tocamos es inconsistente, un jeroglífico de

aire o de papel, y que más allá se adivina una realidad a la que hay que acceder como sea. Después de leer los miro a los tipos, como si me los fuera a coger, y me vuelvo a quedar callada. ¿O querés que les diga que quiero encontrarte para no tener que enterrarte? ¿Para no ver cómo los gusanos te devoran, para no tener que mirar lo que queda de tus ojos muertos? ¿Qué lo único que de verdad importa es ser buena para que me dejes subir al árbol, para que no te pudras del todo y para siempre debajo de la tierra? Yo me callo y a después me disfrazo y salgo a la calle, a cantar entre banderas rojas (la hoz amarilla, el martillo amarillo). No es del todo mi idioma, ya no, hay algo que se me pierde, se me va escapando detrás de esa lengua prestada, de esos signos extraños que hablan de un mundo para el cual necesito traducción. Como si de pronto saliera a escena en una pésima obra, con la letra mal aprendida, un poco sorprendida de tener que estar ahí, pero sabés que no podés rajarte, que la obra hay que terminarla, llegar hasta el último parlamento, hasta el último ademán y entonces sí, hacer la reverencia e irse a la mierda muerta de vergüenza. ¿Vos te creés que esto yo se lo puedo contar a alguien?

Hace rato que no venís, viejo. ¿O soy yo que me perdí? ¿O soy yo que no puedo ser del todo buena (vos me mirás desde el árbol, te enojaste y ya no venís. Decime qué viste, qué viste) porque es como una enfermedad. Siempre igual, toda la vida igual. Primero las sospechas y después la razón que encuentra, iluminando, aunque las palabras que lo expliquen vengan después. Pero antes que nada el cuerpo, viejo. Antes que las sospechas, antes que la razón. El cuerpo. La carne hecha de sangre y de jugos, de pelos, la carne

que es un barro hecho de pis, de mierda, de mocos. De flujo y del estertor dolorido y doliente del goce. La carne y después todo lo demás. Después la razón y las palabras que al principio son como sombras, como fantasmas, hasta que al final brotan de la carne, como tumores, como bichos que se arrastran sobre la piel hasta que encuentran su sentido. Es un tiempo largo el de las palabras. Porque tardan en nacer, tardan en hacerse, se van cocinando en un caldo espeso, pero después llegan para aplastarlo todo. O para nombrar y forzar no uno, sino tantos saltos que se pagan con la muerte. Qué decepción, viejo. Si por un tiempito pareció que el aire olía otra vez a los jazmines del patio, ese mismo aroma dulzón que asfixiaba, y que mojaba la piel cuando vos cantabas mientras los regabas. Gotitas de jazmín hubo en el aire. Parecía que se iban, pero estaban ahí, agazapados, reyes de la oscuridad que desde un rincón siguen mandando. Qué decepción. Y nosotros preocupados por resucitar a los muertos. Escuchá a Carlitos, viejo, escuchálo. *La resurrección de los muertos servía para glorificar las nuevas luchas y no para parodiar las antiguas, para exagerar en la fantasía la misión trazada y no, para encontrar de nuevo el espíritu de la revolución y no para hacer vagar otra vez su espectro.* No es el tiempo de la resurrección gloriosa, papá. Ellos siguen flotando en el río, y muchos de los que se disfrazan y gritan y marchan se niegan a mirarles los ojos. Hay historias por contar, todavía. Historias de lenguas cortadas, obligadas al silencio. Pocos se paran en la orilla del río para escucharles las voces. Les hablamos, a veces, los llamamos, imitamos su lengua, rescatamos de su lengua lo que quedó en nosotros (pero no es la misma que hablamos ahora, viejo, esto es un balbuceo, apenas sonidos que no alcanzan a nombrar nada de lo nuevo porque lo nuevo nos habita y no lo vemos, lo nuevo puede ser el horror, la tierra removida de las tumbas, los huesitos recién desenterrados relucientes al sol. Y

eso cómo se nombra, viejo, si no se inventaron todavía las palabras de ese decir, no se inventó todavía la razón que pueda conocer esa realidad y transformarla en saber) pero cuando ellos se levantan, abrazados a los camalotes, las caras sin rasgos donde los peces hicieron su trabajo, nadie quiere escucharlos viejo, porque a lo mejor escucharlos en serio es hundirse más y más en la propia oscuridad. Nos disfrazamos, viejo. Y yo también. Las puntillitas de una nena buena, la cabeza gacha, para que me dejaras entrar otra vez en tus sueños, para que me tendieras una mano que me ayudara a subirme a esa penumbra en la que te imagino habitando. Pura mierda, viejo. Todo este tiempo no hice más que eso, convocar tu espectro, disfrazada de quien ya no soy, porque todos estos años, aún sin quererlo, me la pasé aprendiendo otro idioma, un lenguaje que todavía no domino, que no tiene gramática ni diccionario, pero que transformó los relatos de la infancia en pura sombra, en la ceniza que barrimos la tarde que quemamos los libros. No hice otra cosa que poner tu fantasma a andar, arrinconándote para que no te fueras del todo, expiando una culpa que es más vasta, más terrible que mi dolor ante tu muerte. ¿Qué viste, papá? Desde tu árbol se vería el río, seguro. Desde tu árbol se escucha el eco de todas las voces que ruegan por una lengua nueva que los nombre de verdad. Una lengua nueva para nombrarte de verdad, viejo. Y no este pobre ropaje apolillado, estos harapos miserables. Una lengua para decir definitivamente que estás muerto, que no hay expiación posible para eso. Una lengua en la que la palabra muerte designe las ausencias y su memoria. A lo mejor alguna vez, quién sabe.

De la tierra que ocupas y estercolas. Laura canta, al fin sola. Se sirve una ginebra y canta. Desnuda frente a la biblioteca de estantes

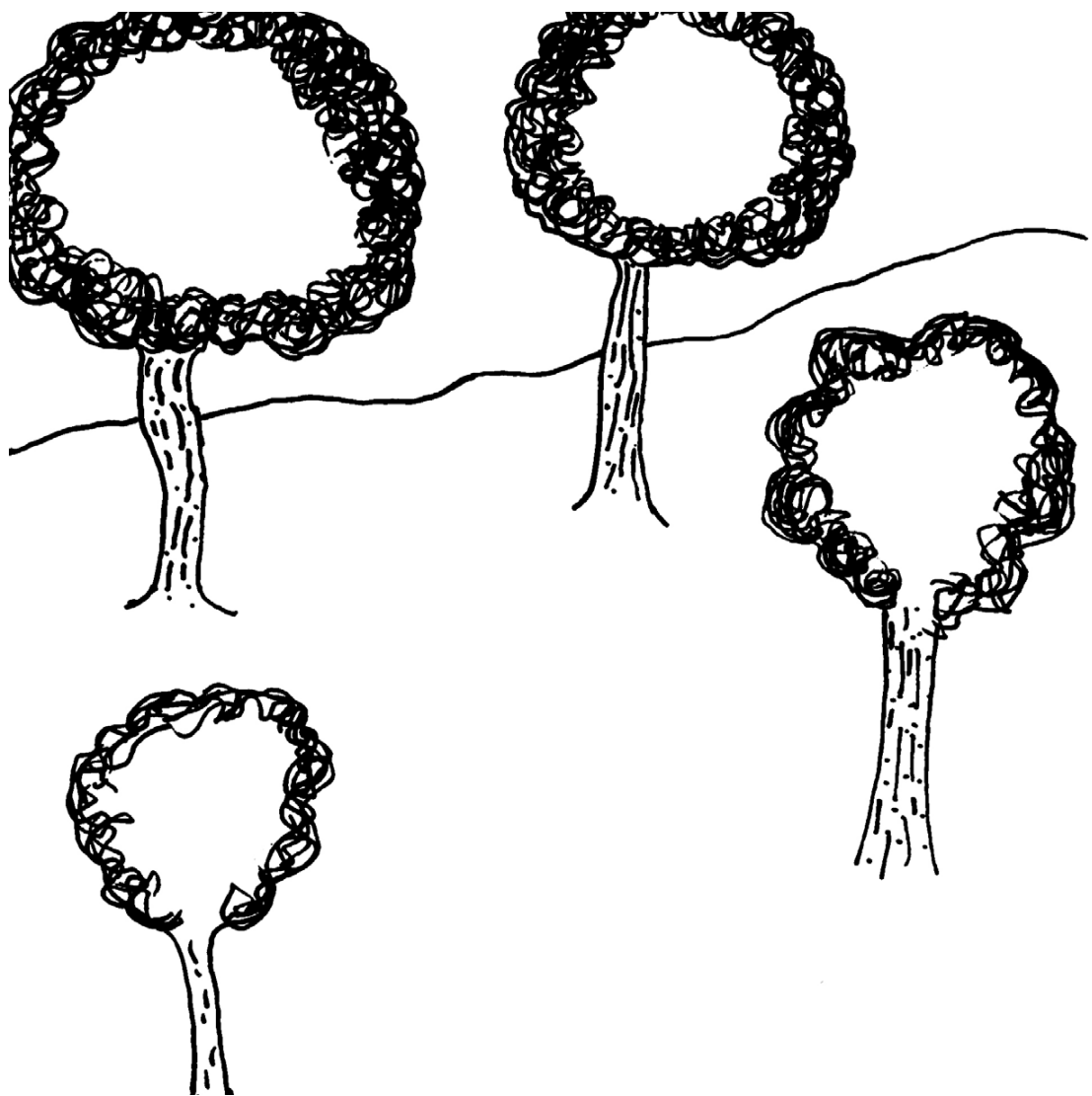
torcidos que le había hecho su viejo hacía ya como mil años, todavía envuelta en el olor ácido de un cuerpo que no es el suyo. Se inclina para olerse entre las piernas, levanta los brazos para comprobar el sudor ajeno en las axilas, siente el flujo que se le va secando en la entrepierna. No está mal, piensa. Apesta y le gusta. *Volverás a mi huerto*. En el estante un poco chingado, ahí donde se había saltado la pintura, paradita está la foto, apoyada contra un libro de tapas verdes. Está empezando a ponerse amarilla, las puntas dobladas y carcomidas.. Papá y su nena olvidados de la cámara, leyendo. Se portó mal el osito, papi. Fue malo y travieso y se escapó. Sin papá y sin mamá, se escapó. ¿Lo retan, papá? ¿Le hacen chas chas a los osos malos? ¿El papá lo encontró? ¿Volvió a casa el oso malo? ¿Se hizo bueno otra vez el oso Gulubito? ¿Lo perdonaron, pobre Gulubito? ¿Lo perdonaron, papi? Laura sacó la foto y la estuvo mirando un rato largo. Imposible ir más allá del papel amarillento, la caricia y las lágrimas resbalan sobre esos cuerpos que el tiempo había convertido en otra cosa. Un cuerpo muerto, *su cuerpo dejará* —huesos pelados, ni siquiera los gusanos haciendo nido— *no su cuidado*, hace tiempo podrido y desintegrado bien hondo en la tierra reseca, y ese otro cuerpecito de nena, cachetes de goma, muñequita de papá, osita traviesa y traidora, transformada en esta que es, vejada y violada por la historia, condenada por la mugre del tiempo. *La tierra que ocupas y estercolas* canta Laura y saca el libro verde. Ni siquiera tiene que mirar la tapa para saber. Lo abre justo ahí, como si no hubiera otra cosa escrita. *La biblioteca de Babel*: mira las marcas que hizo hace tanto, la tinta de colores diferentes que empieza a amarillear, como la foto. Se acuerda de una pobre pendeja llorando en un baño desierto. Se acuerda de la vergüenza, de las manchas que se había pasado años tratando de borrar. Pobre piba, llorando con una bufanda metida en la boca, para que nadie la escuchara,

para que nadie supiera. Se vio mirándose al espejo, jurándose vagar toda la vida por ese mundo ciego y cerrado, buscando un saber perfecto que la protegiera de la inmundicia de la vida, que la protegiera de sus manchas, de su bombachita cagada y meada, del terror adolescente. *La biblioteca existe ab aeterno*, vuelve a leer. Mentira. Nada existe ab aeterno. Viejo ciego. Hijo de puta. Te creí, te creí todo, buscando meterme en esa esfera pulida, esperando encontrar alguna respuesta para la cifra que es el universo. Saltando de hexágono en hexágono fui. Pero era nomás poner el pie, y esas formas que me dijiste que eran eternas se derrumbaban, empujadas por las olas de este río y de todos los ríos. Los pies en el barro, las manos manchadas de sangre, las uñas rotas de escarbar la tierra de los muertos. No había ni hubo nunca silencio en esos paraísos revestidos de letras, bóvedas celestiales, palacios del saber. Lenguas cortadas, había, lenguas gimientes, insultos, blasfemias. O peor, mucho peor, la cacofonía idiota de la calle, el balbuceo banal de los que andan por ahí con las lenguas cortadas, los dientes carcomidos y picados por la enfermedad. Bastaba poner un pie ahí, y la figura hexagonal que habías prometido se derrumbaba como cartón podrido. Otra cosa, siempre era otra cosa. La biblioteca no existe ab aeterno. Los vampiros no existen. Y ahora me doy cuenta, ahora. Qué habrás sabido vos, vos, cagado en los pantalones a puro miedo, tapiando las ventanas para no enchastrarte con la hediondez que viene de la historia. La biblioteca se quema, se abandona. Se entierra y ahí hacen nido los gusanos (la ocupan, la estercolan). Laura arrancó las cuatro hojitas. *By this art*, leyó por última vez en mucho tiempo, furiosa y agradecida por tanta belleza. *By this art*, y se recordó sentada en un banco de la facultad, asustada como un ratoncito, posternada, humillada ante la perfección de estas cuatro hojitas que estaba arrancando para cortarlas en pedazos. *Nadar sabe*

mi llama el agua fría, viejo de mierda, ¿o te creés que no me sé mi Quevedo, mi Góngora? *y perder el respeto a ley severa*. ¿Vos eras la ley? ¿Vos? ¿Yo te hice mi ley, para limpiar la mugre del pasado? Las cuatro hojitas —porque eran solamente cuatro, una nadita, apenas una cagadita de pájaro— se redujeron a un montón apilado en el suelo, al lado de la foto. Nena traviesa y mala, se fue curioseando por ahí y se perdió. Viejo, susurra. Viejo. Prende un pucho y antes de que el fósforo termine de arder, como quien no quiere la cosa, lo acerca a la foto y a los restos de ese cuento cortado en pedazos. El papel arde y con él la memoria del osito travieso, llorando sin papá y sin mamá. Oso malo, piensa Laura. Mira quemarse los fragmentos. *La biblioteca de*, alcanza a leer antes de que el fuego termine de consumir lo que queda. Ahora sí se estaba quemando todo, por última vez se estaba quemando todo, la memoria del amor y las promesas engañosas de una esfera perfecta y absoluta, el fracaso de un mundo del que un viejo mentiroso y ciego había expulsado la historia. Por eso te rompo en mil pedazos, te quemo, hago mierda con un fósforo tu lengua perfecta, tu delicada forma. Hay otra lengua, debe haber otra lengua, una que no empuje hacia fuera la locura, una que la deje hablar, una argamasa demente de palabras.. No hay ni una puta lengua eterna, ni una forma que sea para siempre. Mira cómo terminan de arder los papeles y se ríe. Se mete la mano entre las piernas y se seca las lágrimas con los dedos sucios. Váyanse a la puta madre que los parió. Para mi la mugre, lo que duele. Descuartizada por la historia y sin disfraz. La ceniza va formando un montoncito sobre el piso (pero yo no la barro, esta vez no paso la escoba, no tiro nada a la basura). Se termina de un trago la ginebra y con la lengua pastosa y caliente se agacha despacio, despacio, para enchastrarse la boca y los dientes, para lamer sin asco hasta el último polvito.

vii

QuE fEbriL La mirada



Laura se sentó en el banco de la plaza para mirar lo que había quedado del mundo. No encontró paisaje más perfecto que ese sol que no alcanzaba la tibieza filtrándose entre la niebla de la mañana. Frente a ella, un árbol la deslumbró con su belleza. El tronco endeble, las ramas peladas, el árbol se inclinaba levemente como tocado por la fragilidad de la mañana, como si estuviera emergiendo de una pesadilla invernal de El Bosco. El río estaba lejos. Sin embargo, el viento traía el olor a podredumbre. Ahí estaban todavía. Ahí iban a estar siempre. Se calzó los auriculares de su reproductor de música y dudó entre las *Sonatas para Piano y Cello* de Beethoven y *A Kind of Blue*. Miles Davis. Se decidió por Beethoven. Sabía que cuando empezara la primera *Variación sobre la Flauta Mágica* iba a llorar. Esa música siempre la devolvía a un mundo que nunca había poseído y que sin embargo siempre había sentido como propio. Melancolía pura, como la desazón por un amor no correspondido, la experiencia que abre el reconocimiento de la orfandad definitiva. La partitura de un goce, venía hacia ella, trayéndole el deseo, el dolor de una felicidad casi insensata ante lo era en realidad un despojo absoluto, completo, de la dicha. Un deleite casi perverso en la tristeza, un regodeo poético en la pérdida. El frío parecía darle a la niebla un espesor gélido. Se puso los anteojos, abrió el libro, respiró hondo y leyó *alba de ambas manos se trae mi ojo entonces aparecen tú ¿cuánto séquito de gaviotas necesita tu frente? andadora del mar crepita la palabra que yo rechacé al pasar por ti una puerta vibrante de ira todavía concédeselo a la noche madura de necesidad.* Me voy a quedar aquí sentada para siempre, el universo es este banco de plaza, se dijo. Hay belleza en la basura, pensó, belleza en el dolor. Hace tanto tiempo. Tanto. Sintió que las manos se le

congelaban y que, torpes, dejaban escapar el libro de Celan. Se acordó de golpe de las manos de su viejo. Cerró los ojos para ir reconstruyéndoles la forma, los dedos gruesos, enormes, la uña del pulgar pulgar martillada y desigual —por eso es la que junta más grasa, Laurita, ¿ves? de aquí la grasa no se va nunca—, la aspereza que ni el jabón ni la crema suavizante de su madre habían podido borrar nunca. Papá, dijo bajito, tan bajito que ni ella se oyó. Papá, repitió. Y supo que lo estaba diciendo porque de su boca salía humito congelado. Volvió a cerrar los ojos para intentar reconstruir la forma de su viejo. Si no los abro voy a verlo. Si no los abro voy a poder tocarlo. Con la punta de mi dedo empezar por las manos, acariciar ese lugar donde la uña rota se endurece y junta grasa. Yo me mancho y no me importa, si puedo seguir con la caricia, si puedo demorarme en las venas de la mano, azules y enormes como raíces, y subir por el brazo. Aunque la piel raspe va a estar tibia. Pero tengo que cerrar mucho los ojos, y no volverlos a abrir. Cuando llegue a los cachetes mi mano se va a abrir en una caricia, papá. Y voy a enderezarte los anteojos manchados, los anteojos de patillas torcidas, pegaditos con poxipol. Ahora tendrías que hablar, viejo. Decime, Lauretta. No Laura, no Laurita. Cierro los ojos y vuelvo a escuchar tu voz ronca, la voz un poco manchada que me dice, Lauretta, *capisce?* Porque nunca dejé de llamarme así, y ahora —es el tiempo, viejo— no me da vergüenza, esas son las letras escondidas de mi nombre verdadero. No hablás, viejo, te quedás callado y en lugar de tu voz está sonando un cello. Ahora me acerco un poco más a vos y puedo olerte, viejo. Ese olor que es una mezcla de aceite, transpiración y humo. Tenés olor a humo, viejo, cuando te abrazo y te beso la pelada, tenés olor a humo, a ceniza, a tierra un poco mojada. Qué ternura, viejo. Qué tristeza. Aprieto más los ojos para que no se filtre el resplandor

que va rompiendo la niebla. Los aprieto hasta que duelen, hasta que me quedo ciega, hasta que se me meten para adentro, hasta que se caen sobre el libro como dos bolitas transparentes. Ya no tengo ojos, viejo. Te huelo pero no puedo verte, papá. Hace tiempo que dejé de verte entero y ya no puedo. Lo que queda de vos es como un espejo astillado, jirones de tu piel, apenas fragmentos de tu brazo, la línea borrosa del perfil donde reconozco mi nariz. Por más que trate no puedo acariciarte la cabeza, no llego a tu pelada ni te acaricio la noble calavera. No puedo desamordazarte, papá ni regresarte. Es el tiempo, viejo. El tiempo. Sólo puedo entrever la aspereza de tu mano, los dedos gordos, enormes, el índice mojado de saliva dando vuelta despacito las páginas rotas de un libro. No alcanzo a leer, viejo. ¿Se lo comieron todo los gusanos? Los bordes están verdes de moho, y las letras desvaídas, arrinconadas por la podredumbre. No puedo leer, viejo. Contáme vos qué estás leyendo. Ahora sé dónde estaban. Lo dejaste escrito, papá y tardé una vida en encontrarlo. No estaba la muerte en esa caja, o sí estaba, si pensás en la memoria como una de las variaciones de la muerte. Como esta sonata. No había ni alimañas, ni oscuridad. No había nada más que olor a papel viejo. Tu carta, viejo. Y una bolsa con fotos cortadas. El dibujo de una tarde helada en una plaza. Nada más que papel viejo eran mis muertitos. Papel viejo y amarillo. Nada más. Lo dejaste escrito, papá. Al fuego o a la bolsa. Enterrados bien hondo, entre las raíces del árbol donde te soñaba. Ahí se están pudriendo, pero ya no importa. Que cumplan su destino hasta deshacerse, viejo. Podridos. Como todos, como todo. Que cumplan su destino, esas palabras que nombran lo que ya no existe. Hay palabras nuevas, viejo. Gramática y diccionario tienen por fin esas palabras con las que se nombra aquello que no debería ser nombrado, sencillamente porque no debería haber llegado a

existir. Nunca. Pero existe, aquí está, entre nosotros. Atroz y banal, la realidad (era sabio el viejo, papá, un sabio impiadoso en su lucidez). Somos nosotros. Instalados en la realidad hedionda de este basural, bañados en vómito. Aquí están las palabras que parió la razón durante estos años. Es el léxico del tiempo. Esto también es tiempo y no sólo la memoria de tus manos y de tu olor.

El frío que le congela las manos la obliga a abrir los ojos. Laura revuelve en la cartera, saca un anotador y una lapicera. Con un gesto deliberado se demora quitándose los anteojos. La mañana queda fuera de foco, sin contornos. Qué consuelo, piensa. Y también piensa, casi no veo. Tengo los ojos manchados. Despacio, sin aliento casi, empieza a escribir, a dibujar los trazos que su miopía borrona. Para escribir sin ver. Con una letra sucia y despareja, ladeada un poco hacia la derecha — tan diferente de su letra, de esa que hizo de la escritura un ademán elegante y sin esfuerzo— a medio camino entre el palote infantil y algo que no termina de ser adulto. Con esa letra, su padre había escrito. *A mi hija*, había escrito. Había escrito, *en mis montañas surgían manantiales y al reflejarme en sus fuentes como en un espejo, imaginándome hombre soñaba ser como ellas que soportando todas las tormentas mantenían su pureza*. Se recordó lamiendo cenizas, se recordó con los pies embarrados por el barro de una tumba. *Vos sabrás ahora o en el futuro*. Las lágrimas le estaban quemando los ojos, terminaban de borronar los contornos del universo. El futuro había pasado hacía tanto, tanto tiempo. *Si tu padre ha logrado plasmar en la realidad sus sueños de niño*. El futuro estaba aún más lejos que el pobre pasado que acababa de recobrar. Y había firmado, *Antonio Borrelli, tu padre*. Laura levanta la mirada. *Están bajo el granado*, eso también había escrito. *Y son tuyos*. Se ve a si misma con ternura, una mujer madura llorando quieta en un banco de plaza, en una mañana tan fría en la que el sol

no alcanza a entibiar la niebla helada para dispersarla. El mundo, congelado, tiene los contornos de un concierto de Beethoven. *Madura de necesidad*, con esa misma letra ella, Laura Borrelli, escribe en la hoja en blanco, arriba en el medio, las primeras seis palabras, las definitivas: *el día que quemaron los libros*. Respira hondo, se seca las lágrimas, y continúa escribiendo: *el día que quemaron los libros, Laura todavía no había leído a Borges, ninguno de sus cuentos estaba entre los restos de esa biblioteca que ardía y humeaba en el patio de atrás de su casa.*

Sobre la autora

Liria Evangelista nació en la ciudad de Buenos Aires en 1961. Egresada de la facultad de Filosofía y Letras de la UBA, se doctoró en Literaturas Hispánicas en la State University of New York en 1996. Desde entonces ha enseñado en Argentina y en Estados Unidos. En 1998 publicó *Voices of the Survivors. Testimony, Mourning and Memory in Post-Dictatorship Argentina* (Garland Publishing, Londres y New York). En 2009 fue publicada su primera novela *La Buena Educación* (ed. *El fin de la noche*). En 2012 publica *Una Perra* (Paradiso). En 2013 publica *Niña Soviética con Borde Perdido* Editora.

Sobre **borde** **P**erdido **e**ditora

BORDE PERDIDO EDITORA es un proyecto independiente y autogestivo de la ciudad de Córdoba, Argentina. Comenzó su traxinar editorial en 2013 y tiene como premisa poder cruzar, atravesar y habitar las prácticas de la literatura y las artes visuales. Sabiendo la endeble línea que divide géneros la editora lleva adelante desde su comienzos tres colecciones: *Colección Narrativa*, *Colección Poesía* y *Colección Dibujo*. Recientemente inauguramos las colecciones *Poesía Encendida* y *Narrativa Encendida*, las cuales apuestan, sobre todo, a óperas primas de autores divers*s. Además, en este 2017 damos a luz la colección *Golpe Ciego*, la cual reúne textos de ensayo y pensamiento crítico.

El concepto con el cual armamos el catálogo de BORDE PERDIDO tiene que ver con los compromisos y pasiones asumidos por lxs editores y l*s autores con sus obras y trabajos, compromisos de orden existencial, ya que no concebimos un arte separado de la vida.

Nuestras ediciones se caracterizan por una fuerte impronta visual que cuida tanto del diseño de interior como del diseño y arte de tapa, que siempre lleva una obra visual realizada para la ocasión. Muchas de las ediciones del BORDE incluyen, a modo de epílogo, un texto crítico que intenta ofrecer una mirada, una lectura, de la obra publicada.

Pensamos a BORDE PERDIDO como un proyecto laboral que intenta resignificar el trabajo editorial, manteniendo un trato cercano con l@s autores, cuidando en detalle las ediciones, y generando modos de circulación diversos.

p.s.

Si el libro es instrumento de saber, es arma de guerra:
palabra escrita que viaja por los cuerpos de quienes
quemados aún sueñan con el viaje, la excursión,
el sin sentido liberador: el deseo de lo imposible
(que no es el deseo de lo inasible).

En franca tensión fraudulenta con este
mundo literario -y literal-,

aparece BORDE PERDIDO EDITORA:
espacio-movimiento para (re)encontrarnos
quienes lean, escriban, editen:

actora-movimiento, acción-insinuación, intriga-movimiento:
proyecto laboral de edición de escritorxs sean
de los espectrales territorios que nos rodean o no, sean
de esta tierra, la tierra de los vivos que mueren, o de la otra,
la tierra donde viven los que mueren o no.

Entre ese espacio de muertos y vivos,
de muertos-vivos, y de vivos-muertos,
aparece la fantasmática BORDE PERDIDO.

